JESUS LARA

LEYENDAS QUECHUAS

Antología

EDICIONES LIBRERIA JUVENTUD

LEYENDAS QUECHUAS

JESÚS LARA

LEYENDAS QUECHUAS

Antología

EDICIONES LIBRERIA JUVENTUD

Queda hecho el depósito que
previene la ley número 11.723

Copyright, 1960, by Ediciones Librería Juventud
Reservados los derechos de reproducción y traducción

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

PREFACIO

Nos proponemos ofrecer al lector una breve colección de leyendas del pueblo quechua. Por una parte hemos elegido algunas en las cuales intervienen personajes divinos y, por otra, un puñado de narraciones con personajes simplemente humanos. Unas corresponden al período precolombino; algunas se desarrollan en los tiempos de la conquista española; otras, en fin, pertenecen a la época colonial.

Entre las primeras tenemos varias extraídas de un famoso códice elaborado en la primera década del siglo XVII y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. El autor del manuscrito fué el presbítero Francisco de Ávila, quien, nacido en tierras peruanas, ejerció su ministerio por espacio de muchos años en un curato del valle de Waruchiri, situado bastante cerca de la ciudad de Lima. Como sucedía en todas las parroquias rurales de la vasta colonia, una función muy importante de este sacerdote consistía en combatir la idolatría *del pueblo indígena. Era una lucha sumamente difícil, pues el indio del Tawantinsuyo poseía creencias arraigadas en los estratos más profundos de su conciencia en el curso de centurias y de milenios. La religión indígena no era tan simple como nos la presentan los historiadores ni se reducía a la adoración del Sol, la Luna y ese dios invisible llamado Wiraqucha, sino muy compleja y frondosa, con gran diversidad de divinidades mayores llamadas* wak'as *y de divinidades menores conocidas bajo el nombre de* willkas. *Siendo difícil la lucha, el clero se veía obligado a estudiar previamente las creencias de los indios a fin*

de conocer y poder localizar a los dioses. Luego se entregaba a la tarea de la destrucción y extirpación de adoratorios y efigies, estas últimas labradas unas veces en metal y otras en piedra. Entonces, sobre las cenizas de los dioses, daba comienzo a la predicación de la doctrina de Cristo. Según datos que nos proporcionan los investigadores, muchos millares de imágenes fueron destruídas en los primeros tiempos de la colonia.

Fué así como, al igual que todos los sacerdotes de su tiempo, Francisco de Ávila se preocupó de estudiar la teogonía indígena. Pero se encontró con una seductora riqueza mitológica, optando antes que nada por recoger de labios de los indios y en el idioma propio de ellos numerosos relatos que aparecían dotados de indudable singularidad y belleza. Los copió con el propósito manifiesto de traducirlos a la lengua de Castilla y acaso también con el de darlos a publicidad, puesto que él mismo se consideraba, según expresión propia, "una persona de letras". En efecto, emprendió la tarea de la traducción, haciendo resaltar en el epígrafe que se trataba de una "materia gustosa y muy digna de ser sabida". A pesar de todo no alcanzó a dar cima a su trabajo por razones que quedan ignoradas, habiendo logrado traducir apenas los primeros seis capítulos, que puso en siete, añadiendo al pie de cada uno algunas notas con diversas observaciones personales.

El códice, que contiene el texto quechua y la traducción, fué descubierto en el último tercio del siglo XIX y traducido al inglés por el peruanista británico Clements R. Markham. Fragmentos de la versión castellana de Ávila fueron luego publicados por Marcos Jiménez de la Espada en España. Hermann Trimborn, peruanista alemán, tradujo el texto quechua a su idioma en 1939. Hipólito Galante, quechuista italiano, publicó una reproducción fotostática del texto quechua, una traducción latina y otra castellana en un volumen intitulado "De priscorum Huaruchiriensium origine et institutis", en 1942, en España.

De este célebre manuscrito, cuyo texto quechua no lleva título, hemos tomado siete relatos de entre los que a nuestro

juicio contienen mayor interés. Y hemos preferido verterlos nosotros al castellano, conservando con absoluta fidelidad su contenido, sin tomar en cuenta la traducción de Francisco de Ávila, la cual, a pesar de todo, no contiene un valor literario aceptable. Asimismo prescindimos de la que encontramos en el libro de Galante, porque en muchos pasajes hay sensible falta de exactitud, debida sin duda a deficiencias en el conocimiento del quechua.

Después de estas narraciones tomamos una que fué traducida al castellano y transcrita por el padre mercedario Fray Martín de Morúa en su obra "Los orígenes de los Inkas". Morúa era español y residió en el Cuzco a fines del siglo XVI y principios del siguiente. La leyenda lleva el título de "Ficción y suceso de un famoso pastor llamado el gran Aqoyrapha con la hermosa y discreta Chukillanto, ñust'a hija del Sol". Se ocupa de los amores de un pastor del ganado blanco destinado a los sacrificios con una princesa de las que el Inka consagraba al Sol y que eran conocidas comúnmente como hijas del dios. Tales princesas no guardaban clausura y vivían en palacios especialmente construídos en la sierra. En esta leyenda, transcrita en el castellano del siglo XVI, nos hemos visto obligados a sustituir algunos vocablos y giros anticuados con otros de uso actual a fin de facilitar la lectura, pero cuidando de no lesionar el contenido ni el estilo propio del autor.

Procedimiento parecido hemos empleado con la transcripción de la leyenda que trata de la rebelión de Ollántay, la cual fué publicada por primera vez en 1837, antes de que se conociera el drama del mismo nombre, en un periódico cuzqueño intitulado "El Museo Erudito". El autor de la transcripción no revela muy apreciables dotes literarias, emplea un lenguaje con cierto dejo forense y cae inclusive en el empleo impropio de algunos términos. En consecuencia, hemos tenido que introducir algunos pequeños arreglos, respetando celosamente las características positivas de la redacción original.

Tampoco hemos podido limitarnos a presentar una mera copia literal de la leyenda que Miguel Cabello Valboa incluyó

en su "Miscelánea Antártica", obra que trata principalmente de la historia de los Inkas. Español ordenado de sacerdote en Quito, Cabello Valboa vivió en diversos puntos de Sud América y compuso su obra entre 1576 y 1586. Esta hermosa leyenda, recogida de labios del inka Mateo Yupanki, presenta un interesante acontecimiento amoroso sucedido en tiempos de la guerra civil en que se empeñaron los hermanos Wáskar y Atawallpa. Los protagonistas son el joven Killku Yupanki, emisario de Atawalpa ante la corte del Cuzco, y Qori Qóyllur, princesa hija de Wáskar. Escrito el relato en el castellano del siglo XVI, contiene términos y formas arcaicos que ya resultan inaccesibles para el lector de nuestro tiempo, razón que nos ha impulsado a efectuar algunas adaptaciones, respetando rigurosamente el estilo, bello y delicado, del padre Cabello Valboa.

Con el relato de Utqha Páuqar *sucede lo propio que con el de Ollántay en cuanto respecta al argumento, el cual, con algunas diferencias, existe también en forma de pieza teatral que se conserva en algunas regiones quechuas de Bolivia. La transcripción que damos aquí se basa en narraciones escuchadas a indios de diversas zonas de Cochabamba, principalmente de Ayopaya.*

En cuanto a la leyenda Kákuy, *que antecede a la del padre Cabello Valboa, la recogimos en el Chaco Boliviano, durante la guerra que sostuvo nuestro país con el Paraguay. Luego hemos encontrado la misma, con algunas variantes, en "El País de la Selva", de Ricardo Rojas y en "Tres mitos indígenas", de Carlos Abregú Virreira, ambos escritores argentinos. La transcripción de Rojas se muestra pletórica de exuberancia y lirismo; pero en ella la leyenda no tiene una exacta ubicación quechua y el autor traduce de modo incompleto la modulación que da en su canto el* kákuy. *La versión de Abregú Virreira es más bien un resumen intercalado en un ensayo de carácter ante todo sociológico.*

La leyenda Ima, *del escritor argentino Vicente G. Quesada, ha tenido que sufrir, como otras anteriores, aunque en grado muy relativo, nuestra intervención. Quesada fué autor de unas*

muy sabrosas "Crónicas Potosinas", publicadas en volumen en 1890, entre las cuales figura el episodio amoroso de la joven Ima. El relato se halla acrecentado con extensas citas de historiadores, las cuales, si bien muestran una ponderable riqueza de erudición, menoscaban la agilidad y aun la unidad de la narración. Por consiguiente, estas citas han sido omitidas.

La leyenda intitulada Puente del diablo *es muy conocida en Potosí y ante todo en las provincias del departamento de este nombre. La transcriben en muy hermosas páginas Julio Lucas Jaimes y Vicente Terán, ambos escritores potosinos. Si preferimos consignar aquí una transcripción propia nuestra, es tan sólo porque abrigamos la pretensión de que ella se adapta mejor a la índole de esta antología. De lo demás, en lo principal se hallan concordes las tres versiones.*

La leyenda del Mánchay Puitu, *famosa en Bolivia y el Perú, es conocida bajo dos versiones bastante diferentes. Una misma aventura amorosa se sitúa y desarrolla de distinta manera en uno y otro país. La versión peruana, magistralmente transcrita por Ricardo Palma, escritor limeño del siglo XIX, presenta el acaecimiento en el pueblo de Yanakiwa, cerca del Cuzco. En cambio la boliviana la relata sucedida en la Villa Imperial de Potosí. Nosotros la hemos escuchado de labios de muchos ciudadanos en diversos puntos del país y la que ofrecemos en este volumen se basa principalmente en narraciones oídas a Ismael Vásquez, intelectual y político del primer tercio de nuestro siglo, y Eduardo Caba, insigne compositor potosino fallecido hace poco.*

Las leyendas suscritas por Palma, Quesada y Rivas son muy conocidas, pues han circulado en publicaciones de diversa índole. Particularmente las del escritor peruano, que fueron muy celebradas en su tiempo y lo son todavía en la actualidad; sus copiosas Tradiciones peruanas *tienen aún editores y no les escasean lectores. En cambio, las leyendas de Ávila, Morúa y Cabello Valboa, inclusive la de "El Museo Erudito", son conocidas únicamente en el campo de la investigación histórica y,*

si han recibido los beneficios de la imprenta, sólo han circulado en un medio restringido de estudiosos. Por esta razón, ellas no han podido llegar al conocimiento y al gusto de un vasto círculo de lectores. En consecuencia, al haber ordenado esta pequeña antología no perseguimos otro propósito que el de difundir de modo amplio algunas de las leyendas que se conservan de los tiempos precolombinos y otras que fueron creadas por el pueblo quechua en los siglos de la colonia.

KUNIRAYA Y KAWILLAKA

En tiempos muy remotos existió un dios llamado Kuniraya. No sabemos si éste vivió antes o después de otro dios conocido bajo el nombre de Pariaqaqa. En cambio, su época parece coincidir con la de Wiraqucha, pues los hombres le dirigían, al adorarle, esta invocación:

—Kuniraya Wiraqucha, conductor del hombre, gobierno del mundo, todo te pertenece. Tuyas son las sementeras y tuyos los hombres.

Aun los ancianos, cuando tenían que ejecutar alguna labor muy difícil, desparramaban su ofrenda de coca por el suelo y le invocaban al dios:

—Haz que me acuerde bien de esta labor y que bien la medite, Kuniraya Wiraqucha.

De todos modos, como no veían a Wiraqucha, era a Kuniraya a quien los antiguos le hablaban y adoraban.

En un principio Kuniraya caminaba pobremente vestido. Su manto y su túnica se veían llenos de roturas y de remiendos. Los hombres, aquellos que no le conocían, se figuraban que era un infeliz piojoso y le menospreciaban. Pero él era el proveedor de todas estas regiones y pueblos. Con su sola palabra hacía que fueran abundantes las cosechas y con sólo arrojar una flor de carrizo llamada *pupuna* dejaba abiertos y establecidos los acueductos. Luego anduvo realizando muy útiles trabajos, empequeñeciendo con su sabiduría a los dioses de los otros pueblos.

En aquellos mismos tiempos vivía en la región de Anchi-

qucha una diosa llamada Kawillaka. Aunque era muy hermosa, tenía el propósito de mantenerse siempre virgen. Si algún dios enamorado trataba de estar con ella, era irremisiblemente rechazado.

Así vivió mucho tiempo la diosa, sin permitir que varón alguno se le aproximase. De ordinario pasaba el día tejiendo a la sombra de un lúcumo que había en el patio de su palacio. Apasionado de ella, Kuniraya, valiéndose de su sabiduría se convirtió en un pájaro y fué a posarse un día entre el ramaje del árbol. Tomó un fruto maduro e introduciendo su esencia vital dentro de él lo dejó caer muy cerca de la diosa. Ésta, tentada por el color y la fragancia de la lúcuma, se sirvió de ella. De esta sola manera, aunque ningún varón se le había aproximado, la doncella apareció encinta. Como sucede con todas las mujeres en tal estado, a los nueve meses Kawillaka tuvo que dar a luz. Por espacio de un año alimentó al niño con el seno, preguntándose continuamente para quién pudo haberlo concebido.

Transcurrido el año y cuando el niño comenzó a caminar a gatas, Kawillaka convocó un día a todos los dioses del lugar, pensando que de este modo le sería dado conocer al padre de su hijo. Los dioses acudieron al palacio vestidos con sus mejores trajes, cada uno deseoso de ser el preferido de la diosa.

No bien los dioses congregados hubieron tomado asiento en el palacio de la diosa, ésta se dirigió a ellos con estas palabras:

—Escuchadme, nobles varones. Deseo que reconozcáis a este niño. ¿Cuál de vosotros pudo haberme tenido consigo? ¿Tú?... ¿Tú?... —fué así preguntándoles uno por uno.

En todos los labios se oyó la negativa. En cuanto a Kuniraya, él había tomado asiento entre los últimos. Al verlo vestido de harapos, Kawillaka no se dignó dirigirle la pregunta, pensando con desprecio: "¿Ese infeliz menesteroso fuera el padre de mi hijo?"

En vista de que ninguno se atribuyó la paternidad del niño, la diosa quiso que él mismo se encargase de señalar al autor de sus días y con tal propósito le ordenó:

—Anda, hijo mío, y reconoce tú mismo a tu padre.

Dirigiéndose a los dioses, dijo:

—Aquel a cuyas rodillas se encarame el niño, ése será reconocido como su padre.

En efecto, el niño fué caminando a gatas delante de los dioses. No se aproximó a ninguno hasta llegar al sitio donde se encontraba Kuniraya, a cuyas rodillas se puso a trepar presuroso y regocijado. Entonces, escandalizada la diosa gritó:

—¿Yo hubiera dado a luz un hijo de semejante desdichado?

Luego tomó en brazos al niño y huyó hacia el mar. En medio del asombro de los demás dioses, Kuniraya apareció al punto vestido con un traje de oro luminoso y exclamó:

—¡Ella me amará!

Y se lanzó en seguimiento de la diosa, diciéndole a gritos:

—¡Hermana Kawillaka, vuelve a mí los ojos! ¡Mírame cuán decente ya estoy!

Diciendo así se detuvo y un súbito resplandor cubrió la tierra. Pero Kawillaka no volvió los ojos hacia el dios y siguió huyendo.

—Quiero desaparecer, ya que hube dado a luz para un varón tan horroroso y despreciable —decía en su huída.

Empero el dios, con la esperanza de que la fugitiva volvería los ojos y le vería, llamándola a voces la siguió sin poder alcanzarla.

En el trayecto se encontró con un cóndor y le preguntó:

—Hermano, ¿por dónde has encontrado con esa mujer?

—Cerca de aquí —le contestó el cóndor—. No tardarás en alcanzarla.

Entonces Kuniraya le dijo:

—Tú vivirás más años que los otros animales. Te alimentarás con carne de guanaco y de vicuña. Aquel que te diera muerte, también morirá —y continuó su camino.

Luego se encontró con un zorrino y le preguntó:

—Hermano, ¿dónde has encontrado con esa mujer?

—Muy lejos. No la podrás alcanzar.

Ofendido el dios por semejante respuesta, le dijo:

—Por haberme contestado así, tú no caminarás de día, sino sólo de noche. Odiado por el hombre, andarás despidiendo olores insoportables.

Después encontró a un puma en su camino y le hizo la misma pregunta. El puma le contestó:

—Está aún cerca. La alcanzarás.

—Tú serás muy querido. Devorarás las llamas de los hombres malos. Si te dan muerte, los hombres se disfrazarán con tu piel para bailar en las grandes fiestas. Cada año te exhibirán así, con sacrificios de llamas, y de tal modo tendrás participación en las solemnidades.

En seguida se encontró con una zorra, que le dió una respuesta desfavorable.

—Tú vivirás aborrecida por los hombres. Si te dan muerte, arrojarán tu cadáver con desprecio.

También encontró a un milano, quien le informó que la mujer iba todavía cerca, que podría alcanzarla. Kuniraya le dijo:

—Tú serás dichoso. El picaflor te servirá de alimento favorito, y luego los demás pájaros. El hombre que te matara tendrá que sacrificarte una llama y los que bailen en las fiestas te colocarán sobre su cabeza como un bello adorno.

Luego encontró con una bandada de loros. Uno de ellos le dijo:

—Ya va muy lejos. No la encontrarás.

—Tú volarás siempre con gran algazara y cuando busques comida será fácil que te sorprendan y te arrojen. Vivirás miserable y hambriento, odiado por los hombres.

Siguió adelante. A los que le daban buenas noticias les auguraba sucesos favorables y maldecía a los otros.

Entre tanto Kawillaka llegó a la orilla del mar, cerca de Pachakámaj, y se arrojó al agua. La diosa y su hijo se convirtieron en rocas. Ahora mismo se puede ver, a poca distancia de la playa, alzándose imponentes sobre el agua, dos grandes moles de granito.

Kuniraya llegó a las inmediaciones de Pachakámaj, donde el

dios que lleva este mismo nombre tenía dos hijas que vivían custodiadas por una serpiente. Momentos antes de que llegara Kuniraya, la madre de las jóvenes, llamada Urpiwáchaj, había ido a visitar a Kawillaka dentro del mar. Kuniraya adormeció a la mayor de las jóvenes a fin de poder acostarse con la menor, quien, convertida en una paloma, emprendió el vuelo.

En esos tiempos no había peces en el mar. Sólo Urpiwáchaj criaba algunos en un estanque que había en su casa. Kuniraya, disgustado porque Urpiwáchaj había ido a visitar a la ingrata Kawillaka, arrojó los peces del estanque al mar. Sólo a partir de entonces abundan en el mar los peces.

Kuniraya se alejó por la orilla del mar. Urpiwáchaj, al saber que había tratado de acostarse con su hija, se lanzó en su persecución, resuelta a tirarlo al mar desde lo alto de una roca. Al efecto, alcanzándole, se comidió a despiojarle, a fin de buscar un momento oportuno. Pero Kuniraya, lleno de sabiduría, se dió cuenta y con un pretexto cualquiera se alejó del lugar y se fué al valle de Waruchiri.

Transcripción quechua de Francisco de Ávila. 1608.
Traducción castellana de Jesús Lara.

EL POBRE Y EL PODEROSO

Los hombres que habitaron antiguamente estas tierras vivían en constantes guerras, sojuzgando unos pueblos a otros. Sólo a los varones muy fuertes y poderosos les reconocían por *kurakas.* A aquellos hombres primitivos les llamamos ahora salvajes.

Fué en esos tiempos que el dios Pariaqaqa nació de cinco huevos en Kunturkutu. El primero en conocer este origen de la deidad fué un hombre muy pobre conocido con el nombre de Wathiaquri, de quien se dice que era hijo de dicho dios. Porque era pobre y sólo se alimentaba de patatas cocidas al rescoldo le pusieron el nombre de Wathiaquri.

Por el mismo tiempo había un hombre llamado Tamtañamka, grande y poderoso jerarca. Su palacio, situado en Q'asakanchu, se hallaba todo él techado con alas de pájaros. Sus llamas eran de diversos colores: amarillo, rojo, azul, y de las más vistosas apariencias. Era un hombre que presumía de sabio y aun solía presentarse como una deidad; pero a pesar de todo contrajo una terrible enfermedad. No pudo reponerse de su mal en muchos años, en vista de lo cual la gente se preguntaba: "¿Por qué enferma si sabe tanto y es tan poderoso?" Así como los *wiraquchas* en casos semejantes recurren a los sabios y a los doctores, así también Tamtañamka, con la esperanza de sanar, desveló a los sabios y a cuantos sabían curar. Pero nadie pudo saber qué enfermedad era aquélla.

Un día que Wathiaquri venía de Uraqucha por la cuesta que baja a Sieneguilla, se le hizo de noche y él se quedó a dormir allí, en ese cerro que se llama Llatapsaku. Aún no había

conciliado el sueño cuando muy cerca de él se encontraron una zorra que subía la cuesta y otra que bajaba. La que subía preguntó:

—¿Hermana, cómo van las cosas allá arriba?

—Todo más o menos bien —contestó la otra—. Pero el señor de Anchiqhucha, que presume de sabio y se cree un dios, padece una terrible enfermedad. Han acudido todos los amautas de la región, se han preguntado de qué enfermedad se trata; pero ninguno puede dar con ella. No saben que el mal tiene este origen: La esposa del señor tostaba maíz un día. Saltó del tostador un grano y le tocó a la mujer en las partes. Ella tomó el grano y se lo dió a comer a un hombre. Luego quiso caer en pecado carnal con él y el adulterio fué consumado. Desde que se cometió este pecado viven dos serpientes en la techumbre y se alimentan de la salud del marido. Asimismo hay un sapo de dos cabezas debajo de la losa de moler que hay en la cocina. Pero nadie repara en este devorador de la salud humana.

Así comunicó a su amiga la zorra que venía de arriba.

El hombre que se consideraba una divinidad y que sin embargo cayó enfermo, tenía dos hijas. A la mayor se la dió en matrimonio a un pariente muy acomodado. La menor se conservaba soltera. El pobre Wathiaquri, que había escuchado el diálogo de las zorras, se dirigió al pueblo de Tamtañamka. Al ir preguntando por la calle si no había algún enfermo, acertó a dirigirse a la hija menor de Tamtañamka, quien le expresó que estaba enfermo su padre. A lo que Wathiaquri le dijo:

—Acostémonos. Por tu amor le curaré a tu padre.

No conocemos el nombre de esta mujer. Puede ser aquella a quien más tarde dieron en llamarla Chaupiñamka.

La mujer no aceptó de inmediato la proposición del hombre. Fué a su padre y le dijo:

—Padre, hay aquí un menesteroso que afirma que puede curarte.

Al oír estas palabras, los sabios que estaban en la cabecera del enfermo se rieron y comentaron:

—Nosotros con nuestro saber no podemos curarlo ¿y sería capaz de hacerlo un desdichado?

Como deseaba aliviar su salud de cualquier manera, el enfermo ordenó:

—Que venga, no importa la clase de hombre que sea.

Una vez delante del paciente, Wathiaquri le dijo:

—Padre, si deseas recobrar la salud, yo haré que la recobres. Pero en recompensa tendrás que otorgarme la mano de tu hija.

—Sea en buena hora —contestó el hombre.

Escuchando este diálogo el marido de la hija mayor se sintió profundamente disgustado:

—¿Por qué razón trata de unir con un menesteroso a esa mujer, cuñada de un hombre tan acaudalado como soy yo?

Wathiaquri comenzó a atender la salud del enfermo y le dijo:

—Padre, tu mujer no te es fiel y el adulterio que ha cometido es la causa de tu enfermedad. Tu salud va siendo devorada por dos serpientes que viven en la techumbre de tu suntuoso palacio. Hay además un sapo de dos cabezas debajo de la losa de moler de la cocina. Estos monstruos deben ser decapitados a fin de que recobres la salud. Vencidas todas estas vicisitudes y una vez sano y bueno, has de adorar a mi padre. No tardará en aparecer. Tú no eres ninguna deidad, porque si lo fueras, no caerías enfermo.

Cuando el menesteroso acabó de hablar, Tamtañamka cayó presa de un miedo profundo. Sufría a la idea de que su hermoso palacio tuviese que ser demolido. Al mismo tiempo su mujer exclamó disgustada:

—¡En vano este desdichado me acusa de vileza! ¡Yo no soy adúltera!

Pero como ansiaba ante todo recobrar la salud, el enfermo permitió que su hermoso palacio fuese demolido. De entre los escombros fueron arrancadas dos serpientes y en seguida destruídas. Wathiaquri le habló claro a la mujer acerca de la manera cómo del tostador saltó el grano de maíz y le llegó a

las partes; cómo ella lo recogió y se lo dió de comer a su amante. Luego la mujer tuvo que declarar que todo fué evidente.

En seguida Wathiaquri encontró debajo de la losa de moler un sapo de dos cabezas, el cual de un salto se metió en la quebrada de Anchiqhucha. Vive hasta hoy allí, escondido en una fuente. A los hombres que se acercan a la fuente, el monstruo unas veces les hace desaparecer y otras los vuelve locos.

Muertas las serpientes y expulsado el sapo, el enfermo recobró la salud y otorgó la mano de su hija al bienhechor. La pareja se encaminó entonces a Kunturkutu, donde el dios Pariaqaqa se encontraba bajo la forma de cinco huevos. De los lugares cercanos comenzó a soplar el viento, pues en otros tiempos este elemento no era conocido. Fué allí, en aquella montaña, donde Wathiaquri y su esposa se entregaron al amor.

Al saber que se habían unido, el cuñado se dijo:

—Le voy a poner en vergüenza a ese desdichado —y se dispuso a pelear con él. Así, un día le invitó:

—Hermano, quiero pelear contigo. ¿Por qué razón un menesteroso como tú se ha apoderado de la cuñada de un hombre tan poderoso como yo?

—Está muy bien —aceptó el reto Wathiaquri y corrió a darle conocimiento a su padre Pariaqaqa, quien le dijo:

—Está bien. Si te sucede algo, acude a mí sin tardanza.

Un día el perverso cuñado invitó a Wathiaquri a competir en la bebida y en la danza. Inmediatamente el mendigo fué a comunicárselo a su padre. Éste le dijo:

—Ve a aquel cerro y tiéndete en la cuesta. Pronto adquirirás la apariencia de un guanaco muerto. Al amanecer acudirá un zorro con su hembra y traerá un pequeño cántaro lleno de chicha y un tamboril. Creyendo que eres un guanaco muerto dejarán en el suelo el cántaro y el tamboril, así como una zampoña que llevarán consigo, y se dispondrán a devorarte. En ese instante, recobrando tu apariencia de ser humano, ponte a alborotar gritando lo más fuerte que puedas. Ellos huirán

sin acordarse del cántaro y las otras cosas, los cuales te servirán en la competencia.

Así le aleccionó Pariaqaqa y el menesteroso lo cumplió punto por punto.

Inició el certamen el hombre poderoso, cantando acompañado de un coro de cerca de doscientas mujeres. Cuando él hubo concluído, Wathiaquri entró acompañado por su sola mujer. Llevaba consigo el tamboril del zorro, a cuyo son se puso a cantar. Era de ver aquello, pues mientras cantaba el menesteroso, danzaba la tierra entera. De esta manera, Wathiaquri obtuvo la victoria.

Cuando comenzó el certamen de la bebida, Wathiaquri se sentó separado de todos, a la manera de los que vienen de las altas montañas. Los convidados se pusieron a hacerle beber sin descanso, uno tras otro. Él no desairó a ninguno y permaneció imperturbable en su sitio. Cuando le tocó el turno de invitar no tenía sino el pequeño cántaro del zorro. Al verlo tan insignificante, los convidados se dijeron: "¿Con un cántaro tan pequeño ha de satisfacer a tanta gente?" y se pusieron a reír. Pero el cantarillo no se agotaba y no sólo hubo para todos, sino que muy pronto fueron todos derribados por la embriaguez.

Sin darse por vencido, el hombre poderoso lanzó un nuevo desafío. Consistía en cuál de ellos iba a lucir los mejores trajes, los más vistosos, caros y bellos. Como las veces anteriores, Wathiaquri acudió a su padre y obtuvo de él un traje deslumbrador, con el que hubo encandilado a cuantos le vieron y, en consecuencia, ganó nuevamente.

Luego debían disfrazarse de puma para bailar. El hombre poderoso presentó las numerosas pieles de puma que poseía, pensando que así podía vencer. Pero el menesteroso, aleccionado por su padre, al amanecer extrajo de una fuente un hermoso disfraz de puma rojo. Cuando se puso a danzar con dicha piel, apareció en el cielo un arco iris que asombró a todos.

El hombre poderoso desafió al adversario a construir un palacio. Aquél, en un solo día levantó los muros del edificio

empleando en el trabajo gran número de gente. El mendigo no hizo más que colocar los cimientos y el resto del día estuvo paseando con su mujer. Por la noche acudieron todos los pájaros, las serpientes y cuantos animales habitaban el lugar y levantaron el palacio. El rival se llenó de asombro cuando a la mañana siguiente encontró los muros terminados. Los materiales para cubrir el techo, Wathiaquri los acarreó en guanacos y vicuñas. Pero cuando el adversario los trasladaba para su palacio en una piara de llamas, el menesteroso contrató a un gato montés, el cual en un momento dado saltó de detrás de una peña y asustó de tal manera a las llamas, que todas se dispersaron y despeñaron. De este modo volvió a ganar Wathiaquri.

Después de todas estas luchas, Wathiaquri, obedeciendo los consejos de su padre, se dirigió así al adversario:

—Hermano, ya muchas veces he admitido tus proposiciones para la contienda. Ahora te toca a ti aceptar mi iniciativa.

—Está bien —contestó el hombre poderoso.

—Que una túnica azul y un calzón de albo algodón sean nuestro traje, y así bailemos.

—Así sea.

Como de costumbre, el hombre poderoso se puso a bailar el primero. Desde fuera, Wathiaquri comenzó a lanzar gritos aterradores, de modo que el otro, presa del susto, se convirtió en un venado y huyó, desapareciendo detrás de la montaña.

(Ibid.)

TÚPAJ YUPANKI Y EL DIOS MAQAWISA

El Inka Túpaj Yupanki, después de asumir el gobierno del Imperio, realizó numerosas conquistas y luego disfrutó de muchos años de reposo en medio del bienestar y la abundancia. Pero he aquí que se rebelaron algunos pueblos que no querían vivir sometidos a la soberanía del Cuzco, entre otros los Allankuna, los Kallanku y los Chaki. Arrastraron consigo a muchos miles de hombres y sostuvieron reñidas luchas por espacio de doce años contra las fuerzas del Inka. Todos los ejércitos que marcharon contra los rebeldes fueron derrotados. El Inka vivía hondamente preocupado y a menudo se preguntaba: "¿Qué ha de ser de nosotros?" Un día se acordó de sus dioses y se dijo: "¿A qué fin honro yo a tantos dioses con ofrendas de oro y plata, con vestuario, alimentos y otros objetos innumerables? Bien, congregaré a todos para que me ayuden a derrotar a mis enemigos". Luego requirió la presencia de todas aquellas divinidades que recibían ofrendas de oro y plata.

Acudieron de buen grado todos los dioses que vivían en el Tawantinsuyu, inclusive Pachakámaj. El Inka los vió llegar en sus literas a cierto paraje del campo de batalla donde él se encontraba. Pariaqaqa, que aún permanecía en su residencia, estuvo vacilando entre ir y no ir. Por último decidió enviar en lugar suyo a su hijo Maqawisa. Éste se colocó un poco distante de las otras deidades.

Una vez reunidos todos, el Inka habló de esta manera:

—Padres míos, divinidades mayores y menores, sabéis vosotros que os venero con todo el corazón y no os hago faltar ofrendas de oro y plata. Si yo os honro de esta manera, ¿no

seréis capaces de ayudarme cuando estáis viendo que mueren tantos miles de mis vasallos? Es por esta razón que os he reunido.

Ninguno de los dioses contestó a las palabras del Inka. Todos permanecieron silenciosos. Entonces el monarca insistió:

—Ea, hablad. ¿De esta manera han de perecer en los combates los hombres que vosotros habéis creado y que vosotros mismos gobernáis? Si me negáis vuestra ayuda, ahora mismo a todos vosotros os haré devorar con el fuego. ¿Por qué razón, entonces, tuviera yo que colocar en vuestras literas ofrendas de oro y plata, alimentos y bebidas, llamas y todo género de dádivas pensando teneros satisfechos? ¿No seríais capaces de prestarme vuestro auxilio al verme tan acongojado? Si me dais vuestra negativa, arderéis ahora mismo.

Entonces fué que Pachakámaj tomó la palabra:

—Inka, descendiente del Sol, yo he guardado silencio porque mi poder sacude a todos, inclusive a ti y al mundo entero. Yo no destruiría solamente a los adversarios. Acabaría con todos, inclusive contigo y con el mundo entero. Es por esta razón que prefiero guardar silencio.

En vista de que los otros dioses seguían callando, Maqawisa dijo:

—Inka, hijo del Sol, yo iré al combate. Entre tanto, quédate tú aquí, en tu campamento, y piensa en los tuyos. Yo derrotaré prontamente a los adversarios.

Mientras hablaba la deidad, de su boca soplaba un aliento pavoroso como un remolino de humo. Acto continuo requirió el dios su zampoña de oro y su flauta de oro; se puso el casco y la túnica negra y tomó la rodela de oro. Luego emprendió la marcha en la regia litera del Inka conducida por vigorosos *kallawayas* escogidos por el propio soberano. Estos hombres formidables abarcaban en muy pocos días caminos larguísimos que otros recorrían en muchos días. Y fueron éstos quienes condujeron al dios Maqawisa al campo de batalla.

Maqawisa, hijo de Pariaqaqa, fué a situarse en un monte vecino al sitio donde se hallaba el enemigo. El dios comenzó

desencadenando una tempestad no muy violenta. En vista de que no era época de que cayesen tempestades, los adversarios, extrañados, se preguntaban: "¿Qué es lo que pasa?" y se alistaron en previsión de cualquier emergencia. La deidad se puso a descargar rayos y acrecentó el furor de la tempestad. Ésta no cesó hasta que pueblos enteros fueron arrasados y convertidos en barrancos. Quedaron exterminados el *kuraka* y todos los jefes. Se salvó apenas un puñado de hombres comunes. Estaba en la voluntad del dios el destruir a todos, sin que quedase uno; pero dejó con vida a varios y a éstos los condujo al Cuzco.

A partir de entonces el Inka tributó homenajes más fervorosos a Pariaqaqa, asignándole cincuenta servidores encargados de su culto. En cuanto a Maqawisa, emocionado el monarca le dijo:

—Maqawisa, padre mío, ¿qué oblaciones puedo ofrecerte? Pídeme todo aquello que estuviere en tu deseo. Yo no pondré reparo alguno en otorgártelo.

—Yo no deseo absolutamente nada —contestó el dios—. Más bien tal vez quisieras tú dedicarte a mi servicio en calidad de *Wajsa,* como aquellos que se consagran entre los *Yauyus,* mis hijos.

—Así sea —aceptó atemorizado el soberano y dijo para sí—: No vaya a ser que este dios quiera a mí también destruirme —apresurándose a hacerle toda índole de ofrecimientos—. Come, padre mío —y le puso delante toda clase de manjares.

—Yo no acostumbro comer este género de alimentos. Ofréceme corales —dijo el dios.

El Inka le sirvió corales y Maqawisa se puso a masticarlos ruidosamente. Como el dios no quiso recibir otras ofrendas, el soberano hizo venir algunas princesas y se las ofreció; pero tampoco ellas fueron aceptadas.

Cumplida su misión, Maqawisa fué a darle cuenta de ella a su padre Pariaqaqa.

En tiempos posteriores, los Inkas permanecían largas temporadas en Jauja, conmemorando como *Wajsas,* con fiestas solemnes, aquellos acontecimientos.

(Ibid.)

ANCHIKARA Y WAYLLAMA

En tiempos muy antiguos había un hombre llamado Anchikara. Este Anchikara se hallaba encargado de la vigilancia de una fuente llamada Púruy, cuyas aguas iban a regar las heredades de los Allaukas. Siendo Anchikara un vigilante muy riguroso, se le presentó un día una mujer de gallarda presencia. Su nombre era Wayllama, y se le acercó en el punto mismo por donde desagua el caudal, diciéndole:

—Hermano, muy escasa es el agua que llega a mi heredad. Si tú te llevas casi todo el caudal a otras sementeras, ¿con qué vamos a vivir nosotros?

Habló así la mujer y acto continuo sentóse en la boca misma de la fuente. El hombre a quien hemos llamado Anchikara, viendo que la mujer era prodigiosamente bella, se sintió enamorado de pronto y se apresuró a saludarla con tiernas palabras. Sin embargo, la mujer se oponía a que las aguas fueran a regar las otras heredades. Entonces, el hombre se dirigió a la mujer así:

—No te opongas de ninguna manera. ¿Cómo han de poder vivir mis hijos? —y siguió hablándole con dulces palabras.

En vista de la oposición de Wayllama acudieron los hijos de Anchikara y desviaron el caudal en otra dirección, dando lugar a que cerca de la fuente se formasen las pequeñas lagunas de Lliuya y Tutaqhucha. Dentro de la primera se ven erguidos tres o cuatro pequeños riscos conoidales, los cuales son conocidos como los hijos de Anchikara. Si estos hijos de Anchikara no hubiesen ido en aquella oportunidad a desviar aquí las

aguas de la fuente, muy escaso caudal habría venido, por más que, a pesar de todo, siempre es poca el agua que nos viene.

Después de haber puesto fin a la disputa por el agua, Anchikara y Wayllama se enamoraron y se unieron, y resolvieron quedarse allí para siempre, y en seguida se convirtieron en piedras. Así, hasta nuestros días, están sentados los dos junto a la fuente, mientras sus hijos viven dentro de la laguna de Lliuya.

(Ibid.)

EL NIÑO ABANDÓNADO

Primitivamente el pueblo de Quncha se hallaba habitado por los *Yunkas.* Todavía cuando éstos residían allí, vinieron de Yaurillancha los *qunchas* en un grupo de cinco hombres, los cuales hubieron nacido de las entrañas de la tierra. Sus nombres, de mayor a menor, eran: Llajsamisa, quien vino en compañía de su hermana Kunukuyu; Paukirpusi, Llamantaya, Walla y Kalla. Primeramente sólo vinieron aquí los tres mayores. Los dos menores, como vinieron posteriormente, equivocaron el camino y se dirigieron a Yauyu, pensando que allí se encontraban los hermanos mayores. Ya un tiempo después, cuando los otros se habían distribuído las tierras y otras riquezas del lugar, llegaron ellos al pueblo de Quncha.

En sus tiempos los Yunkas utilizaban las aguas abundosas del lago de Yansa. El caudal abarcaba hasta las faldas del cerro de Llantapa y los habitantes del lugar vivían en medio de la abundancia. Entonces fué que los tres *qunchas* mayores aparecieron en estas regiones. Llajsamisa poseía desde su nacimiento un pesado yelmo de piedra denominado *llajsayaqulla.* Por supuesto, los tres hermanos traían consigo el yelmo de piedra. Se detuvieron a beber agua de la fuente de Yanapujyu, situada un poco más arriba del lago de Yansa. En el pueblo circularon rumores en sentido de que al lugar de la fuente habían llegado tres hombres extraños que eran de temer. No faltaron curiosos que se encaminaron a ver a los forasteros. Cuando se aproximaban, Llajsamisa no hizo otra cosa que mostrarles el yelmo de piedra, con lo que los infelices quedaron instantáneamente muertos.

Al ver que los suyos habían muerto de manera tan extraña, todavía hubo algunos que intentaron acercarse al lugar, pero murieron en la misma forma. En vista de ello los restantes, temerosos de correr la misma suerte, se dieron a la fuga, abandonando sus ciudades y sus campos.

Un yunka, cuyo nombre no se conoce, dejó al huir de noche abandonado a un niño, hijo suyo, llamado Yasalli, en la región de Qunchasika, llevándose consigo, por equivocación, a otro niño que era hijo adoptivo suyo. Sólo se dió cuenta de su error cerca de Kaparikaya, casi al tramontar la cumbre de Yanasiri, cuando comenzó a clarear el nuevo día. En vista de que iba con él apenas el hijo adoptivo, su dolor fué muy grande; pero siéndole imposible regresar, tuvo que continuar su camino, resignado a irse sin su hijo.

El niño abandonado, poseído de pánico, fué a ocultarse en una gruta que hay cerca del sitio donde hoy se alza la cruz de Qunchasika. A la sazón llegaron a este pueblo los tres hermanos. Al repartirse el botín y buscar las riquezas del lugar, Llajsamisa encontró oculto al niño Yasalli y al verlo entristecido le dijo:

—No te apenes, hijo mío. Vivirás conmigo. Si acaso mis hermanos me dijeran que debes morir, yo te defenderé. Puede ser que te dediques a apacentar mis llamas.

Los hermanos de Llajsamisa, henchidos de odio hacia el niño, dijeron:

—Es necesario que este niño muera, porque tarde o temprano nos dirá que la tierra y las sementeras le pertenecen.

—No —denegó Llajsamisa—. ¿Con qué objeto le hemos de dar muerte? No será de más que viva. Él nos enterará de las condiciones del lugar, de las sementeras y de otras muchas cosas.

Los hermanos insistieron en que el niño debía morir. Pero enfadado Llajsamisa les dijo:

—Hermanos, ya tantas veces os lo he dicho. No sea que vuestros huesos vayan a dar al fondo del lago. Yo he dispuesto que debe vivir.

Así habló y sus hermanos enmudecieron. De esta manera Llajsamisa hizo que el niño viviera apacentando sus llamas.

En el transcurso del tiempo, cuidando el rebaño de Llajsamisa, Yasalli se conoció con Kunukuyu, hermana del primero y se unió en matrimonio con ella.

(Ibid.)

QULLQIRI Y KAPHIAMA

En el lago de Yansa vivía una divinidad conocida bajo el nombre de Qullqiri. Porque era el dios tutelar de la región, los habitantes de Quncha le consagraban la mejor parte de su cosecha de maíz todos los años.

Qullqiri comprendió que era necesario casarse, pues deseaba ardientemente una mujer. Buscando a alguna que le quisiese llegó hasta Yauyu y Chajlla; pero no encontró a nadie que pudiese corresponder a sus anhelos. Un día de esos el dios Kuniraya se le apareció y le dijo:

—Ea, muy cerca de ti se encuentra la mujer que deseas.

Qullqiri sintió gran alegría y se puso a buscarla. Bajando la cuesta de Yanpilla, en el pueblo del mismo nombre encontró el amor que tanto había buscado. Vió a una joven deslumbrante de hermosura, que estaba cantando una dulce canción. Su nombre era Kaphiama. Viéndola de tan seductora belleza, al punto dentro de su corazón se dijo: "He aquí la mujer que debe ser mi compañera". A un rapaz, criado suyo, que iba con él, le dijo:

—Anda, hijo mío, y avísale a aquella muchacha que su llama ha parido un llamita macho en el cerro. Debe ella venir sin tardanza.

Tan pronto como el niño le hubo dado la noticia, la joven, llena de júbilo, se dirigió prestamente a su casa. Se colgó del cuello su tamboril de oro, se colgó de los costados dos pequeñas bolsas de coca y llevándose un cantarillo de chicha se encaminó de prisa hacia el cerro. Viéndola subir la cuesta, el dios, rebosante de dicha regresó al lago de Yansa. Entre tanto el

rapaz guiaba a la joven por el cerro diciéndole que estaban muy cerca del lugar donde encontraría a su llama. Qullqiri, convertido en un ave llamada *qallqallu,* la esperaba en el cerro que hay encima del lago. Llegando a aquel lugar, la doncella, aficionada de la belleza del ave, resolvió atraparla. El ave revolaba por trechos cortos, sin resignarse a ser tomada. Pero la muchacha, ansiosa de no dejarla escapar, acabó por apoderarse de ella y se la guardó en el seno. Pero en eso se le derramó la chicha del cantarillo y en el acto, en el sitio mismo donde cayó la chicha, brotó una fuente. Esa fuente se llama hoy Ratajtupi.

El ave comenzó a crecer en el seno de la doncella y tomó tal volumen que ella, no pudiendo soportar el peso y deseosa de saber qué era aquello, abrió su túnica y vió caer al suelo un bulto enorme que luego resultó ser un gallardo y hermoso mancebo, quien se apresuró a saludarla con fina galantería y le dijo:

—Hermana, tú me aprehendiste; mas fuí yo quien te hizo venir aquí. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La doncella se enamoró también del joven y luego se acostaron juntos. Finalmente Qullqiri se la trajo al pueblo del lago de Yansa.

Como no volvió a su casa, los padres, hermanos y demás parientes de la joven se pusieron a buscarla con honda aflicción. La buscaron muchos días, hasta que un hombre de Yanpilla, llamado Llukawa, al encontrarse con ellos les dijo:

—Vuestra hija se ha ennoblecido notablemente, pues ha conseguido un marido de alcurnia.

Entonces ellos se dirigieron a Yansa y al hombre le interpelaron llenos de indignación:

—¿Por qué a nuestra amada hija has tenido que raptarla? ¿Ha sido por tu causa que hemos estado buscándola por todos los pueblos de los contornos hasta rendirnos de cansancio?

—Padres míos, hermanos míos —contestó Qullqiri—, me tratáis con demasiada rudeza por no haberos hecho saber mi matrimonio con Kaphiama. A fin de desagraviaros os ofrezco lo

que vosotros elijáis: una casa, una heredad, llamas, siervos, aperos de labranza, oro, plata, en fin, lo que vosotros queráis.

Los padres no aceptaron nada; al contrario, trataron de llevársela. Pero la joven se negó a seguirles, diciendo:

—No regresaré a casa, porque me he casado de todo corazón.

—Padre mío —dijo suplicante Qullqiri—, no es posible que me arrebates a mi esposa. Te he ofrecido todo cuanto me es posible darte. Si te ofreciera un canal subterráneo, ¿lo aceptarías?

En cuanto habló así, un hombre que se hallaba sentado detrás de los hermanos de la joven insinuó:

—Padre mío, sería conveniente que aceptes.

Los demás se pusieron a comentar cavilosos acerca de lo que podría ser un canal subterráneo. Finalmente el padre habló así:

—Está bien, hijo mío. Cásate con mi hija; pero tendrás que cumplir lo prometido —y se marchó con todos los que le habían acompañado. A ese tiempo Qullqiri le dijo:

—Dentro de cinco días nos volveremos a ver en tu pueblo, padre mío.

Sin pérdida de tiempo Qullqiri se internó en el subsuelo y empezó a abrir un canal en dirección a Yanpilla. Luego de haber avanzado un largo trayecto, tuvo curiosidad de saber en qué lugar se encontraba y sacó la cabeza a la superficie. Se hallaba enfrente de Aparwayki; pero inmediatamente, en ese trecho, comenzó a brotar el agua como de una fuente. Qullqiri taponó el agujero con trozos de cobre y continuó abriendo el canal subterráneo, hasta que fué a salir un poco más arriba de Yanpilla. En ese punto brotó una fuente copiosa, la cual lleva hasta hoy el nombre de Kaphiama.

Era excesivo el caudal que brotaba de aquella fuente, tanto, que inundó las sementeras de los habitantes del lugar. Arrastró consigo los tendales de coca, la quinua ya madura y todo cuanto tenían en sus campos. Los damnificados, indignados al ver tanto desastre, gritaron:

—¿Por qué nos has largado tanta agua? ¡Devuélvela a su

origen! Estamos acostumbrados a abastecernos con poca agua.

Al oír estas protestas los padres de Kaphiama se alarmaron y desde la orilla de la fuente le instaron a Qullqiri:

—¡Pariente, todos los vecinos están encolerizados contra nosotros! No nos envíes tanta agua, disminuye el caudal. ¡Ea, Qullqiri, tapa la fuente!

Al oír esta instancia, Qullqiri taponó la fuente con lo que tuvo a mano. Pero la fuerza del agua era muy grande y los tapones fueron arrastrados. Entre tanto, desde abajo los hombres le intimaban a cerrar la boca de la fuente. Qullqiri optó por meterse a la fuente y trató de taponarla con su túnica. Recién con eso disminuyó el caudal un poco. Ahora mismo, atravesando la túnica de Qullqiri, el agua sale como al través de un cernidor. Este hecho dió lugar a que en diversos puntos de las cercanías comenzaran a brotar manantiales, los cuales no habían existido antes. Pero en cambio los habitantes de Quncha vieron disminuir sus aguas sensiblemente y empezaron a quejarse:

—¿Por qué se regala nuestras aguas? ¿Con qué hemos de vivir nosotros?

Reunidos todos los habitantes de Quncha, se dirigieron un día a Llajsamisa, cuidador del lago:

—Ea, Llajsamisa, ¿por qué razón desecas nuestras aguas? ¿De qué manera han de vivir los hombres? —le interpelaron así y le arrojaron todos al lago.

Entonces el dios que llamamos Qullqiri pensó así: "Es verdad. ¿Con qué han de vivir ellos?" y envió a su joven criado Rapacha con la orden de ahondar el lecho del lago, extrayendo la tierra y la piedra que había en el fondo. "Así hemos de señalar la cantidad de agua que debe corresponder a los Qunchas", resolvió la deidad.

Rapacha ensanchó y ahondó el lago y Qullqiri vino a proteger los bordes desde muy abajo con una alta y sólida muralla. Ahora mismo se puede ver que aquella muralla no tiene nada de tierra y en ese punto se halla la salida del agua.

(Ibid.)

KUNIRAYA Y EL INKA WAYNA QHÁPAJ

Poco antes de que aparecieran los europeos en esta tierra, el dios Kuniraya se dirigió a la ciudad del Cuzco. Allí celebró una entrevista con el Inka Wayna Qhápaj y le dijo:

—Vamos, hijo mío, al Titikaka. Allá te revelaré quién soy.

Una vez en el lago, la deidad le dijo al Inka:

—Soberano, ordena que comparezcan tus súbditos, de entre los magos y los más sabios, a objeto de que los enviemos allá donde se encuentran los cimientos de la tierra.

Wayna Qhápaj se apresuró a cumplir el mandato del dios.

Entre los que acudieron al llamado del Inka, unos decían que eran del linaje del cóndor; otros, del linaje del milano; otros, en fin, del linaje de la golondrina. Una vez reunidos todos ellos, Kuniraya les habló así:

—Dirigíos al sitio donde se hallan los cimientos de la tierra. Llegados allí, decidle a mi padre: "Me envía vuestro hijo a fin de que le mandéis conmigo a una de sus hermanas".

Como todos los otros emisarios, el del linaje de la golondrina partió del Titikaka para regresar al cabo de cinco días. Llegado al sitio donde se hallan los cimientos de la tierra y transmitido el mensaje, al del linaje de la golondrina le entregaron un cofre con esta recomendación:

—No sea que quieras abrir este cofre. Sólo podrá abrirlo tu señor Wayna Qhápaj en persona.

El emisario emprendió el viaje de regreso y en el trayecto, ya muy cerca del Cuzco, se dejó vencer por la curiosidad y ansioso de ver el contenido del cofre, lo abrió. Dentro del cofre vió a una joven de maravillosa belleza. Su cabellera era ondulada y rubia como el oro. Su traje se veía asombrosamente

lujoso. Dentro del cofre, ella era de diminuta apariencia. No bien los ojos indiscretos del emisario la hubieron sorprendido, la joven desapareció sin rastro.

Hondamente afligido el mensajero llegó al Cuzco y luego al Titikaka.

—Si no hubieras pertenecido tú al linaje de la golondrina, yo mismo te habría dado muerte. Anda, regresa al mismo sitio —le ordenó Kuniraya.

El mensajero repitió el viaje y esta vez no se dejó seducir por la curiosidad. De regreso con el nuevo cofre, cuando sintió hambre y sed en el camino, no tuvo más que decirlo y se le presentó de por sí una mesa admirablemente bien servida y, de noche, un mullido lecho para que durmiera.

En cinco días también estuvo de vuelta en el Titikaka, con el cofre cerrado. Muy complacidos le recibieron Kuniraya y el Inka.

Aún antes de que se abriera el cofre, Kuniraya le habló así a Wayna Qhápaj:

—Inka, hemos de abandonar los dos este mundo. Yo me internaré en este otro mundo y tú vete a aquel otro, junto con mi hermana. Tú y yo no volveremos a vernos.

Dicho esto, el dios abandonó la tierra.

En viéndose solo, Wayna Qhápaj abrió el cofre. No bien hubo levantado la tapa, de un súbito resplandor se cubrió el mundo. El soberano dijo entonces:

—Ya no me moveré de aquí. Aquí viviré con esta princesa y reina mía —así dijo, y llamando a un vasallo pariente suyo—: Anda tú como representante mío y preséntate en el Cuzco diciendo que eres Wayna Qhápaj.

Acto continuo, el Inka y su esposa desaparecieron en la misma forma que Kuniraya.

Muchos años después, cuando el llamado Wayna Qhápaj dejó de existir, unos y otros disputaron tratando de erigirse en señores del Imperio. Fué en este tiempo que por primera vez aparecieron los europeos en Cajamarca.

(Ibid.)

FICCIÓN Y SUCESO DEL PASTOR AQOYRAPHA CON LA HERMOSA Y DISCRETA CHUKILLANTO, ÑUST'A HIJA DEL SOL

En la cordillera y sierra nevada que está sobre el valle de Yúkay, llamada Sawasíray, guardaba el ganado blanco del sacrificio que ofrecían los Inkas al Sol un indio natural de Laris llamado Aqoyrapha, el cual era mozo apuesto y muy gentil hombre. Andaba tras su ganado y mientras éste pacía tocaba una flauta que tenía, muy suave y dulcemente, no sintiendo pena ninguna de los incidentes amorosos que la mocedad sentir le hacía, ni tampoco experimentaba placer en tenerlos.

Sucedió un día, cuando más descuidado estaba, que llegaron hasta él las dos hijas del Sol que en toda la tierra tenían moradas a donde acogerse y guardas en todas ellas. Podían estas dos hijas del Sol pasearse de día por toda la tierra y ver sus verdes prados; mas no podían faltar de noche de sus casas y, a tiempo de entrar en ellas, las guardas y los pastores las examinaban y miraban si llevaban alguna cosa que dañarlas pudiese. Y como hemos dicho, llegaron a donde el pastor estaba, nada interesado en verlas, y ellas le preguntaron por el ganado y pasto que había.

El pastor, que hasta entonces no había reparado en ellas, muy turbado hincó las rodillas en el suelo, entendiendo que eran dos de las cuatro fuentes cristalinas, en toda la tierra muy celebradas, que en aquellos seres se habían convertido o manifestado, y así no respondió palabra. Mas ellas tornaron a preguntar por el ganado y le dijeron que no temiese, que

ellas eran las dos hijas del Sol, señoras de toda la tierra y para infundirle más confianza le tomaron por el brazo y le dijeron otra vez que no temiese. Al fin el pastor se levantó y besó las manos a cada una de ellas, quedando asombrado de la gran hermosura que las dos tenían, y al cabo de haber estado un buen rato en tranquila conversación dijo el pastor que era ya tiempo de recoger su ganado y que le diesen licencia para ello. La mayor de ellas, llamada Chukillanto, se había prendado mucho de la gracia y buena disposición del pastor y por entretenerle charlando le preguntó cómo se llamaba y de qué tierra era. El pastor respondió que era natural de Laris y que su nombre propio era Aqoyrapha. En esto puso ella los ojos en una tira de plata que traía como adorno en la frente, llamada entre los indios *anpu,* la cual resplandecía y ondeaba con mucha gracia. Y vió que al pie había un arador muy sutil y, mirándolo de más cerca descubrió que eran dos aradores que estaban comiendo un corazón. Preguntóle Chukillanto cómo se llamaba aquella tira de plata y el pastor respondió diciendo que se llamaba *utusi,* vocablo cuyo significado no hemos podido saber hasta ahora. La *ñust'a* le devolvió su *utusi* y se despidió del pastor, llevando muy en la memoria el nombre del plumaje y el de los aradores e iba pensando cuán delicadamente estaban dibujados y al parecer de ella vivos y comiendo el corazón. En el curso del camino iba hablando con su hermana acerca del pastor, hasta que llegaron a su palacio, y al tiempo de entrar en él los *punkukamáyuj* o porteros las miraron y revisaron si llevaban alguna cosa que dañarlas pudiese, porque, según ellos, en muchas partes hallaron a muchas mujeres llevando a sus enamorados metidos dentro de los *sunlis* y otras en las cuentas de las gargantillas que llevaban puestas en el cuello. Sabedores de todo esto los porteros las miraron y revisaron, y ellas al fin entraron dentro del palacio, donde hallaron a las mujeres del Sol que las estaban aguardando con sus ollas de oro muy fino, guisadas todas las cosas que en la tierra se daban de mucho regalo. Chukillanto se metió en su aposento, sin querer cenar y el pretexto fué

decir que estaba muy cansada y molida de haber caminado. Todas las demás cenaron con la hermana, la cual, si algún pensamiento tenía de Aqoyrapha no era tal que inquietarla podía. Mas Chukillanto se sentía de manera que ni un momento podía permanecer en sosiego por razón del gran amor que al pastor Aqoyrapha le había cobrado, y sufría más aún a causa de no poder exteriorizar lo que dentro en su pecho tenía, pues era mujer entendida y discreta en todo género de extremos. Se acostó y no tardó en quedarse dormida.

Había en esta morada, que era un palacio grande y suntuoso del Sol, muchos aposentos ricamente construídos y vivían en ellos todas las mujeres del Sol, que eran muchas, traídas de las cuatro provincias sujetas al Inka, como eran las de Chinchaysuyu, Kuntisuyu, Antisuyu y Kollasuyu. Para ellas había dentro cuatro fuentes de agua dulce y cristalina que salían y corrían hacia las cuatro provincias y en ellas se bañaban, cada cual en la fuente que corría hacia la provincia de donde era natural. Llamábanse las fuentes de esta manera: La de Chinchaysuyu, que estaba hacia la parte del Occidente, Sijllapujyu, que significa fuente de guijos; la otra se llamaba *Llulluch'apujyu,* que significa fuente de ovas. Esta estaba a par del Oriente, que se llamaba Kollasuyu. La otra, que estaba a la parte del Septentrión, se llamaba *Oqhorurupujyu,* que significa fuente de berros, y la otra que estaba a la parte del Mediodía se llamaba *Chhichipujyu,* que significa fuente de ranas. En esta fuente se bañaban las que hemos dicho.

Y volviendo a nuestro propósito, estaba la hermosísima Chukillanto, hija del Sol, abismada en un profundo sueño, y soñaba que veía a un ruiseñor volar cambiando de un árbol a otro, y que así en el uno como en el otro cantaba muy suave y dulcemente, y que después de haber cantado un buen rato con mucha armonía y regocijo se le puso en el regazo, diciéndole que no tuviese pena ni imaginase cosa ninguna que se la pudiese dar. Ella le dijo que sin remedio perecería si no le daba algún remedio. A lo cual respondió el ruiseñor que él remediaría su mal y que le contara su pena. Al fin ella le dijo

el grandísimo amor que había cobrado al pastor del ganado blanco, que se llamaba Aqoyrapha y que sin ninguna duda veía ya su muerte, porque para remediarse no había otro remedio sino irse huyendo con el que tanto quería; porque de otra manera sería sentida de alguna de las mujeres de su padre el Sol, quien la mandaría matar. A lo cual le respondió el ruiseñor que se levantase y sentase en medio de las cuatro fuentes arriba dichas y que allí cantase lo que más en la memoria tenía, y que si las fuentes concordaban y decían lo mismo que ella cantase y dijese, que seguramente podía hacer lo que quisiera. Y diciendo esto se fué, y despertó la *ñust'a* como espantada y a gran prisa comenzóse a vestir, y como toda la gente del palacio estuviese durmiendo a sueño suelto, pudo levantarse sin ser sentida y así se fué y se puso en medio de las cuatro fuentes y empezó a decir, acordándose del tirado de plata, en el cual estaban los dos aradores comiendo el corazón: *Mikhuj utusi kúyuj, utusi kusin,* que significa: arador que está comiendo el *utusi* que se menea, digno es. Y luego comenzaron las cuatro fuentes unas a otras a decirse lo mismo a gran prisa, en cuadro. Y viendo la *ñust'a* que le eran muy favorables las fuentes, se fué a reposar el poco que de la noche quedaba, dejando las dichas fuentes con el entretenimiento ya dicho.

El pastor, después de que se fué a su chozuela, trajo a la memoria la gran hermosura de Chukillanto y estando preocupado con este cuidado empezó a entristecer, y el nuevo amor que se iba arraigando en su deseo y en su no atrevido pecho, le hacía sentir y querer gozar de los últimos fines del amor, y con este pensamiento tomó su flauta y empezó a tocar tan tristemente, que a las duras piedras enternecía. En acabando de tocarla fué tan grande el sentimiento que anidó en él, que cayó al suelo amortecido, y cuando volvió en sí dijo vertiendo infinitas lágrimas, lamentando: "¡Ay, ay, ay de ti, desventurado, triste pastor desdichado y sin contento, cómo se te acerca ya el día de tu muerte, pues la esperanza te niega lo que tu deseo pide! ¿Cómo puedes, pobre pastor, remediarte,

pues el remedio es imposible alcanzar, siquiera verlo? Y diciendo esto se tornó a su chozuela, y con el grandísimo trabajo que había pasado se le adormecieron los miembros y así se quedó dormido.

Tenía este pastor en Laris a su madre, la que supo por aviso de los adivinos el extremo en que su hijo estaba y que sin remedio acabaría la vida si no diese orden en remediarla. Sabida la causa de sus desventuras, tomó un bordón muy galano y de gran virtud para tales cosas, y sin detenerse emprendió el camino de la sierra, y dióse tan buena maña, que llegó a la choza al tiempo que el sol salía, y entró y vió a su hijo que estaba amortecido, y todo el rostro bañado en lágrimas vivas, y se llegó a él y le despertó. El pastor abrió los ojos y vió a su madre, empezando a hacer gran sentimiento. La madre lo consoló lo mejor que pudo, diciéndole que no tuviese pena, que ella lo remediaría antes que pasasen muchos días, y diciendo esto se fué. Y de unas peñas empezó a coger unas ortigas, comida apropiada según estos indios para la tristeza. Y cogiendo gran cantidad de ellas hizo un guisado, el cual no estaba bien cocido aún cuando las dos hermanas hijas del Sol estaban ya en los umbrales de la chozuela, porque Chukillanto así como amaneció se vistió, y cuando le pareció que era hora de irse a pasear por los llanos verdes de la sierra, salió y enderezó hacia la chozuela de Aqoyrapha, porque su tierno corazón no le daba lugar a otros entretenimientos. Luego que llegaron a la choza se asentaron a la puerta de ella, fatigadas del camino, y como viesen a la buena vieja la saludaron y dijeron si tenía algo que darles de comer. La vieja hincó la rodilla en el suelo y les dijo que no tenía más que un guisado de ortigas, y aliñándolas les dió de ellas, y ellas empezaron a comer con grandísimo gusto.

Chukillanto empezó a rodear la choza, con sus lacrimosos ojos, sin dar muestra de lo que deseaba ver, y no vió al pastor, porque en aquel instante en que ellas se manifestaron, se metió por orden de su madre dentro del bordón que había traído, y así entendía ella que debía haberse ido con el ganado, y no

curó de preguntar por él. Y como hubiese visto el bordón, dijo a la vieja que era muy lindo y que de dónde lo había traído. La vieja respondió que era bordón que antiguamente perteneció a una de las mujeres amantes de Pachakámaj, *wak'a* muy celebrado en los llanos, y por herencia le venía a ella. No bien lo supo, se lo pidió con mucho encarecimiento. Al fin la vieja se lo dió. Tomólo en las manos y parecióle mejor que antes y acabó de estar un rato dentro de la choza, se despidió de la vieja y se fué por el prado adelante, mirando a una parte y otra, por ver si aparecía el pastor que tanto quería.

No tratamos aquí de la hermana particularmente, porque no hace a nuestro propósito, y así trataremos de Chukillanto tan solamente, la cual está muy triste y pensativa, viendo que en todo el camino no aparecía, y así se fué hacia su palacio con grandísimo dolor de no haberlo visto. Al tiempo de entrar en el palacio las guardas la cataron y miraron, como suelen hacer todas las veces que de fuera dentro entraban, y como no viesen cosa de nuevo más que el bordón que claramente traían, cerraron sus puertas y se fueron. Ellas entraron en sus recámaras y allí les dieron de cenar larga y espléndidamente. Después de haber pasado parte de la noche, todas se fueron a acostar, y Chukillanto tomó su bordón y lo puso junto a la cama, porque le parecía muy bien, y así se acostó, y pareciéndole que estaba sola, empezó a llorar acordándose del pastor y del sueño que había soñado. Mas, no estuvo con este cuidado mucho tiempo, porque el bordón se había convertido ya en el ser que era de antes, y así empezó a llamar a Chukillanto por su propio nombre, y ella cuando se oyó nombrar, tomó en sí grandísimo espanto y levantándose de su cama fuese por lumbre y la encendió sin hacer ruido, y como se acercase a su cama vió al pastor, que estaba hincado de rodillas delante de ella, vertiendo muchas lágrimas. Ella, que lo vió turbadamente y satisfaciéndose de que era su pastor, le dijo y preguntó cómo había entrado. Él respondió que el bordón que había traído dió orden en ella. Entonces Chukillanto le abrazó y cobijó con sus mantas de *llipi,* muy labradas, y de *qunpi* muy finas, y

allí durmió con ella. Cuando iba amaneciendo se entró otra vez en el bordón. Viéndole entrar dentro, su *ñust'a* y señora, después que el sol había ya bañado toda la sierra, se tornó a salir del palacio de su Padre y se fué por el prado adelante, tan solamente con su bordón, y en una quebrada que hay en la sierra estuvo con su amado y querido pastor, que en su ser ya se había convertido. Sucedió entonces que una de las guardas, que había ido detrás de ella, al fin, aunque en lugar escondido dió con ellos. Como viese lo que pasaba dió grandes voces y ellos, que lo sintieron, fuéronse huyendo hacia la sierra que está junto al pueblo de Kalka, y cansados de caminar se asentaron encima de una peña y se adormecieron, y como oyesen gran ruido entre sueños, se levantaron, tomando ella una ojota en una mano, que la otra la tenía calzada en el pie, y mirando a la parte de Kalka el uno y el otro fueron convertidos en piedra. El día de hoy se aparecen las dos estatuas desde Wayllapanpa y desde Kalka y de otras muchas partes, y yo lo he visto muchas veces. Llamáronse aquellas sierras Pitusíray, y así se llaman hoy día.

Transcripción de Martín de Morúa en "Orígenes de los Inkas", 1590.

LA ACHIRANA DEL INKA

En 1412 el Inka Pachakútej, acompañado de su hijo el príncipe imperial Yupanki y de su hermano Qhápaj Yupanki, emprendió la conquista del valle de Ika, cuyos habitantes, si bien de índole pacífica, no carecían de esfuerzo y elementos para la guerra. Comprendiólo así el sagaz monarca, y antes de recurrir a las armas propuso a los ikeños que se sometiesen a su paternal gobierno. Aviniéronse éstos de buen grado, y el Inka y sus cuarenta mil guerreros fueron, cordial y espléndidamente, recibidos por los naturales.

Visitando Pachakútej el feraz territorio que acababa de sujetar a su dominio, detúvose una semana en el *pago* llamado Tate. Propietaria del pago era una anciana a quien acompañaba una bellísima doncella, hija suya.

El conquistador de pueblos creyó también de fácil conquista el corazón de la joven; pero ella, que amaba a un galán de la comarca, tuvo la energía, que sólo el verdadero amor inspira, para resistir a los enamorados ruegos del prestigioso y omnipotente soberano.

Al fin, Pachakútej perdió toda esperanza de ser correspondido, y tomando entre sus manos las de la joven, la dijo, no sin ahogar antes un suspiro:

—Quédate en paz, paloma de este valle, y que nunca la niebla del dolor tienda su velo sobre el cielo de tu alma. Pídeme alguna merced que, a ti y a los tuyos, haga recordar siempre el amor que me inspiraste.

—Señor —le contestó la joven, poniéndose de rodillas y

besando la orla del manto real—, grande eres y para ti no hay imposible. Venciérasme con tu nobleza a no tener ya el alma esclava de otro dueño. Nada debo pedirte, que quien dones recibe obligada queda; pero si te satisface la gratitud de mi pueblo, ruégote que dés agua a esta comarca. *Siembra beneficios y tendrás cosecha de bendiciones.* Reina, señor, sobre corazones agradecidos más que sobre hombres que, tímidos, se inclinan ante ti, deslumbrados por tu esplendor.

—Discreta eres, doncella de la negra crencha, y así me cautivas con tu palabra como con el fuego de tu mirada. ¡Adiós, ilusorio ensueño de mi vida! Espera diez días, y verás realizado lo que pides. ¡Adiós y no te olvides de tu rey!

Y el caballero monarca, subiendo al *anda de oro* que llevaban en hombros los nobles del reino, continuó su viaje triunfal.

Durante diez días los cuarenta mil hombres del ejército se ocuparon en abrir el cauce que empieza en los terrenos del Molino y del Trapiche y termina en Tate, heredad o pago donde habitaba la hermosa joven de quien se apasionara Pachakútej.

El agua de la *Achirana del Inka* suministra abundante riego a las haciendas que hoy se conocen con los nombres de Chabalina, Belén, San Jerónimo, Tacama, San Martín, Mercedes, Santa Bárbara, Chamchajaya, Santa Elena, Vista Alegre, Sáenz, Parcona, Tayamana, Bongo, Pueblo Nuevo, Sonumpe y, por fin, Tate.

Tal, según la tradición, es el origen de la *achirana*, voz que significa *lo que corre limpiamente hacia lo que es hermoso.*

Ricardo Palma. "Tradiciones peruanas", 1872.

UTQHA PÁUQAR

No se sabe en qué tiempos remotos sucedió esta historia. Unos la cuentan como acaecida dentro del imperio de los Inkas y otros la creen mucho más antigua.

En la ladera de una alta montaña tenía su palacio el anciano Awapanti, *kuraka* de vastos dominios y padre de una joven muy hermosa que tenía por nombre Ima Súmaj. Arriba, la montaña se mostraba todo el año coronada de nieve; abajo, corrían las aguas revoltosas de un río; al frente, veíase una sucesión de lomas que de ordinario se cubrían de papales y de maizales.

Ima Súmaj era hija única y vivía en medio del orden y el recato, bajo los solícitos cuidados de su madre Chinpu Wallqa.

Por costumbre, los mozos y las mozas se congregaban las noches de plenilunio a la orilla de las sementeras en épocas en que había que tener vigilancia con los animales dañinos. Allí los jóvenes cantaban y danzaban al son de las quenas y las *antaras* y el amor solía anidar en los corazones. Pero a Ima Súmaj nunca se la vió a esas horas a la orilla de las sementeras.

En los días del *aymúray* los mozos y las mozas se congregaban para celebrar con danzas y canciones la generosidad de la tierra. Pero Ima Súmaj esos días no abandonaba el palacio paterno.

La doncella sólo se dejaba ver en las fiestas de los *wak'as* tutelares, cuando ningún habitante del lugar podía eximirse de sus deberes religiosos. Aun en estas ocasiones, ella no se entregaba como las otras a los placeres de la danza y era poco com-

placiente y sí más bien muy circunspecta en su trato con los jóvenes.

En una provincia vecina vivían dos jóvenes hermanos: Utqha Páuqar y Utqha Maita. El primero era militar y se distinguía entre los capitanes que comandaban las unidades del ejército, por su vigor físico y por su valentía. El pueblo contaba muchas hazañas realizadas por él en las batallas. El segundo, mozo de gallarda presencia, se dedicaba principalmente a las faenas agrícolas y al pastoreo. No se contaba de él ninguna hazaña, pero sus sementeras siempre daban buena cosecha.

En una fiesta religiosa fué que Utqha Páuqar conoció a la joven hija de Awapanti, habiéndole tocado en suerte compartir con ella el *zanku* y la carne del sacrificio y conseguido después estrechar sus adorables manos a lo largo de un *wayñu.* Su belleza singular y sus maneras suaves y pudorosas cautivaron al punto el corazón del guerrero. Dispuesto a hacerla su esposa, comenzó a frecuentar la casa del *kuraka* con el pretexto de oír, de labios del anciano, las hazañas de los guerreros antiguos y las maneras de conducir con éxito a las tropas en los combates. Pero le resultaba difícil ver al objeto de sus sueños y debía conformarse con escuchar los relatos del padre.

Al mismo tiempo que él se había enamorado de la doncella su hermano Utqha Maita. No contando con pretexto alguno para visitar al padre, el joven se limitaba a pasear sus ansias al pie de los muros del palacio. No había conversado con ella más veces que Utqha Páuqar, pero sí logró verla algunas veces llenando de agua su cantarillo en la fuente. Sólo que la fuente se hallaba demasiado cerca del palacio y mientras él se acercase, ya la doncella estaba en la puerta del palacio, sin oír su llamado ni dolerse de sus penas.

Un día se encontraron los dos hermanos: el uno saliendo de haber platicado con el *kuraka* y el otro rondando el palacio. Entonces tuvieron una explicación. Ambos amaban a la doncella y cada cual la quería para su esposa. A pesar de que ninguno se sentía realmente correspondido, ninguno se resignaba a renunciar en favor del otro. Deseosos de no reñir entre her-

manos, acordaron visitar juntos al padre y exponerle cada cual sus pretensiones. Así lo hicieron. El *kuraka,* sin mostrar preferencia por ninguno, decidió casar a su hija con aquel de los hermanos que lograse desviar más pronto un torrente que bajaba de la montaña vecina, de modo que el nuevo cauce pasara por la puerta del palacio.

La condición que imponía el anciano resultaba poco menos que irrealizable; mas los rivales no tuvieron otro remedio que aceptarla.

Utqha Páuqar tenía la esperanza de contar con mayores facilidades que su hermano; por algo era militar y ejercía mando sobre muchos soldados. Movilizó las tropas que pudo y sin pérdida de tiempo dió comienzo a la obra. Utqha Maita no podía disponer de mucha gente y sólo consiguió la ayuda de un puñado de amigos; pero por lo mismo que era agricultor, tenía alguna experiencia en construcciones de acueductos, pues le cupo intervenir antes en varias obras hechas para irrigar los valles vecinos; en consecuencia, estudió el trazo del nuevo cauce con más acierto que el rival y en un lapso de dos meses escasos hizo pasar las aguas del torrente por la puerta del palacio. Entre tanto, el hermano, con todos sus soldados, no había conseguido llegar a la mitad del trayecto.

Awapanti desea cumplir su palabra y ha de otorgar la mano de su hija al vencedor. Pero Utqha Páuqar no se halla conforme con su derrota ni está dispuesto a renunciar al amor de Ima Súmaj. Busca otros medios de lucha y acaba por declarar guerra a su hermano.

En el ejército no todos simpatizan con Utqha Páuqar; muchos soldados abrazan la causa del hermano. Lo mismo sucede con los jóvenes del pueblo: unos van a engrosar las filas de Utqha Maita y otros las del adversario. En poco tiempo se forman dos ejércitos poderosos y comienza entre ellos una lucha porfiada y sangrienta. Se libran batallas encarnizadas; unas veces la victoria favorece al uno y otras veces al otro, sin que el conflicto pueda llegar a una final solución. Entre tanto transcurren los días y los meses. Un año queda transcurrido, y otro

también, y un tercero. Continúan las batallas y ninguna puede llegar a ser la decisiva. La guerra no concluye. A ese tiempo son pocos los que siembran y pocos los que cuidan las sementeras. La cosecha es mala y escasa. El pueblo padece hambre y privaciones y no hay abastecimientos para las tropas. Decaen las acciones y llega un momento en que la guerra amenaza con acabar por inanición. Antes de que esto suceda, Utqha Páuqar invita al rival a resolver la disputa por medio de un combate singular entre ellos dos. Utqha Maita no puede menos que aceptar el reto y se presenta.

Ambos hermanos se colocaron frente a frente, el *chanpi* en una mano y la *wallkanka* en la otra. Iba a empezar la pelea. Pero Utqha Páuqar era mayor y más fuerte que su adversario; de modo que la lucha tenía que ser desigual. En este momento, Utqha Páuqar comprendió la situación y reconoció lo injusto de su conducta. Entonces depuso las armas, reconoció el derecho adquirido por el hermano y se reconcilió con él.

Utqha Maita y la doncella se casaron con mucha solemnidad y pompa. Asistieron invitados todos los *sinchis* del lugar y los de las provincias vecinas. Se cantó y se bailó mucho, con abundancia de comida y bebida y las fiestas duraron varios días, como era costumbre en aquellos tiempos entre nuestros antepasados.

Pero Utqha Páuqar no asistió a la boda. Vencido y postrado, sin poder hallar alivio para sus males, se retiró a una montaña lejana, donde fué a sufrir su desventura de amor hasta su muerte.

Transcripción de J. Lara.

REBELIÓN DE OLLÁNTAY Y FIDELIDAD DE RUMIÑAWI

I

Ollántay fué natural del pueblo de Tanpu y *kuraka* de sangre de aquel distrito. Su nobleza, talento militar y servicios a la corona lo elevaron al rango de general y al de jefe máximo de Antisuyu, uno de los cuatro grandes territorios del Imperio de los Inkas. Residía en la corte del Cuzco en razón del alto cargo que ocupaba y se dice que era un cortesano de genio intrépido y espíritu fuerte y atrevido.

Su figura apuesta, el prestigio de que disfrutaba por sus méritos y las distinciones de que era objeto de parte del Inka por sus servicios, le hicieron concebir el audaz pensamiento de aspirar a la mano de una *ñust'a,* hija legítima del Inka, y ganar su voluntad y su cariño. Las solicitaciones, la perseverancia y también las prendas personales del enamorado llegaron con el tiempo a impresionar hondamente a la infanta, cuya fragilidad no pudo mantenerse oculta. La gente de la corte no tardó en darse cuenta de ello; pero el Inka lo ignoraba por completo. Ollántay sabía muy bien hasta qué punto había llevado su atrevimiento, pues conocía la ley inflexible que le negaba toda posibilidad de hacer lícitos sus amores y de unir su destino al de la *ñust'a.* Todas sus cualidades y toda la jerarquía obtenida a base de sus méritos no lo elevaban más allá de su nivel de *jatunruna,* de vasallo; por tanto, no podía aspirar a casarse con una mujer cuya sangre se consideraba de origen divino. No dejaba de temer que una pretensión tan singular y sin pre-

cedentes en la vida social del Imperio llegase ya a oídos del monarca y que sus fatales consecuencias cayesen implacables sobre su amada. A veces concebía la lisonjera y audaz persuasión de que sus prendas personales, sus eminentes servicios, su elevado rango y los favores con que siempre le había distinguido el Inka, eran suficientes para considerarse nivelado con los hombres de sangre real. Entonces, entre el debate de la razón con el orgullo y el amor propio, tomó el desesperado partido de dirigirse al soberano para pedirle la mano de su hija. Las circunstancias en que se hallaban eran favorables a sus propósitos, porque Ollántay debía presentar al Inka un contingente de varios miles de guerreros de Antisuyu con destino a la conquista de las provincias limítrofes de Chinchaysuyu.

A juicio de Ollántay, la ocasión más propicia, que inclinaría al reino a su favor, llegaría el día en que se hiciese la revista general del ejército. Entonces procuraría llamar la atención del monarca y despertar su indulgencia con lo lucido y disciplinado de las tropas de su mando. Al efecto, se esmeró más que nunca en poner a sus soldados en las mejores condiciones.

La revista del ejército era un acto muy solemne, pues asistía a ella el propio Inka, con toda su corte y en toda su grandeza. A su vista presentaban los generales sus respectivos cuerpos del modo más perfecto que les era posible.

Llegó el día esperado y en la revista se distinguió verdaderamente Ollántay, cuyas tropas sobresalieron tanto en bizarría como en marcialidad y disciplina. Al tocarle el turno de presentar las tropas, el jefe se puso delante del Inka con el *chanpi* en una mano y la *mask'apaycha* en la otra, y le habló, según se dice, en estos términos:

—Sapan Inka (Oh, gran Señor), es muy grande el honor que hallo al presentaros y poner a vuestros pies el contingente de bravos *Antis* que por vuestro mandato han sido aprestados para la presente campaña. Ellos, y yo a su cabeza, sabremos desempeñar como siempre, aun con el sacrificio de la vida, nuestros deberes, cumpliendo vuestras soberanas órdenes. Señor, nada queda ya que hacer sino que os dignéis dirigiros a ellos

para que las invencibles armas del Hijo del Sol triunfen en todas partes sin resistencia. El gran Pachakámaj anuncia a mi corazón un porvenir de muy grandes sucesos y prosperidades. El esplendor y grandeza que os rodean, la majestuosa dulzura con que vuestro rostro va ahora mismo esparciendo gracias y beneficios, son todos una comprobación de aquel feliz y favorable presagio, y, sobre todo, Señor, son un impulso de mi esperanza para atreverme a pediros la última y más grande merced a que podré aspirar en mi vida.

El Inka le oyó con la mayor complacencia y le dijo:

—Si le queda a mi grandeza y poder algo más con que exaltarte, puedes con confianza pedirlo. Siempre he acreditado mis consideraciones a tus buenos servicios.

—Qhápaj Inka, incomparable monarca —dijo Ollántay—, ya que me permitís que os hable y pida, franqueándome vuestra grandeza y poder, permitid igualmente que para ello os haga un recuerdo que ayopa mi demanda y exalta vuestra soberana autoridad. Acordaos, Señor, que la casa de Ollántay en este imperio trae su antigüedad desde la inauguración de vuestro dominio en la tierra y desde el mismo tiempo en que vuestro padre el Sol posesionó al primer Inka en ella. El gran Manku Qhápaj, origen de vuestra estirpe entre los hombres, poco después de haber clavado la barretilla de oro en Wanakauri y resuelto a fundar esta imperial corte, empezó a llamarse monarca, porque mis mayores los *kurakas* de Tanpu fueron los primeros que con su gente se le asociaron y rindieron obediencia; contribuyeron a la reducción y aumento de los dominios que aquél dejó. Desde entonces él mismo les declaró incorporados a la clase de los *inkas* privilegiados, título que sin interrupción poseemos hasta hoy. Todos mis ascendientes puestos en este rango y unidos siempre a los vuestros, han sacrificado sus vidas y su reposo en vuestro servicio real y no ha habido conquista a la que no hubieran contribuído con sus personas y tropas hasta entronizar a los hijos del Sol en la vasta extensión que hoy comprende su monarquía. Esta verdad es un dogma en nuestros anales y nuestros *khipus,* un testimonio auténtico de lo que

digo: Vos, Señor, y esa misma corte y consejo que llenos de ciencia y probidad os rodean, sois sabedores de esta realidad y por consiguiente del inmemorial derecho que protege mi preeminencia. Por otra parte, acordaos también que como soberano nuestro sois el único dueño y legislador del Imperio y que vuestras determinaciones son leyes inviolables que a nadie es lícito resistir. El gran Pachakútej, entre vuestros abuelos, dejó bien acreditado este real y peculiar privilegio de los Inkas cuando en su reino reformó, revocó y estableció tantas leyes cuantas nos expresa la historia de sus días, y todas dirigidas al alivio y prosperidad de sus vasallos.

"Bajo estos irrefragables principios es indudable que la casa de Ollántay se ha hecho acreedora desde vuestro padre Manku Qhápaj a toda la exaltación con que quieren distinguirle sus Inkas y que vos, Señor, como tal podéis verificarlo sin límites. Así, pues, parece que en vuestra real mano está el concederme la última y mayor felicidad que me queda que pediros para mí y para mi posteridad. Pero, Señor...

—¿Por qué no concluyes? —le dijo el Inka—. ¿Qué desconfías? ¿No hablas con tu rey, que es tu padre?

—Señor, es así, y esa dulce y benéfica palabra, que ya os merezco, es la misma que os pido que realicéis concediéndome la mano de la princesa, vuestra hija.

Cuando Ollántay concluyó de hablar, se suscitó entre todos los concurrentes un agitado murmullo. Se reprobaba la avilantez con que el *jatunruna* insultaba al Inka y a su Dios el Sol, intentando divinizar su sangre, propósito que nunca tuvo un precedente ni se creyó jamás que hubiese quien lo concibiera.

El Inka, con el semblante displicente y airado, le dijo:

—Hasta este instante creí que mi vasallo Ollántay era un hombre de sana razón y de rectas y justas intenciones. Nunca sospeché que fuese capaz él, ni otro alguno, de cometer tan sacrílego delito contra Dios, contra mi real persona, contra la divinidad de mi sangre y contra la más sagrada e inviolable ley que ha establecido mi padre el Sol y han guardado los Inkas, sus hijos. Sin duda tú has perdido la razón, pues has llegado a

imaginar todo lo que acabas de expresar; porque de otro modo, dime, atrevido: ¿has olvidado que la exaltación en que se ha puesto tu casa y tu persona ni es tanto mérito tuyo ni de tus mayores cuanto generosa concesión de tus reyes, y que cuando aún pudiese ser mayor y más esclarecido jamás podrá sacarte de tu condición de hombre común y de la impotencia absoluta de pretender divinizar tu sangre como te has imaginado, pidiendo la mano de mi hija legítima, cosa que ni el mismo Dios, mi padre, puede concederla por la divinidad de su naturaleza? Tú te has hecho un delincuente con este solo intento y muy pronto juzgaré con mi consejo el grado en que has quebrantado la ley, a fin de que seas corregido. Entre tanto, qudas exonerado de tus honores y deberás permanecer en esta corte, sin poder salir de ella hasta nueva orden mía.

El Inka no le admitió más contestación a Ollántay. Hallándose avanzado el día, ordenó la marcha del ejército y él se retiró del campo.

Un acontecimiento tan público, que hería tan al vivo el amor propio y la soberbia de aquel general, le hizo en el acto concebir el designio de rebelarse en sus dominios y tomar el *llaut'u*, igual al que llevaba el Inka. Se retiró a su casa preocupado por esta idea desesperada, pensando en los medios de que se valdría para realizarla.

No dudaba de que en el consejo en que se iba a tratar su causa sería el Inka informado del punto a que había llegado lo delictuoso de su conducta, lo cual tendría fatalmente que costarle la vida. Resolvió, pues, fugar aquella misma noche y, esperando la hora que le pareció más oportuna, se deslizó fuera de la ciudad, dirigiéndose por el camino de Chinchaysuyu, que era el que había tomado el ejército, con el objeto de alcanzar al tercio de sus tropas. En cuanto se hubo reunido a ellas convocó a sus capitanes y, aparentando aún más desesperación de la que llevaba, les dijo que el estado y situación en que le veían emanaba del desaire con que el Inka había determinado rebajar los privilegios de los *Antis*, negándoles no solamente el título de antigüedad que por inmemorial derecho poseían, tí-

tulo ganado en todas las campañas, sino que había resuelto disolver el cuerpo y distribuirlo entre los demás, a las órdenes de los otros generales, quitándole a él el mando y protección de su propia gente; injusticia que no había podido sufrir por el tierno cariño que les profesaba y que en semejante circunstancia había determinado preferir más bien una desastrada suerte, dirigiéndose fugitivo, solo y errante a la otra parte de la cordillera de los Andes, entre los bárbaros que allí habitaban, como lo habían hecho en otros tiempos hombres tan grandes y esclarecidos como él, antes que presenciar una degradación tan vergonzosa de sus amados soldados. Les dijo que esta determinación la iba a poner en práctica en el acto y que sólo los había reunido para despedirse de ellos para siempre y que ellos en su nombre lo hiciesen de la tropa.

Semejante noticia alteró en extremo a los capitanes, quienes le manifestaron inmediatamente que la situación afectaba a todos y que por lo mismo su suerte debería ser igual; que dispusiese de ellos y de las tropas de su mando en la forma que le pareciese conveniente. Viendo Ollántay logrado su intento, mandó que prontamente y con el mayor sigilo se aprestase la división y se pusiese en marcha, desviándose del camino real en dirección de Tanpu, capital de Antisuyu. Ordenó que esto se practicase con tal diligencia que pudiese encontrarles el día ya en las inmediaciones de aquel pueblo, que lo tenían bien próximo. Todo se ejecutó exactamente y llegados allí, habló Ollántay a toda la tropa en los mismos términos en que se había dirigido a sus capitanes, agregando que la determinación ya se había tomado y cumplido. Ahora era preciso mantenerla a toda costa, sin excusar para ello ningún sacrificio ,a fin de eludir la indignación del Inka, que muy pronto estallaría. La ventajosa situación del terreno permitía una defensa insuperable contra los enemigos y era preciso levantar fortificaciones, sin pérdida de tiempo, en los desfiladeros que había en las entradas y salidas del pueblo. Si no fuese, por último, bastante toda precaución y esfuerzo, se encaminarían a los Antis ulteriores de la cordillera, buscando su libertad y sosteniendo su honor como lo habían hecho los

valerosos generales de los Chankas, Janq'uwayllu y Warak'a, en el reinado del Inka Wiraqucha.

Del modo dicho quedó consumada la rebelión de Ollántay.

II

Rumiñawi, contemporáneo de Ollántay, tuvo en el Imperio de los Inkas el mismo rango e iguales funciones que éste, pues fué general y dignatario de Kollasuyu. Por consiguiente, debió descender de los grandes *kurakas* del Collao, pues dentro del gobierno de los Inkas jamás se daban las dignidades y mandos eminntes de un territorio a individuos de otro, por meritorios que fuesen, a menos que pertenecieran a la casta real.

Residía en la corte y en su condición de general marchaba con las fuerzas de Kollasuyu en el ejército que iba a proseguir la campaña de Chinchaysuyu. Por consiguiente presenció la entrevista de Ollántay con el Inka y sin duda debió hallarse entre los que hubiesen atacado la fortaleza en que se mantuvieron los rebeldes. No podía Rumiñawi sobrellevar ni avenirse con la tremenda infidelidad que significaba levantarse contra el soberano legítimo ni menos soportar la existencia de una nueva testa coronada en la persona de un hombre que era tan vasallo como él. Luchando su imaginación con esta idea y pensando en el arbitrio de que podría valerse para destronar a aquel nuevo rey, sin que nadie fuese capaz de penetrar sus planes, no halló otro que el de hacerse delincuente de uno de los más sacrílegos delitos que podían ser cometidos en el imperio y de que jamás se había dado ejemplo.

Sin comunicar a nadie su pensamiento, resuelve una noche escalar los muros del monasterio de las *Ajllas,* y se introduce en él. La vista de un hombre entre aquellas vírgenes causa tal conmoción y escándalo dentro de la casa, que los clamores trascienden al público y llegan a oídos del Inka.

Un hecho tan inaudito lleva a toda la corte a las puertas de la clausura, y cuánto creció el asombro y espanto al ver que el agresor era nada menos que el general Rumiñawi. El rey,

pasmado ante un suceso tan increíble, que comprometía a una persona a quien tanto amaba, cuyos méritos eran de los mayores y cuyos servicios le eran necesarios no menos que para subyugar al rebelde de Tanpu, no podía menos que deplorar tan grande desgracia. Por una parte veía la urgencia que su corona tenía de Rumiñawi y, por otra, comprendía la gravedad del delito, pues aquél había infringido una ley sagrada, la cual permaneció hasta entonces estampada en los dinteles, sin que se creyera que hubiese persona capaz de quebrantarla.

La vindicta pública, la inflexibilidad de los Inkas en punto de justicia, todo exigía que el general delincuente fuese tratado con todo el rigor merecido por la enormidad de su crimen. Resuelve su inmediata prisión; lo exponen en la cárcel pública con la guardia necesaria, en la cárcel de Lluku, que era la más segura y que aún hasta el día la usan los indios. Luego se procedió al conocimiento de la causa.

Un suceso tan ruidoso se divulgó rápidamente por todo el reino, y lo supo muy pronto el mismo Ollántay. Todos tenían fija la atención en las resultas de la causa; mas Rumiñawi guardaba un profundo silencio hasta que el proceso hubo aclarado su comportamiento entre las *ajllas* en el corto tiempo que estuvo entre ellas. Entonces hizo una representación al Inka expresándole que en la espantosa soledad de su calabozo le había hablado Pachakámaj de cosas muy importantes que podrían conducir a su vindicación y al bien del imperio; lo cual era preciso que supiese el Inka sin pérdida de un instante y que para ello le concediese una audiencia reservada.

El monarca consultó esta solicitud con el *Willaj Umu* y con su consejo, y como ella parecía entrañar tanta importancia y al mismo tiempo se fundaba en la revelación del dios, lo cual influía mucho en el ánimo de aquellos gentiles, se resolvió otorgar la audiencia en los términos que pedía el reo.

Con todo el aparato y rigor de su prisión Rumiñawi fué conducido al palacio y presentado al Inka, a quien le fué muy dolorosa su presencia. Allí, retirados a un sitio donde no pudiesen ser oídos, Rumiñawi habló así:

—Inkallay (Mi venerado rey), ¿has creído tal vez que tu amado y favorecido general Rumiñawi ha desmerecido tu paternal protección y ha cometido el execrable delito de que se halla acusado?

"La prisión que me oprime y el deshonor en que me hallo no labran tanto en mi ánimo cuanto la consideración de tener afligido y consternado tu amoroso y real ánimo.

"No, Señor, no es así. Rumiñawi es el mismo en su acrisolado honor y el estado en que lo ves no es sino el efecto del amor a tu real persona, de la fidelidad que eternamente te profesará y los deberes del alto carácter en que le has constituído. El atentado cometido por el soberbio Ollántay ha sido el objeto de mis designios, pues no pudiendo sufrir mi lealtad el ultraje que aquél ha hecho a tu corona, buscaba en mi imaginación los medios de castigarlo y cortarle el vuelo a su orgullo. Guardaba en mi corazón estas honradas ideas y al fin resolví, para lograrlas, consumar un hecho como el que se ha visto, que al mismo tiempo que resonará en todo tu imperio por singular y monstruoso, sin quebrantar el espíritu de la formidable ley que lo prohibe, me dará la denominación de sacrílego y criminal hasta su tiempo.

"Mi entrada en el convento de las *Ajllas* será la caída de aquel traidor. Yo te lo prometo, y sabré cumplirlo humillándolo a tus pies.

—¿Cómo puede ser eso —le dijo el Inka—, cuando tu violación de la casa de las vírgenes ninguna relación tiene con el levantamiento de Ollántay y, por otra parte, tu delito va irremediablemente a dar fin con tu existencia en virtud de una ley irrevocable?

—Señor —le respondió el general—, esa ley irrevocable lo es justamente contra aquel que rompe su espíritu y fin benéfico. Yo no me hallo en ese caso. Revisa nuestros *khipus* y nuestra legislación; verás en ellos que está impuesta al violador de las vírgenes consagradas al servicio de Dios. Jamás cometeré semejante sacrilegio y no me he excedido, ni siquiera en tocar sus ropas.

"No por esto diré que estoy indemne de toda culpa, pues conozco que lo es, ya que he quebrantado la clausura y dado este escandaloso ejemplo.

"Bajo esta convicción he obrado y es el medio que me propuse para cumplir mis fieles designios en tu servicio. Mi delito no merece la pena de muerte. Tú, Señor, lo podrás calcular, y también tu consejo cuando me oigan antes de dictar la sentencia. Confieso que debo tener sanción, la cual exige que debe ser pública para la vindicación de la ley y para mis propios planes. No lograré hablarte con igual reserva y así te pido dos cosas: una, que tratándome en el juicio público con el mayor rigor y aun con crueldad hagas que se me azote como final castigo, pero de tal modo que cause compasión al más insensible; otra, que cuando yo te despache un khipu desde Tanpu, a donde iré a parar de resultas, procures cumplirlo con la mayor exactitud. Esto importa a tu corona y al cumplimiento de mi palabra, que vuelvo a ratificarte".

Concluída la audiencia reservada, volvió a su prisión. El Inka, admirado y aun agradecido de un ardid concebido a tanta costa, lo ocultó con profunda reserva, ordenando que se abreviase la causa para su sentencia.

Fijóse al fin el día de pronunciarla, y puesto el Inka con su consejo en público, se mandó traer al reo para oírle si le quedaba algo que decir. Fué éste un acto demasiado imponente al ver a un general como Rumiñawi rodeado de guardias y tratado como el más atroz delincuente.

Se le informó del proceso y se le hizo ver que había quebrantado la ley sagrada que sancionó Inka Ruka y que por consiguiente merecía la muerte. Que si le quedaba algo que exponer lo hiciese en aquel mismo acto. Rumiñawi, dirigiendo la palabra al rey, dijo:

—Señor, antes de ahora, aunque en audiencia privada, he descargado el crimen que se me imputa. Tu abuelo el gran Inka Ruka sancionó una ley santa y muy justa. Pero yo no la he quebrantado.

"El espíritu y la mente de su tenor es enterrar viva a la

ajlla que delinquiese contra la virginidad, y borrar hasta de la memoria de los vivientes al cómplice de semejante delito con todo cuanto le pertenezca. Léase la ley y se verá que es así. Sobre este supuesto, dígase cuál es la *ajlla* mi cómplice, para que sea enterrada viva y para que a su vez se cumpla en mí esa muerte atroz que me corresponde por haberla violado.

"Yo he hollado, es verdad, un suelo sagrado; mas en ello no he tenido otra mira que la de adquirir una memoria inmortal en nuestros anales, que perpetuarán mi nombre, pero dirán al mismo tiempo la moderación de mi conducta, la cual no ha pasado de ser un acto meramente presencial, semejante al que realiza un ave u otro animal que fuera a pisar aquel sagrado suelo. Mas, hagamos de cuenta que yo he quebrantado todo el espíritu de la ley del Inka Ruka. Este legislador fué un monarca como tú y en el caso presente guardaría consideración a los particulares servicios de un general que como yo ha prestado a la corona.

"¿Podrás olvidar, Señor, que he sido tu compañero fiel en todas las conquistas de tu reinado y que mis brazos, como los que más, han agregado a tu imperio y te han hecho dueño de las extensas provincias de Wajrak'uchu, Wanuku, Wankawillka, K'itu y otras muchas que tú sabes y excuso nombrar?

"¿No te acuerdas las veces que en Chachapuyas a tu propia vista me precipité por barrancos y despeñaderos con las tropas de mi mando para seguir las marchas y vencer al enemigo?

"¿Podrás olvidar, digo, que fuí el que atrevido atravesó la *apachita* de Ch'írmaj Q'asa en que quedaban congelados de frío nuestros bravos soldados y que en todos estos y otros iguales conflictos fuí el alivio de tus cuidados?

"No parece, Señor, que fuera posible semejante cosa en tu real ánimo ni menos el que un vasallo como yo, aun cuando fuese delincuente, no mereciera la indulgencia de tu privativa facultad de dejar de cumplir por una vez la ley.

"Pero, Señor, no pido tanto ni creo que mi causa lo exija.

"Tú me juzgas y esto basta para saber que obrarás como juez recto y como padre piadoso".

El razonamiento de Rumiñawi impresionó hondamente a la corte y luego se pasó a tratar de la sentencia. El Inka, luego de oír a su consejo, resolvió que el culpable fuese degradado de sus honores y rigurosamente flagelado en plaza pública por haber violado la sagrada clausura de las vírgenes, aun cuando no hubiese infringido propiamente la ley del Inka Ruka.

Se cumplió la sentencia con asombro de la corte y quedó Rumiñawi en el estado deplorable que se había propuesto a fin de realizar sus planes.

Muy luego este general simuló fugar y se dirigió a Tanpu sin más compañía que la de un indiecillo de su confianza y servicio, que iba como su lazarillo.

Llegó a la garita del primer centinela de la fortaleza y dijo que avisase al rey que se hallaba a sus puertas buscando su clemencia el hombre más desgraciado de la tierra; que le pedía y esperaba la hospitalidad que todos le negaban en el Cuzco.

Impuesto Ollántay de este mensaje mandó preguntarle quién era, a lo que respondió que el infeliz y mal pagado Rumiñawi, su antiguo compañero de armas, de cuyas desdichas le suponía ya impuesto. Ollántay entró en recelos acerca de semejante huésped, pues conocía su enorme talento y su prestigio. Pero por otra parte deseaba enterarse por sí mismo de lo sucedido con el guerrero, pues suponía que las noticias que le llegaron eran exageradas.

Ordenó que vendado y con las mayores precauciones se lo presentasen. Puesto en su presencia, le dijo Rumiñawi:

—Señor, el espectáculo que en mí ves es una nueva prueba de la crueldad y despotismo del Inka Túpaj Yupanki, cuyo corazón no siente aprecio ni por la índole de los servicios ni por las distinciones con que dota al hombre la naturaleza y le reconoce el Estado. Tú y yo constituimos ya en el Imperio un ejemplo evidente de esta verdad, pero con muy distinta suerte. La justa brillantez de la tuya y el abatimiento de la mía llamarán siempre en nuestros anales la atención de los hombres; y tanto más exaltado será entre ellos tu nombre, si agregas a tu fama el timbre de la hospitalidad para con un infeliz que ha

tenido el honor de ser un compañero tuyo y que como tal busca tu piedad en el deplorable abandono en que se halla.

Ollántay, lisonjeado por estas expresiones, mandó que se lo pusiese en una habitación bien segura y que en ella se le asistiese con toda precaución. En esta situación continuó por algún tiempo, haciendo frecuentes demostraciones de agradecimiento por el bien que recibía. Luego pidió al rey que le permitiese tomar algunas horas de sol por la falta que hacía a su destrozada naturaleza. Se le concedió con centinela de vista, y al disfrutar esta merced se mostraba tan celoso en el cumplimiento de las órdenes del rey, que muchas veces apuraba al centinela que lo devolviese a la prisión, porque suponía cumplido el tiempo justo del permiso. Éstas y otras pruebas de exactitud y obediencia que procuraba ofrecer le fueron granjeando la confianza general.

Luego que hubo adelantado este paso, mandó decir al rey que deseaba darle una ligera prueba de gratitud y reconocimiento por los muchos beneficios recibidos; que enseñaría a diez muchachos el manejo de armas según la nueva táctica que había inventado en el servicio del Inka del Cuzco, y que si merecía la aprobación del Inka de Tanpu sería para él un placer inexpresable.

Ollántay, a quien le pareció no encontrar consecuencia ninguna en este ridículo y pueril acto, le concedió el permiso. Al cabo de breves días de contraída enseñanza, Rumiñawi pidió al rey que se dignase ver a los muchachos maniobrar. Ollántay, encontrando en ellos una destreza ventajosísima, se propuso desde luego implantar la nueva táctica de modo general entre sus tropas. Llamó a Rumiñawi, le manifestó su complacencia y le encomendó la tarea de disciplinar en igual forma una compañía de soldados.

Trabajó con la mayor contracción y como resultado fué ganando rápidamente la voluntad de Ollántay, quien progresivamente fué encargándole nuevas comisiones, hasta que el hombre llegó a apoderarse de la simpatía total del monarca y de sus fuerzas armadas.

Nada hacía ya Ollántay que no fuese acordado con Rumiñawi. Fortificaciones, plazas militares y gobierno político, en todo tenía un decisivo influjo y dirección. En este estado de cosas llegó una ocasión en que debía realizarse el matrimonio de una infanta, a quien amaba mucho Ollántay. Éste convino con su privado acerca del tiempo y solemnidades con que la boda debía hacerse, y, acordado todo, se prepararon las fiestas con gran aparato bajo la dirección de Rumiñawi.

Hacía tiempo que el asilado acostumbraba salir cada tarde de paseo, acompañado de su indiecillo, por las márgenes del río Yúkay, con rumbos diferentes y fuera de las murallas. Esta costumbre, que para él tenía un objeto, no causaba ninguna preocupación ni al rey ni a la corte.

Se acercaba el día de las bodas de la infanta, y como la ocasión era única y la más propicia para realizar el plan que tanto sacrificio le había costado, hizo con la mayor reserva el *khipu* que en la audiencia privada ofreciera al Inka y en él expuso el día que empezarían las fiestas, la mucha embriaguez que en ellas habría, el número de soldados con que debía venir en persona para atacar la fortaleza, el sitio por donde debía arreciar el ataque, entrando por los altos de Laris para evitar las fortificaciones de las embocaduras del río, debiendo traer consigo precisamente la división de los *Sinchis* (guardias reales del Inka), porque sin el vigor de esta valerosa tropa no podría tomar la fortaleza ni vencer los esfuerzos que se emplearían para defenderla.

Salió con el indiecillo al acostumbrado paseo, en que procuró alejarse cuanto le pareció necesario y despachó el *khipu* con el muchacho encareciéndole la diligencia con que debía ponerse en el Cuzco y entregar el mensaje en mano propia al Inka. Todo salió a la medida de su deseo, pues habiendo regresado a su casa y aparentando un disgusto muy grande al echar de menos al paje, mandó gente en busca de él, sin resultado.

Nada de esto produjo sospechas en Ollántay, tal era la confianza que había llegado a depositar él en su oculto enemigo. Llegado el día de las bodas, Rumiñawi le hizo presente al rey

que era preciso tomar todas las precauciones posibles para evitar cualquier sorpresa, porque el Inka del Cuzco era un enemigo muy astuto, y aunque no había un motivo evidente de recelo, con todo le parecía conveniente que en los días de la solemnidad se conservase una mitad de las fuerzas sobre las armas cubriendo los diversos puestos y que la otra mitad disfrutase de las diversiones y placeres, debiendo turnarse ambas mitades cada cierto tiempo. Por su parte, él vigilaría con esmero la seguridad y buen orden de la plaza, en vista de lo cual podía el monarca descuidarse y entregarse sin cuidados a las expansiones.

Todo lo dió Ollántay por muy acordado y cuando creía hallarse disfrutando de los placeres más halagüeños, en medio del festín recibió la noticia de que se aproximaba el ejército del Inka por la parte de Laris y que los primeros batallones comenzaban a desplegarse sobre el pueblo. Todo se convirtió en confusión y alarido. Ocurre Ollántay en su confusión a Rumiñawi, quien verdaderamente hizo prodigios atendiendo la defensa de todos los puntos del ataque. La vista de su actividad y sus rápidas providencias aumentaban por instantes el agradecimiento del infeliz Inka rebelde.

Se sostenía la plaza con el mayor vigor y el ejército del Cuzco casi perdía la esperanza de tomarla. El Inka del Cuzco recorre en persona sus líneas, les habla a los *Sinchis* con energía recordándoles su acreditado honor y fama. Éstos realizan el último esfuerzo, al que no pudiendo resistir los sitiados tienen que abandonar al fin sus posiciones y dejar entrar triunfante al Inka en el pueblo.

Ollántay, desesperado y perdido, intentó dirigirse al río y arrojarse a la corriente; mas Rumiñawi, que no lo perdía de vista, luego que advirtió la aproximación de la litera de oro del emperador, le cerró el paso al rebelde de Tanpu y lo condujo a la presencia del soberano y a éste le dijo:

—Llegó el momento en que Rumiñawi cumple su palabra, rindiendo a vuestros pies al traidor Ollántay, según os había prometido, como también en que el imperio todo debe saber que

mi ingreso en el convento de las *Ajllas* no tuvo más objeto que el de lograr este designio.

"No me queda más que ratificar mi fidelidad para con vuestra real persona ni mi vindicación requiere una prueba más auténtica, que no sólo restaurará, sino que realzará mi honor al grado elevado que merezco frente a la degradación afrentosa y la pública infamia por las que se me ha visto pasar. Lo cual, unido a la ejemplar firmeza que he acreditado, será un timbre de mi nombre en todos los siglos, y para los generales y grandes del imperio un modelo de fidelidad".

De "Ollantaï, drame en vers quechuas du temps des Incas", de G. Pacheco Zegarra. París, 1878.

K Â K U Y

Eran tiempos de la guerra del Chaco. Salí enfermo de la línea de fuego y me evacuaron a un hospital de Fortín Guachalla. El hospital estaba situado en un pequeño claro de bosque, a muy poca distancia del río Pilcomayo y era una simple tienda de lona, con capacidad para unas treinta camas. Entre los enfermos se hacía notorio un soldado movedizo y locuaz que se pasaba el día promoviendo corrillos fuera de la tienda o alrededor de algún enfermo que no estaba en condiciones de levantarse. Le llamaban Peducasé y no había evacuado que a la sola llegada no supiese ya la vida y hazañas de tan singular personaje. Era chaqueño, nacido en Aguayrenda, de un misionero franciscano y una indígena del lugar. Combatió desde un principio en las trincheras y fué actor en las batallas principales de la guerra. Ahora se hallaba físicamente agotado y su dolencia no podía ser diagnosticada por el médico.

A veces, de noche, la selva se poblaba de los gritos lastimeros del *murucucú* y de los lamentos del *guajojó.* Una noche en que no hubo ni *guajojó* ni *murucucú,* un canto exrtañamente lúgubre vino a romper el silencio de la selva. Un canto repetido a intervalos, un canto que parecía un ruego sollozado, una súplica henchida de congoja y humanamente modulada. El corazón quedó sobrecogido como ante un anuncio de desgracia. Por la mañana, cuando íbamos tomando el desayuno, como si adivinase mi pensamiento se me acercó Peducasé, con su vaso de yerba mate en la mano.

—Anoche nos visitó la *doña.*

Yo le miré perplejo, sin saber si aludía al ave nocturna o a alguna otra cosa.

—Quiero decir el *kákuy,* el pájaro que nos estuvo dando palique toda la noche. El *kákuy* sólo sale de noche. Nadie lo ha cazado ni lo ha visto jamás. Pasa el día oculto entre las ramas de los árboles y de noche sale a buscar su alimento. No se sabe qué come. Parece que tiene el vuelo muy corto, porque a un mismo pájaro se le oye cantar en un árbol, luego en otro próximo y en otro. Claro que su canto es lo único que nos avisa su presencia.

Peducasé no esperó que se le hiciese preguntas, pues siguió hablando.

—Habrás oído que dice muy claro: *Kákuy, turay.* Dicen que estas palabras son quichuas y quieren decir: *Permanece a mi lado, hermano mío.* Por lo que dice así es que se llama *kákuy.*

El chaqueño continuó hablando y no calló sino cuando hubo acabado de relatarme, alrededor del *kákuy,* toda una leyenda. Una leyenda de remoto origen, inspirada en el género de vida y en la impresionante modulación del canto de aquella ave. A decir de Peducasé, la leyenda solía todavía escucharse al amor de la lumbre en los ranchos chaqueños, cuando grupos de contertulios se sentaban alrededor de la hirviente *pava,* saboreando en el *poro* el grato amargor de la yerba mate. Esa leyenda es la siguiente:

En tiempos muy antiguos una pareja de jóvenes se desprendió de su *ayllu* por motivos que no se conocen y se fué a vivir en la entraña de la selva. Allí construyeron su choza solitaria. El hombre proporcionaba al hogar caza y pesca, mientras la mujer recolectaba algunas frutas silvestres. Tuvieron dos hijos, hombre y mujer. Cuando ellos eran todavía muy pequeños, la madre murió víctima de una fiebre maligna. El hombre no pudo acompañar muchos años a los niños, pues murió a causa de una picadura de serpiente.

De modo que los hermanos quedaron muy jóvenes sin otra protección que su propio esfuerzo. El varón se hizo pronto al trabajo, aprendió a cazar y pescar como su padre y él mismo

recolectaba la fruta silvestre necesaria. Era de carácter apacible, generoso y comprensivo. Protegía la choza contra las incursiones de los animales feroces e iba a buscar alimento para los dos. No sabía labrar la tierra ni domesticar animales. En cambio era muy hábil en el manejo del *liwi* y rara era la ocasión en que, habiendo salido de caza, no regresase con una *urina* o con una *iguana* o por lo menos con unas perdices. Asimismo era diestro seguidor del vuelo de las abejas, lo cual le hacía fácil encontrar los panales colgantes de alguna rama o escondidos en el hueco de algún tronco o metódicamente fabricados bajo tierra.

Era muy diferente el carácter de la hermana. Voluntariosa, arisca, despótica, no demostraba por el hermano afecto ni apego alguno. Salía poco de la choza y le gustaba pasar las horas hilando copos vegetales preparados por él y tejiendo prendas de vestir para los dos. No le gustaba platicar con el hermano y la vez que le hablaba era para contradecirle y zaherirle con las expresiones más duras. Por esta manera de portarse, podíase comprender que ella odiaba o despreciaba profundamente a su hermano.

A pesar de todo, el hermano la quería y la rodeaba de los más tiernos cuidados. No le permitía hacer ningún trabajo fatigoso, dotaba a la choza de todas las comodidades exigibles en aquel tiempo y lugar a fin de que ella no sufriera privaciones ni molestias. La mimaba y vivía pendiente de sus caprichos. Le traía las frutas más sabrosas, los panales más ricos, pescados difíciles de atrapar, huevos de perdiz para ella sola. Pero la conducta de la hermana le causaba hondas amarguras y preocupaciones. Él la amaba con ternura y se veía tratado como un enemigo. ¿Qué tenía la muchacha? ¿Qué podía hacer él para volverla un poco afectuosa, para recibir de ella el trato a que se sentía acreedor como hermano?

Pero la muchacha no sólo no morigeraba sus maneras, sino que las hacía cada vez más hostiles y agresivas. En consecuencia, las preocupaciones y sufrimientos del hombre eran más graves y lindaban ya con la desesperación.

Un día la fortuna le resultó adversa al cazador. Volvió tarde a la choza, con las manos vacías, los pies sangrantes, agobiado por el cansancio y el hambre. La hermana le recibió con palabras injuriosas, tachándole de inútil y vago. Sin ánimo de hacer pelea, el hombre pidió un poco de miel aguada para aplacar la sed y algún *yuyu* para curarse las heridas de los pies. Ella los trajo; pero lejos de alcanzárselos, echó al suelo el agua y tiró al fogón el *yuyu.* El hermano sufrió en silencio la torpe jugarreta y fué a acuclillarse en un rincón bajo el peso de su tremenda desventura. No contenta con esto, la joven, a la mañana siguiente, esperó que el hermano hiciese cocer en el fogón su alimento y ya cuando el manjar estaba a punto, alzó la olla y la arrojó lejos entre la maleza del bosque. El hombre comprendió que no podía seguir soportando los desmanes de su hermana y concibió el propósito de huir de ella. ¿Pero cómo? Si abandonaba llanamente la choza, ella podría seguir sus huellas y encontrarlo tarde o temprano. ¿Darle muerte? Eso no. Ella era su hermana y él la quería. Entonces maduró un plan sencillo y cómodamente realizable.

Fué a localizar en lo más intrincado de la selva una colmena de *murumuru.* La *murumuru* es una pequeña abeja que labra su panal en lo alto de los árboles y es tan temida por su agudo aguijón como buscada por su exquisita miel. La colmena se hallaba en lo más alto del árbol y se requería ayuda para alcanzarla. La hermana apreciaba como era debido las bondades de la miel de *murumuru* y, excitada por las ponderaciones del hermano, resolvió participar en el evento.

Tuvieron que alejarse bastante de la choza, hasta lo más espeso de la selva. Llegados al lugar, vieron que el árbol era demasiado corpulento y que la colmena se hallaba a una altura difícilmente alcanzable. El hombre se mostró desconcertado; a su entender, no sería posible trepar por un tronco tan grueso hasta una altura semejante; de suerte que no había otro remedio que renunciar a la adquisición del panal. Contradictora y terca por naturaleza, la muchacha dijo que no podían alejarse del árbol sin la miel; que por último, si a él le acobardaba la

altura, ella estaba dispuesta a subir, por más que fuera sin su ayuda, inclusive hasta más allá de la colmena.

—No, hermana —dijo el hombre—. No puedo permitir que subas sola. Subamos los dos y ayudémonos mutuamente.

La joven admitió la propuesta y se puso a trepar la primera. Era realmente difícil la empresa. Las ramas se hallaban muy distantes entre sí y sin ayuda era imposible ganar altura. Llegados muy cerca del panal, el hombre habló de la necesidad de cubrirse la cara a fin de evitar los fieros aguijones de las *murumuru;* estas menudas abejas vivían en familias muy numerosas y se ensañaban con la cara hasta deformarla del todo; pero la picadura misma era muy dolorosa y duraba por espacio de varios días. Y ni qué decir si los impactos eran muchos. La hermana se quitó el *tupu* con que tenía asegurada a los hombros la *llijlla* y con ella se envolvió toda la cabeza, hasta el cuello. Hecho lo cual y como tenía los ojos cubiertos esperó a que el hermano le dijese lo que tenía que hacer para llegar hasta el panal y arrancarlo de la rama. Pero el hermano guardaba silencio, un extraño silencio.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, hermano? —preguntó después de un gran rato; pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué te pasa, hermano? —siguió dirigiéndosele con acento desasosegado—. ¿Por qué no me dices lo que debo hacer?

No había respuesta del hermano. Presa de repentino miedo se quitó la llijlla. El hermano ya no estaba en el árbol. Despavorida, creyó ver su silueta que, fugitiva, allá abajo, se perdía en lo espeso de la selva. En ese instante comenzaron su incontenible ofensiva las *murumuru.* La infeliz trató de descolgarse por las ramas; pero no pudo; no había ramas; el hermano, al descender, habíalas cortado todas, dejando totalmente liso el tronco. Y había huído, perdiéndose en el misterio de la selva.

En su desesperación la mujer sollozó un ruego. Quiso decirle: "No huyas, hermano. Permanece a mi lado. No me prives de tu protección"; pero su garganta sólo alcanzó a emitir dos palabras:

—*Kákuy, turay...*

"Permanece, hermano mío". Pero el hermano quién sabe dónde ya estaba.

Sola en lo alto del árbol, sola en la inmensidad de la selva, sin cesar asaeteada en la cara y en las manos y en los pies por miríadas de feroces abejas, su pensamiento se aferraba a la esperanza de hacer llegar su ruego a los oídos del hermano fugitivo:

—*Kákuy, turay... Kákuy, turay... Kákuy, turay...*

Cansado de la marcha de la jornada, el sol se arrebujó en su lecho de doradas nubes allá en el poniente. Llegó lenta y sigilosa la noche y la selva comenzó a sumergirse en el imperio de las sombras. Las *murumuru* dieron por terminada su tarea del día.

Abandonada en lo alto del árbol, con el rostro y las manos y los pies desfigurados por las picaduras, la infeliz no se resignaba a la idea de haber perdido para siempre al hermano. Su pensamiento se aferraba a la imagen de él como sus manos a la rama en que se sostenía, mientras su voz, desgarrada e implorante, decía a intervalos:

—*Kákuy, turay... Kákuy, turay... Kákuy, turay...*

En lo más profundo de la noche, sin que su pensamiento pudiese desasirse de la imagen del hermano, la joven deseó convertirse en ave para ir en busca de él. Y así imploró a los dioses de la selva. Los dioses la escucharon. Sintió entonces que se le empequeñecía el cuerpo, que sus pies se convertían en garras, sus brazos en alas y en la cara le crecía un pico, mientras iba cubriéndose toda ella de denso plumaje. Y echó a volar. Pero su vuelo era muy corto y no pudo encontrar al hermano. Y todo lo que podía hacer era ir de árbol en árbol, de rama en rama, llamando al hermano:

—*Kákuy, turay... Kákuy, turay... Kákuy, turay...*

Y así vive desde entonces hasta ahora, y así será para siempre.

Transcripción de J. Lara

KILLKU YUPANKI Y QORI QOYLLUR

Colmado de gozo y contentamiento se hallaba Wáskar en el Cuzco cuando llegaron mensajeros de Quito, de parte de su hermano Atawallpa, quien le enviaba parabienes por su coronación y ascenso al gobierno del Imperio, saludándole con muchas bendiciones y nombres honoríficos y suplicándole humildemente que considerara legítima su permanencia en aquellas tierras bajas, puesto que al fin y al cabo era su hermano.

Los mensajeros de Atawallpa, llegados al Cuzco, cumpliendo un encargo de su señor se apresuraron a entrar a visitar a la reina madre, viuda de Wayna Qhápaj, y a la infanta, hermana de ambos Inkas y recién desposada con Wáskar. Ambas señoras recibieron con grandes muestras de satisfacción los regalos y presentes que de Quito le habían traído los mensajeros. Tan pronto como éstos abandonaron el aposento de las reinas, entró Wáskar y comenzó a reprender con muy ásperas y desabridas palabras a su madre y a su esposa, dándole a entender a la viuda que la permanencia de Atawallpa en Quito debió haber sido preparada y ordenada por ella en daño de su persona y del reino. Aunque con blandas y amorosas palabras se descargaban madre e hija de aquella inculpación, sus disculpas no fueron oídas ni admitidas.

Con menos afabilidad que la que se debía a embajadores de aquella índole, Wáskar despachó a los de su hermano limitándose a decirles:

—Decid a vuestro señor que pues está en esa tierra, la guarde bien y mire por los vasallos sin hacerles ni consintiéndoles hacer

vejaciones ni malos tratamientos. Yo le despacharé en breve mis mensajeros con la instrucción y orden de cómo quiero que ellos sean gobernados.

No muy contentos ni bien impresionados del semblante de Wáskar Inka partieron de regreso a Quito los embajadores y llegados a Tumipanpa relataron a Atawallpa la respuesta que su hermano había dado a su mensaje y no quisieron darle a entender que se había mostrado desabrido y suspicaz con la visita hecha a su madre y hermana. Alegróse Atawallpa comprendiendo que su hermano le encomendaba a él la conservación y gobierno de aquellas tierras y mucho más con el anuncio de que pronto llegarían sus mensajeros. Así, sintiéndose favorecido por su hermano, comenzó a construir en Tumipanpa una bien trazada y suntuosa mansión para aquél, juntamente con otras no menos confortables para sí.

Como a los hombres prósperos sigue y persigue de ordinario la envidia, no se olvidó de este Inka, pues Ullku Qolla, cacique y señor de los Cañaris, de naturaleza mordaz y envidiosa, despachó mensajeros secretos al Cuzco haciéndole saber a Wáskar Inka cómo su hermano se hacía tratar en calidad de Inka y con arrogancia de soberano hacía edificar para su morada palacios y alcázares más suntuosos que los mismos que hacía trabajar para el verdadero Inka. Al recibir este mensaje se conturbó y alteró grandemente Wáskar y como no se ofreciese una ocasión para que desfogase su oculto enojo, fuéselo a dar muy desagradable a su madre y a su mujer repitiendo, como la vez anterior, que entre su hermano y ellas dejaron tramada alguna traición, y que para consumarla habían dejado en las tierras de Quito a Atawallpa, añadiendo a estas palabras muchas afrentosas e indignas de aquellas a quienes se decían.

Suspenso y acongojado se hallaba en Tumipanpa Atawallpa en vista de que tardaban tanto los mensajeros que de su hermano Wáskar estaba esperando por horas y a fin de saber la causa de esta tardanza decidió enviar un mancebo deudo de los dos, aunque nacido y criado en Quito, en calidad de embajador

suyo, acompañado de algunos jóvenes principales y, con éstos, los más ricos dones que pudieron hallarse.

Dicho gentil mancebo era hijo de un príncipe llamado Túpaj Yupanki, hombre de mucho valor y esfuerzo y uno de los albaceas y testamentarios de Wayna Qhápaj. El albacea fue asesinado por mandato de Wáskar entre Rimajtanpu y el Cuzco cuando iba acompañando al cuerpo del Inka difunto.

El apuesto embajador se llamaba Killku Yupanki, tomando el nombre de la nación de la madre, porque los naturales de Quito son llamados *Killkus;* el sobrenombre de Yupanki era por parte del padre.

Partió de Tumipanpa Killku con los compañeros y los dones rumbo al Cuzco y después de muchas jornadas llegó al valle de Sajsawana, donde recibió un secreto mensaje de Mama Rawa Ojllo y de su hija, la mujer de Wáskar Inka. Las señoras le rogaban que se viniese a su residencia, situada a poca distancia del Cuzco, a fin de disfrutar de algunos regalos y convites que le serían preparados en algunos lugares y plazas de aquel camino. La invitación fué hecha en vista de que Killku Yupanki se había criado en su casa, en Quito, y era hermano de leche de Chuki Ushpay, su hija. El joven aceptó el convite con harto contentamiento y los agasajos comenzaron con gran opulencia y majestad, no faltando en ellos el género de los regalos que en aquel tiempo entre ellos se usaban. A fin de acrecentar más la solemnidad de aquellas fiestas y dar mayores muestras de afecto a aquel a quien se hacían, mandó la señora reina que las más hermosas y bien nacidas doncellas de aquel territorio viniesen a administrar la bebida al bien venido huésped. Así fué cumplido sin faltar un punto, pues luego que llegaron los mensajeros de Quito a Sijllapanpa se congregó en un breve instante gran número de mozas tan hermosas y apuestas cuanto en aquel género de gente y siglo se podía pedir y desear. Mas, así como el lucero al rayar el alba aventaja en claridad a las demás estrellas, así a todas las demás aventajaba y excedía una doncella de tierna edad que hacía una vida humilde en un caserío cercano

por orden de una tía suya, quien tomó tal medida a fin de salvarla de la muerte.

Entre los muchos gobernadores que vinieron o enviaron a dar el parabién a Wáskar Inka por el nombramiento que su padre hizo en él de sucesor y universal heredero de sus Estados, se encontraba inka Túpaj, gobernador de los valles Ica, Pisco y Wímay. Éste, por no poder venir al Cuzco personalmente, le envió con mensajeros de valía y de confianza las gratísimas congratulaciones de su felicidad, y por inestimable presente le mandó al mismo tiempo una graciosa doncella tan extraordinariamente hermosa que causaba admiración a cuantos la miraban. Era hija de un honrado indio natural del valle de Ica llamado Sullk'a Chanqallu, cuya esposa se llamaba Illay Ukhuchi y el nombre de su bellísima hija era Chunpillaya. Y la gravedad y pundonor de los padres no dió lugar a que a su hija la dejasen ir sola en un camino tan largo y peligroso, y así fueron ellos acompañándola hasta la ciudad del Cuzco. Llegados allí, la doncella llevaba tras sí los ojos y corazones de cuantos la miraban y el mismo efecto causó en Wáskar Inka, quien luego que la vió quedó transformado en otro ser que el que antes era, porque de muy libre y desdeñoso para las mujeres se tornó sujeto y vencido por el amor de esta recién venida doncella, y mostró esta alteración de tal manera que no le costó menos que la vida a la nueva amada, como luego veremos. Y como en estos casos suele ser el vulgo el más calificado censor y juez, la joven recibió el hermoso nombre de Qori Qóyllur, que quiere decir estrella de oro, y de tal nombre usaremos de aquí adelante, olvidando el de Chunpillaya. Con verdadera locura fué amada esta (que creo ya podremos llamar dueña) de Wáskar Inka. A ninguna de sus concubinas prestaba él la dedicación que antes solía; al contrario, les defraudaba las horas de sus contentos para dárselos sólo a Qori Qóyllur.

Como resultado de esta privanza la señora quedó encinta y dió a luz una hija de no menores esperanzas en cuestión de hermosura que la que podía contemplarse en su madre. Mucho

acrecentó su amor el nacimiento de esta hermosa infanta; mas fué a tiempo y coyuntura que la mucha privanza del Inka había provocado un mortal desamor de todos los moradores de la casa real, no teniendo la infeliz otra culpa que el ser amada tiernamente por el Señor Inka. Este desamor que a la inocente dueña tomaron pudo tanto en los envidiosos, que trataron de matarla secretamente con ponzoña y así lo pusieron en ejecución. Un día, sin hallar motivo para muerte tan repentina fué hallada difunta en uno de los aposentos de Wáskar Inka. Es difícil expresar los extremos del dolor del inconsolable amante, cuyos ojos quebrados no podían admitir que ya no vivieran aquellos que eran su alegría. El cuerpo fué entregado a sus adoloridos padres y, siendo ungido con ungüentos preservativos, fueron a darle sepultura en la tierra de su nacimiento.

Una hermana bastarda de Wáskar Inka llamada Qarwa Tijlla (única y verdadera amiga de la difunta Qori Qóyllur), temerosa de que la hija fuese raptada por los abuelos, se la llevó a su residencia, situada no muy lejos del Cuzco, y allí la crió con mucho esmero, pues de no hacerlo así le habrían dado muerte los mismos que a su madre mataron. Bien sabía Wáskar Inka dónde, cómo y con quién era tenida su hija; mas el mismo temor que tenía su hermana hacía que él no quisiera llevarla a su palacio ni aun hacer saber que era su hija, y fuera de esto le proveía cumplidamente de lo necesario hasta que la acumulación de cuidados que le vino con la herencia del Imperio le hicieron tener más descuido de lo que debiera tener con la tierna doncella, a quien por haber sido heredera de la increíble belleza de su madre le dieron el mismo nombre de Qori Qóyllur.

Quince años tenía la infanta cuando sucedían en el Cuzco las cosas que vamos escribiendo: la venida de Killku Yupanki al Cuzco y aquellos espléndidos banquetes que por mandato de las reinas se iban haciendo. Al banquete que se hizo en Sijllapanpa acudió esta doncella con licencia y consentimiento de su tía Qarwa Tijlla y así como las demás comenzó a ejercer el

oficio de copera, aunque con más aventajado donaire y belleza, acompañada de una sobria y digna mesura, lo cual fué notado y admirado por el huésped, y siempre que en el curso del banquete recibía los vasos de su mano más bebía amor que *ashua* y más presto quedó fuera de sí con la incontenible afición de la doncella antes que con la suma de vasijas que en aquel día se consumieron.

Al amanecer del día siguiente los mensajeros recibieron de Wáskar Inka la orden de ingresar en el Cuzco.

En la despedida de los dos nuevos amantes se conoció cuán propio es de nuestra naturaleza el amar, pues que sin cuidado estudiado ni afectación ni otros artificios se acertaron a hablar con los ojos el uno al otro en un lenguaje bien comprensible para las almas de ambos y con el mirarse a un tiempo se entendieron igualmente sin que nadie se diese cuenta de ello.

La hermosa Qori Qóyllur (que hasta allí había vivido libre y sin sospecha de saber qué cosa fuese amor) no quedó menos prendada de la gracia, disposición y apostura del embajador, que éste lo iba de su increíble hermosura. Como poco experimentada en la fuerza de la pasión, sentía de un modo raro la inquietud amorosa, y presa de extraños pensamientos andaba desasosegada y fuera de sí. De tal manera, sin quererlo ni pensarlo a pocos días se lo pudo conocer Qarwa Tijlla, su tía, porque un suspirar desusado, unas preguntas a destiempo, unas alabanzas de ajenas gracias sin propósito y fuera de coyuntura, un traer la plática a su gusto, un mudar la voz y el color del rostro oyendo el nombre de la persona amada, un hablar y tratar de cosas como entre sueños: todos son claros indicios de pasión y martirio amoroso, y como la tía no era escasa de agudeza ni experiencia, pudo con facilidad sospechar la causa de la extraña inquietud de su sobrina, y para hacer más fundada su sospecha con afectuosas y reiteradas preguntas le hizo confesar que se hallaba hondamente aficionada del embajador Killku Yupanki; de lo cual no se asombró la prudente Qarwa Tijlla ni reprendió la desenvoltura de la doncella; antes bien, con amor de más que madre le prometió ayuda y favor de su

parte para que, guardando el decoro propio de su celosa castidad, pudiese hablar con su amado. Como el amor verdadero y perfecto es en sus manifestaciones más ajustado y puntual que el más seguro reloj, de tal manera movía los engranajes en los dos amantes, que apremiados y atraídos por iguales y acordes fuerzas acudieron puntuales al golpe de la hora. Y era así, que no menos desasosegado e inquieto iba por el camino Killku Yupanki, que la doncella lo estaba en su pobre morada, porque en aquella poca distancia que de Sijllapanpa hay hasta el Cuzco, volvió tantas veces los ojos a donde dejaba la lumbre de ellos, que estuvo a punto de ser su afición descubierta: se detenía sin motivo, suspiraba como cansado, sin estarlo, no hablaba por hallarse melancólico ni quería que ninguno le hablase porque no le interrumpiesen su venturoso pensamiento.

Cargado de cuidados llegó Killku Yupanki al Cuzco, donde supo que Wáskar había partido la víspera a Kallka, no muy lejos del Cuzco, y se vió obligado a ir allá y, puesto en la presencia del Inka, lo saludó con la cortesía profunda que los vasallos deben emplear para con sus Príncipes; dijo una concertada arenga, la cual fué atentamente oída por Wáskar Inka, quien al mismo tiempo notaba el aire y donaire del mancebo Killku. Éste, como concluyese su elocuente plática, puso ante el señor los dones que de Quito le traía. Pero el Inka con vituperoso desdén comenzó a reprender al mensajero y a los que con él venían, acusándolos de desleales y explotadores de sus dominios y peligrosos espías que tramaban su destrucción. Tomando los trajes que su hermano le enviaba —sin atender a la rica y costosa obra de plata y oro y piedras de valor que traían— los arrojó al fuego, a cuyo calor estaba sentado, porque hacía frío, y les dijo:

—Debe pensar mi hermano que acá no hay de esta ropa o será que quiere con ella encubrir su engaño. ¿Quién le manda a él ocupar a mis vasallos en hacer obras semejantes? ¿O es que entiende que acá no nos damos cuenta de su intención?

Diciendo estas palabras se iba encendiendo más y más en cólera. Y como es sabido que al lado de los poderosos no faltan

aduladores y charlatanes que sin reparar en lo malo ni en lo bueno acuden al gusto de sus señores, así sucedió en esta ocasión, pues levantándose uno de sus cortesanos llamado inka Ruka, le dijo:

—Bien haces, Señor, en reprender tanta desvergüenza, y mejor harías en castigarla.

Wáskar, que de suyo estaba ya encolerizado, encendióse más y luego mandó dar muerte a cuatro compañeros que Killku había llevado consigo a Kallka, porque los demás había dejado en el Cuzco ocupados en algunos asuntos suyos. En cuanto a Killku, le hizo un ademán para que se alejase de su presencia y él así lo hizo. Luego le dijeron sus criados que se volviese al Cuzco, porque de allí lo despacharían.

Mientras Killku Yupanki se encaminaba a Kallka, un amigo de su confianza había por su mandato informádose, por los medios más prudentes que se pudieron imaginar, de la residencia de Qori Qóyllur, dónde, cómo y con quién vivía y de quién era hija. Averiguado todo esto se lo comunicó a Killku cuando éste volvió de Kallka al Cuzco. El amor del mancebo aumentó no poco cuando tuvo noticia de su mucha calidad. Finalmente, al mismo amigo que hizo la diligencia primera despachó a Sijllapanpa en busca de ella con la discreción y secreto que el caso requería.

En tanto que su fiel mensajero iba buscando el remedio de su enfermedad en la misma causa de ella, Killku con alguno de sus compañeros entró a visitar a Mama Rawa Ojllo y Chuki Ushpay, su hija, y les contó la crueldad que con sus compañeros había empleado Wáskar y los rigurosos términos en que había hablado con los mensajeros de su hermano Atawallpa, y cómo había entregado al fuego los presentes que de Quito le había traído. Las afligidas señoras le contaron el trato pésimo que daba a las dos por razón de haberse quedado Atawallpa en Quito, y entre ellos sucedieron algunos coloquios que importan poco a nuestro propósito.

Apartándonos de éstos, digamos cómo el solícito y fiel mensajero de Killku procedió con tanta diligencia y cautela, que

no tardó en llegar a unos poblados antiguos que se ven en Sijllapanpa y entre ellos encontró la morada de la prudente Qarwa Tijlla, y fué en el momento en que la cuitada doncella acababa de derramar infinitas lágrimas en el regazo de su piadosa tía, y ella también acababa de derramar por su boca otra no menor multitud de promesas, curando su pena con muy positivas esperanzas. A este tiempo llegó de súbito el mensajero del enamorado y fué de la buena tía harto más bien recibido que conocido, y asimismo fué saludado por la doncella con aquella mesurada compostura que pedía su virginal estado, y habiendo el mensajero alentado y sosegado el pecho del cansancio que de subir la cuesta traía, llamó a Qarwa Tijlla afuera y entre unas espesas matas de *tauris* (que llamamos altramuces) que en torno de la casa había, expuso el motivo de su embajada de la manera más mesurada que pudo, dándole a entender la afectuosa preocupación en que su señor quedaba y el desasosiego que a causa de su sobrina le embargaba, asegurándole la honestidad y la honra que le caracterizaban. En consecuencia la buena señora no quiso desperdiciar la coyuntura que se le ofrecía para el remedio, tranquilidad y amparo de su amada sobrina, porque bien entendía ella lo mucho que valía Killku Yupanki, pues venía enviado como embajador de Príncipe a Príncipe. De suerte que haciendo primero las salvedades y protestas necesarias le dijo como respuesta que, conociendo el camino y contando con la benevolencia de la casa, se allegase a ver a la doncella, teniendo cuidado de no despertar sospechas con su visita. Entre tanto, ella tendría ganada la gracia de su sobrina para recibirle, aunque era de presumir que tropezaría con dificultades. Luego de esto el mensajero refirió lo que en el Cuzco y Kallka había pasado, de donde su señor, según él entendía, regresaría más pronto de lo que pensaba, y que aquella deseada visita se efectuaría estando su señor de camino para su tierra. Con esto se despidió el fiel mensajero y se fué al encuentro de Killku, que ya se había despedido de las reinas, madre e hija, y de boca de ellas había oído un millón de quejas de los malos y ásperos tratamientos y afren-

tosas palabras y baldones que de Wáskar Inka habían recibido en las ocasiones más insignificantes, por haberse quedado Atawallpa en Quito.

Killku Yupanki, en sabiendo el buen resultado que su secretario traía, con la graciosa licencia concedida para ver a su estrella, procuró entrevistarse con Wáskar, que ya había vuelto de Kallka, y le pidió la gracia de poder volver a su tierra. El Inka se lo concedió al punto, diciéndole:

—Anda, y dile a mi descomedido hermano que luego que vosotros lleguéis, venga él, sin réplica ni dilación alguna, a comparecer ante mí a fin de darme cuenta de las cosas de mi padre que en su poder quedaron.

Con tal mensaje, apresuró Killku su partida, con harto más deseo de ver a su amada que no a su patria. Mama Rawa Ojllo y Chuki Ushpay le proveyeron de lo necesario para el camino, cuidándose del resabido Wáskar, y con ello el joven abandonó el Cuzco, lamentando la falta de cuatro de sus compañeros.

Contentísima se hallaba a la sazón la hermosa Qori Qóyllur con la relación que su tía le hizo del mensaje que trajo el desconocido huésped y mucho más por entender que su deseado amante había de venir sin tardanza a visitarla. Al mismo tiempo apareció sumida en su profundo piélago de inquietudes y sospechas en que la tenía sumida su propia esperanza. Desde que el mensajero partió de la casa, fué en su imaginación contándole los pasos que de allí había hasta el Cuzco y en su imaginación se representaba las diligencias que su amado debía hacer para apresurar la partida, y cuando ya se lo figuraba puesto en camino, comenzaba a descontar los pasos que antes había contado, y viendo su cuenta y deseo defraudados, acusaba a su amante de perezoso y desamorado, y ofendida ella misma de haberle dado tal nombre maldecía su corta ventura y la poca lealtad de Wáskar, su padre, y comenzaba a reprenderlo como si ya tuviera muerto a Killku de la misma manera como habían perecido sus compañeros. Luego abandonaba esta sospecha y atribuía la culpa al mensajero que había venido, llamán-

dole flojo y tardío. Otras veces se proponía no esperarlo, creyendo con aquel artificio hacerlo venir más presto.

Con tales luchas pasó la ansiosa señora aquella noche, y ella fué la primera que en todo el caserío madrugó a recibir el día y cuando el sol comenzó a dorar las altas cumbres de Karmenqa, le hizo su acostumbrada oración, aunque con visos de desacostumbrada plegaria, pues no le rogó sino que con mucha brevedad se ocultase y encubriese a los mortales, para que su amado, avergonzado de su tardanza de tantos días, apresurase su venida. No asomaba labrador con la *tajlla* al hombro que no se le antojase el *chuki* que Killku traía consigo. Puesta en este mar tormentoso, vió asomar por una loma un grupo de forasteros que se dirigían hacia el camino real que va derecho a Sajsawana, y teniendo los ojos puestos en aquella gente agrupada, dejó reposar ella su cuidado y su imaginación, y estando absorta de aquella manera, presumiendo que su amante hubiese determinado pasarse de largo, de súbito se sobresaltó con un rumor que venía de unas espesas sementeras de maíz que muy cerca de ella había, y volviendo los ojos para ver qué era la causa de aquel ruido, vió ante sí, sin creerlo, a aquel que cuando estaba ausente no se le apartaba de la vista. Y la que se hacía muy retórica reprendiendo cuando no lo veía, ahora que lo ve se queda muda. Turbada con la repentina aparición no supo qué hacer y optó como único remedio, para encubrir su desconcierto, por llamar con voz trémula y aturdida a Qarwa Tijlla, su tía, la cual, que no andaba lejos, le respondió al instante.

Juntos los tres, el valeroso joven hizo a su modo su salutación, hallándose no menos turbado que la doncella, hablando harto más con el corazón y con los ojos antes que con la lengua, y después del preámbulo, dicho lo mejor que pudo, les dió larga cuenta de lo que con Wáskar Inka le había pasado, y el mal mensaje que de su parte llevaba y, encaminando su plática a Qori Qóyllur, dijo:

—De mi tierra salí libre, próspero y acompañado. Ahora vuelvo solo, menesteroso y cautivo. Mas todo lo tengo por bien

venido, por haber sido dichoso en mi camino, donde halló mi corazón tan alto merecimiento como es para mí el teneros dentro de él; en él viviréis mientras él viviere conmigo, y siendo vos, señora, servida de ofreceros por mi esposa, yo lo tendré por suma felicidad, y no entendáis que soy de la hez y bajeza de la plebe común, sino tan alto en linaje como se puede juzgar, por la pureza de mi pensamiento, y a una demanda como ésta, a vos toca, señora y amparo mío —dirigiéndose a Qarwa Tijlla— responderme y no a la luz de mi cielo. Por tanto, aprovechando el poco lugar que el tiempo nos concede, respondedme a nombre de mi estrella de oro.

La prudente Qarwa Tijlla, habiendo estado un poco suspensa, le dijo que su deliberado intento era darle, de su mano, esposo a su sobrina, antes que la crueldad de sus enemigos le diesen la muerte. Mas, deseaba que esto fuese en tiempo y coyuntura más propicios, que aquellos no lo eran.

—No hay nada mejor —respondió Yupanki—, porque según lo que yo dejé en Quito y encontré en el Cuzco, tenemos entre manos sangrientas contiendas; pero por contraria que a Atawallpa le fuese la suerte, él se quedará con las provincias adherentes a las de Quito, donde será recibido por Señor e Inka. Entonces gratificará mis servicios y los de mi padre, hechos a él y al suyo, y esta gratificación no la pediré en otra cosa más que en recibir de su mano por mujer y esposa a su sobrina y mi señora —y aquí calló, porque el tiempo era corto y la materia larga.

—Dad vos la orden que mejor os estuviere —dijo Qarwa Tijlla— y dejad a nuestro cargo el guardarla.

—Precisamente la orden —dijo Yupanki— era que mi señora Qori Qóyllur me aguardase dos años, y si en este término no viniere, crean y tengan por cierto que, o seré muerto o cautivo, o de alguna gravísima necesidad impedido.

—Vos pedís término de dos años —respondió la tía— y yo, de parte de mi amada prenda, os concedo tres, y prevéngoos que pasado este término le buscaré por otro camino el remedio. Entre tanto, yo la tendré por vuestra.

Atenta había estado a esta plática la hermosa doncella, y con rostro ruborizado oía todas las palabras, y cuando Killku trató de su despedida, comenzó a sembrar de orientales perlas sus mejillas. Y lo mismo hizo su novel amante. Y también su tía. Con honestísimo y limpio abrazo se apartaron, porque así convino, y él se volvió a proseguir y la doncella se fué a contar las horas de su ausencia. Y puesta entre esperanzas, celos, desconfianzas y temores, la dejaremos para seguir a Killku Yupanki, el cual llegó a Tumipanpa, donde encontró a Atawallpa sumamente deseoso de su llegada.

En breves palabras dió cuenta a su señor Killku Yupanki acerca de lo que con Wáskar había pasado, y le transmitió lo que su hermano le ordenaba, que era comparecer ante su presencia en el Cuzco, y le dió cuenta de la poca estimación con que recibió sus presentes y dones. De todo ello, y de la injusta muerte de sus vasallos tuvo excesiva pena Atawallpa, aunque se esforzó todo lo que pudo por disimularla.

Ullku Qolla, cacique y gobernador de los Kañaris, le dijo que no se afligiese ni recibiera pesadumbre de aquellas cosas y que, siendo tan hijo de Wayna Qhápaj como Wáskar Inka, se hiciese señor y tomase las armas contra su hermano, que en él y sus vasallos y amigos tendría muy leales servidores.

A tales ofrecimientos respondió Atawallpa con el silencio y trató de olvidar su tristeza, mandando que todos se preparasen para unas fiestas y bailes que debían realizarse al día siguiente. Esto lo hizo a propósito, a fin de que el vulgo no entendiese que estaba afligido ni triste.

Acabadas las fiesta en Tumipanpa, acordó Atawallpa irse a Quito con las insignias y la dignidad de Inka y tomando las vestiduras de su padre y las andas en que solía hacerse conducir —que tenían en aquel lugar por reliquias— las vistió y subió en ellas, y se hizo saludar y tratar como emperador Inka. Luego, inmediatamente Ullku Qolla, cacique de los Kañaris, envió mensajeros al Cuzco dando aviso a Wáskar Inka de lo

que su hermano había hecho. Éste fué que al principio incitó a Atawallpa que hiciese aquello que ya había comenzado.

Con esta pompa y arreos se dirigió a Quito Atawallpa y fué grande el contento que en toda la tierra recibió cuando lo vieron acometer tan varonil empresa. Y todos le dieron mil y mil veces el parabién por la *mask'apaicha,* saludándole con nuevas y desusadas bendiciones.

Cuando su hermano Wáskar supo en el Cuzco su temerario atrevimiento, quedó fuera de sí. Estuvo varios días de modo que nadie le osó hablar y vino a desahogar su enojo acabando de dar muerte a todos los principales que de Quito habían venido con el cadáver de su padre. A su madre y a su mujer estuvo a punto de matarlas y lo habría hecho si no temiera la indignación popular, pues le importaba no incitarla en aquella coyuntura; contentóse con reprenderlas áspera y rigurosamente, con palabras afrentosas y llenas de ignominia.

Cualquier encarecimiento que se pueda pensar cabe muy bien a los extremos del sentimiento de Wáskar en el Cuzco cuando supo la derrota de los escuadrones que había mandado a Punpun, porque como era enorme en número y grande en calidad, tenía en ella puesta su confianza; mas, cuando supo la triste nueva, de dolor no cabía en su casa, ni nadie en ella le osaba mirar al rostro, y como ya tenía acabados a todos los que de Quito vinieron los años pasados con el cuerpo de su padre, faltaba algo en que desahogar su ira, y muchas veces estuvo a punto de dar muerte a las dos inocentes Señoras, su madre y su mujer, e hiciéralo si no le estorbaba una coyuntura tan vidriosa; mas, como hombre loco y sin seso, las denostó con más feos calificativos de los que sus muchas virtudes merecían. Vuelto en sí algún tanto y recuperado en su juicio, hizo llamamiento de sus consejeros y capitanes viejos y les expuso las causas de su llamado, como era de presumir, para que se diese la orden de atajar el daño que de cerca les amenazaba, antes de que la falta de diligencia les impidiese el poderlo

hacer. Dando cada uno el parecer que más sano juzgaba y discutidos y previstos todos los obstáculos, se acordó enviar todo el resto de sus fuerzas a contener el avance de Khishkis y su ejército. De allí salió nombrado como caudillo y capitán de aquella gente que se pretendía enviar, Mayqa Yupanki, hombre cuyos hechos de armas garantizaban el éxito. Para otorgarle el mando le llamaron al cónclave y con las más encarecidas palabras que supo encontrar el Inka le encomendó la última salvación de su linaje y de su patria, y le dió plenos poderes para reprender a su hermano Wankauki y relevarle en el oficio y cargo que retenía.

Con esto despidieron al nuevo capitán y mandaron dar pregón en sentido de que todas las personas, de cualquier nación que fueran, acudiesen a ponerse por *khipus* o lista a las órdenes de Mayqa Yupanki. Fué increíble el alboroto que en el Cuzco se produjo con esta nueva creación de capitán general, y cada uno comentaba sobre ello lo que su imaginación le ofrecía.

Mucho nos hemos olvidado de la bella y cuidadosa Qori Qóyllur, y será bien que volvamos a ella nuestra memoria, pues la suya estaba muy pronta para contar los días de la tardanza de su deseado Killku Yupanki, y por su muy minuciosa cuenta hallaba ir corriendo ya el año cuarto de su ausencia (dos más de los que pidió y uno de los que le fueron concedidos). Hallábase en esta coyuntura más afligida que jamás se la había visto. Una ligera enfermedad —aunque venida sobre pesada vejez— se la llevaba a su tía Qarwa Tijlla de esta vida. Y en estos días le fué revelado a la afligida doncella que sin que se tuviera que esperar el fallecimiento de su tía la conducirían al Cuzco, donde el Inka otorgaría su mano a un capitán y deudo suyo, a quien la tenía prometida por mujer.

Pudo tanto en su atribulado corazón el temor de esta mudanza, que olvidada de los cuidados en que la tía la tenía puesta y aún antes de que llegase a cerrar los ojos, abandonó la casa. Cortándose el largo cabello, que al más bruñido ébano

excedía en color, vistió ropas cortas de varón y eclipsando el sol de su rostro con las pinturas que suelen ponerse los indios cuando van a sus guerras, se metió entre la gente reclutada que iba siguiendo al ejército en función de servicios auxiliares, y con el ánimo desesperado de encontrar un buen suceso fué buscando la presencia que la suya oscurecía con su larga tardanza. Dejémosla seguir su camino hasta que la ocasión nos llame, para tratar de ella.

Llegados al valle de Yanamarka se dieron vista los dos ejércitos y comenzaron las avanzadas a afrontarse con tanta fiereza y brío que era una admiración y, acudiendo el resto de las fuerzas, por ambas partes, se trabó una de las batallas más sangrientas que en el Perú jamás se han dado. Eran tantos y tan grandes los montones de soldados que cayeron muertos a los primeros encuentros, que servían ya de parapeto a los vivos, y de los rimeros de ellos se hacían trincheras. Esta batalla comenzó con el día y no decayó hasta el anochecer, hora en que comenzó a declinar el valor de los Cuzcos, aunque con pérdidas notables de los vencedores. Fueron tantos los que cayeron que entorpecían la acción de los que peleaban.

Entre los muchos varones de cuenta que este día lo pasaron mal, de la parte de Quito, uno fué Killku Yupanki, caudillo y capitán de los más osados. Pasando a reforzar un escuadrón de importancia, que ya empezaba a ceder, vino un dardo desmandado y le atravesó un muslo; de suerte que no pudo hacer otra cosa que caer entre los caídos, y fué a tiempo que ya los Cuzcos se retiraban y los Quitos les perseguían y cebados en este seguimiento iban ganando terreno, llevándose consigo el ardor de la pelea y dejando sin ella todo lo que atrás quedaba y, entregados a la matanza, no se dieron cuenta del capitán caído, el cual se hallaba vivo, enterrado entre muertos, y tan desconfiado de poder por modo alguno salir de allí como se puede creer del que estaba sepultado entre montones de cadáveres, desangrándose por la herida y en un sitio muy frío y despoblado, y a punto de esconderse el sol, y en tierra de

enemigos mortales, y sin esperanza de que alguien viniese a buscarlo.

Sintiendo Killku Yupanki todas estas cosas en el interior de su alma, entre los que se morían lamentándose, comenzó él también a hacerlo. Se dolía de su corta ventura, pues estando a la puerta de poder cumplir la palabra que a Qori Qóyllur había dado, ahora perdía la vida. Y para atormentarle más la suerte le deparaba una muerte tan dilatada como la que se le ofrecía padecer necesariamente. A esto añadiría un millón de lamentaciones, de las que en el trance de la tribulación se suelen ofrecer a las mentes atormentadas por el amor.

Estando en esta situación oyó, no muy lejos de sí, rumor de pasos que sonaban hacia sus espaldas y volviendo el rostro, como mejor pudo, vió a un mancebo de poca edad que, doliéndose de tan lastimoso estrago venía revolviendo aquellos cuerpos desfigurados por la muerte, y a los que hallaba con vida ayudaba a salir a un sitio más libre de horror. En esta tarea anduvo largo rato ocupado, con una solícita afección y piadosa eficacia. Cuando llegó cerca de él y podía oírle, le dijo con voz mortecina:

—Hermano, tú que en coyuntura de tanto rigor y ajena a toda piedad te vienes mostrando piadoso con estos a quienes hoy atropelló la mala fortuna, si la clemencia que muestras es común a todos los que aquí padecemos, yo te ruego que me proporciones aquí un poco de espacio, de modo que pueda volverme sin que tantos cuerpos me lo impidan, cuya corrupción temo que abrevie la poca y triste vida que me queda. Y si a más que esto te animase la piedad que con los afligidos muestras, saca este dardo que me atraviesa el muslo, para que dé más lugar a que salgan la sangre y el ánima por la herida, y se abrevie una vida tan trabajosa como la que hoy sostengo. No te quiero pedir más que esto, porque aunque tú lo quisieras hacer, la suerte mía te lo impedirá. Y si interés te moviese a hacerlo, más que mi ruego y tu clemencia, quita de sobre mí esta piel de tigre con que vengo armado y recibe de tu

propia mano una rica *kusma* que visto: premio digno de tan grande beneficio.

El comedido mancebo estuvo atento a su petición y ofrecimiento, y con más ánimo y voluntad que no fuerzas, comenzó a apartar el rimero de muertos que alrededor de sí tenía el agónico Killku Yupanki. Habiendo desocupado el sitio suficiente, con el tino que su temor le permitió tomó el dardo y con gran dificultad se lo pudo sacar, y tomando algunos pedazos de mantas groseras que por allí había le vendó la herida lo menos mal que pudo, y tomándolo por la mitad del cuerpo lo alzó del suelo y casi a cuestas lo sacó de aquel aborrecible lugar. Poco a poco le fué encaminando a una barranca del arroyo que por aquel estéril valle corre. De camino sacó una cantidad de unto que se veía en una ancha herida de un cadáver. Consiguió colocarlo al abrigo del viento frío que con la noche soplaba. Puestos en este lugar, se apartó el mancebo a una pobre ranchería de ganaderos que por allí había y a quienes la pobreza en que vivían les daba seguridad en aquellas guerras civiles. Tomando un poco de lumbre y algunos pedazos de olla se volvió a donde había dejado a su enfermo y juntando alguna paja encendió fuego. Derritiendo el unto que llevó le dejó calentarse y a imitación del cruel cirujano le quemó la herida por todas partes a fin de preservarla del pasmo y de detener la sangre. Hecho todo esto se sentó junto al enfermo, el cual le preguntó de dónde era, cómo se llamaba y qué necesidad le trajo por aquel lugar en tan lamentable coyuntura. A esto le respondió el mancebo:

—Hermano, mi nombre es Titu, mi tierra es ésta. Lo demás no me lo preguntes, sino piensa en tu salud, que es lo que más te importa.

Luego se ampararon del frío como mejor pudieron y pasaron aquella noche entrambos con harto sufrimiento. Por la mañana, le dijo Titu a Killku:

—Hermano, si te parece, vamos a aquellas casas y corrales que por allí se muestran, a fin de que yo pueda atenderte mejor, y si no lo quieres hacer y esforzarte en ello, queda

en paz porque yo quiero buscar más abrigo que el que aquí tengo. A lo cual respondió Killku:

—Tu voluntad se ha de hacer en todo, porque la mía ya se acabó. Aquí y allí y en todas partes reconoceré para siempre este beneficio recibido. Mas temo que te suceda a causa mía algún daño, que por ser yo como soy de la tierra de Quito soy odiado grandemente de esta tu nación, y por esta causa sería posible matarme a mí y a ti castigarte.

—No tengas cuidado de eso —respondió Titu—, que el que a mí y a ti nos viere bien entenderá no ser nosotros la presa ni el interés de esta guerra ni la causa de ella. Esa *kusma* que dices que tienes, rica, truécala con una pobre de algunos de estos muertos, y en traje humilde estarás más seguro. No quiero preguntarte quién eres, porque quitando el agradecimiento a mi natural virtud no le atribuyas a tu mucho merecimiento. Al contrario, de buen grado te quiero servir y escogerte yo por señor, antes de que otro me tome a mí por vasallo.

Con estas palabras y otras que la coyuntura les iba ofreciendo, salieron de aquella barranca y con gran dolor y esfuerzo llegaron a una casa derruída y pobre. Allí permanecieron algunos días, sustentándose con las papas y *ullukus* y otras raíces y yerbas que Titu iba a robar de las labranzas más cercanas.

Tiempo es ya que a nuestro Killku Yupanki le saquemos de entre las manos de la miseria en que seis meses largos se había sustentado y curado, servido por la buena diligencia de su más que leal criado Titu. Bien se debe acordar el lector curioso cómo lo dejamos mal herido en una pobre y humilde casa de unos ganaderos que residían en el malhadado valle de Yanamarka, donde sucedió aquella cruel matanza entre Khishkis y Wankauki. Resta que sepamos cómo en aquel desventurado sitio se mantuvieron los dos quince o veinte días, hasta que el herido mancebo se pudo sustentar en la pierna maltratada por el golpe, y luego que sintió alguna mejoría, y de acuerdo con su leal servidor, una mañana se puso en camino hacia la población de Jatun Jauja. Era tanta la debili-

dad en que se hallaba, que en andar aquellas dos leguas gastó todo el resto del día. Llegando al pueblo se albergaron en compañía de unos pobres labradores, a quienes se daba muy poco de lo adverso o próspero de las guerras. Allí permanecieron casi seis meses, sustentados con las legumbres, yerbas y raíces que la buena diligencia de Titu le conseguía por aquellas desamparadas tierras. Y siempre traía el oído atento a las nuevas que circulaban por el lugar para dárselas a su amo Killku Yupanki, cuando eran tales que el saberlas no le podía entristecer. Allí supo de la entrada de los *Wiraquchas* y de la que Khishkis hizo en el Cuzco, y de las innumerables crueldades que allí había cometido, y de cómo en Q'asamarka tenían en prisión a Atawallpa, y de la cruel matanza que en Antamarka se había hecho con Wáskar Inka y sus hermanos, su madre y su mujer.

Habiendo salido un día Titu a la plaza que había junto a los aposentos reales, la vió ocupada por gran cantidad de gente de guerra y preguntando qué gente fuese aquella o de dónde y a qué venía, fuéle dicho que era Challkuchima, que bajaba del Cuzco con intento de ir a Q'asamarka a libertar a su rey Atawallpa, a quien tenían preso los Wiraquchas, con gran menosprecio de su autoridad y valor, y que se habían detenido allí, Challkuchima y su gente, porque dos de aquellos mensajeros del Sol habían llegado en compañía de un orejón del Cuzco y estaban altercando sobre cuál había de mandar más, si el orejón o Challkuchima. Y era verdad que así pasaba, porque llegando Hernando de Soto y Pedro del Barco a Jauja hallaron allí a Challkuchima con muy poderosas escuadras de gente armada.

A todos estos coloquios se había hallado presente el cuidadoso Titu y con toda prisa se fué a su humilde rancho y le contó por extenso a Killku Yupanki todo lo que ante él había pasado. Le contó cuán decaída andaba la causa de los Inkas y cómo ya su borla estaba en ajena cabeza. Elogió mucho la amabilidad y nobleza que había notado en aquellos dos Wi-

raquchas que en los aposentos reales estaban, y cómo le habían parecido hombres partidarios de la verdad, justicia y razón. Creía ciertamente que era verdad lo que de ellos se decía, que eran mensajeros de Tijsi Wiraqucha, y concluyó por decirle:

—Killku Yupanki, si tu salud y la mía deseas y que las miserias de ambos tengan fin, sigue en esto el parecer y consejo que yo te diere y no te será menos provechoso de lo que te ha sido mi compañía todo el tiempo que en tu servicio he estado. Las cosas de estos dos hermanos y competidores las veo muy alteradas, pues el uno está muerto y el otro no muy seguro de su vida. Estos Wiraquchas recién venidos no debemos creer que dejarán con tanta facilidad caer de sus manos tan buena presa como es la posesión de este grande y extendido imperio. Yo juzgo de ellos que tienen valor, prudencia y armas para perpetuarlo como suyo. Mi parecer es que nos vayamos a colocar bajo el amparo de este capitán que aquí está, que bien creo, sabiendo quién eres y conociendo tu mucho valor, que te hará cortesía y te dará el favor necesario para que vuelvas al puesto de donde tu fortuna te derribó. Y una vez levantado, serías ingrato —lo cual no se puede presumir de ti— si a mí no me dieses la mano para levantarme.

—Todo lo que has dicho, amigo Titu —respondió Killku Yupanki—, camino lleva, mas el de mi contento hallo cerrado con las grandes revoluciones que han sucedido; donde yo tenía puesta mi gloria y donde tantas muertes han sobrado, no habrá faltado alguna para acabar con mi vida. Déjame estar en este estado miserable, entretenido con mi ignorancia y no me saques a donde el desengaño me mate.

—Déjate de eso —respondió Titu—. Sígueme, pues de razón debes fiarte de mí —y diciendo esto le tomó por la mano y lo llevó a los aposentos de Jauja, donde hallaron al capitán Hernando de Soto, que acababa de despachar a Challkuchima de vuelta a Q'asamarka, y de ordenar a los indios que con él venían, que cada uno se fuese a su tierra y se aquietase en ella, olvidando todo alboroto de guerra.

Llegados que fueron a la posada de este capitán, pidiéronle

audiencia a solas, sin otra compañía que la del indio que llevaba por intérprete. Soto, que muy benigno y afable era, gustó de recibirlos y Titu, viendo la coyuntura como él la deseaba, comenzó a hablar de esta manera:

—Apu, verdaderamente enviado por el Tijsi Wiraqucha Pachakámaj, para reducción de nuestro destierro y reparo de nuestras caídas, si acaso entre vosotros sabéis qué cosa es amor, escucha con atento oído y tierno corazón a la más leal e infortunada criatura que hay en el mundo. Y no te impida hacer esto el vil y despreciado traje en que me ves, porque estos maltrechos paños que sobre este desfigurado mancebo estáis mirando cubren debajo de sí el más valeroso y bien nacido pecho que abarcan estos reinos. Su nombre, generación y tierra natal, de él lo sabrás. La causa de su perdición ha sido la lealtad guardada a su Príncipe. De mí —porque ya no es tiempo de callar— te digo que soy la más desdichada doncella que jamás produjo la ilustre sangre de los Inkas. Mi padre —si no me han tenido engañada— fué Wáskar Inka, con razón de todos aborrecido, y más de mí, porque me dió el ser. Por salvarme de la muerte con que los envidiosos de mi hermosura y felicidad amenazaban mi edad tierna, fuí criada por una tía mía —y mal criada, pues allí me perdí—. Viendo con mi libre mirar los ojos de éste, que ahora los tiene turbados, en una fiesta que en Sijllapanpa se hizo, siendo éste que aquí ves embajador de Atawallpa, y el amor que a entrambos hirió en un momento a entrambos atormentaba, regía y gobernaba, y como era movedor de ambos corazones, en el suyo puso encendido deseo de verme y en el mío ardiente voluntad de ser vista. Pudo esto hacerse realidad con licencia y asistencia de mi tía, y allí hablando los ojos callaban las lenguas, y con las más honestas y comedidas palabras que en un varón virtuoso y en una doncella honesta se pueden permitir, nos prometimos el uno al otro. Porque el rigor de aquellos revueltos tiempos no daba lugar a fiestas matrimoniales, dilatáronse para más cómoda coyuntura y este siervo tuyo y señor mío que delante tienes pidió a mi tía dos años de término para volver al lugar

de mi nacimiento a efectuar lo prometido. Mi tía, en mi nombre y en el suyo, le concedió tres. Con las alteraciones que de estos reinos habrás sabido hase dilatado tanto nuestra boda que ya son cumplidos cuatro años y mi deseado Killku Yupanki no ha podido alegrar mi vista con la suya alegre. Mi tía murió, y supe cómo mi padre me quería poner en manos muy ajenas a mi afecto. Entendiendo cómo las gentes de Quito, con quienes este mi señor venía, entraban victoriosos por nuestras tierras acordé salir a probar mi suerte, y poniéndome en el traje que me ves y llamándome Titu me mezclé con la gente que seguía al capitán Mayqa Yupanki que salió del Cuzco contra el victorioso Khishkis. Presente me hallé en la dolorosa matanza que se produjo en Yanamarka y, hablando la verdad, no deseé a nadie la muerte; antes con una piedad aplicada a mi remedio, entre tantas muertes buscaba mi vida, porque preguntando por el que allí me traía supe no haber salido de aquella trabada batalla y el amor que me guiaba me puso delante de mi muy deseado, que atravesado un muslo por un dardo, estaba sepultado entre los muertos. De allí lo saqué como pude, curé su herida y sustenté su persona hasta poderle traer a este lugar donde ahora estamos, y donde vine en horas dichosas, pues pude hallar en él el amparo que de ti esperamos. Ves aquí, señor, la historia de nuestras desventuras. Llega aquí el camino por donde el hado nos ha traído en medio de tanta calamidad como la que estamos padeciendo. Tú ahora, capitán valeroso, rompe el lazo con que la adversa fortuna nos tiene enlazados. Puedes más que ella, pues tu ser debe ser más que de simple mortal.

Aquí dió fin a su plática la hermosa Qori Qóyllur, y no sabré juzgar de cuál de los dos oyentes fué mayor el asombro que cayó en sus venas, pero habremos de dar la ventaja a Killku Yupanki por haber entendido mejor los trances y acaecimientos por la doncella relatados. Y así absorto y suspenso, no acertó a hablar, mientras Hernando de Soto, más sereno, dijo:

—De hoy en adelante, hermosa doncella, vivid segura de

sobresaltos que os puedan ser motivo de algún disgusto. Si mi amparo vale algo para vuestro remedio, aquí os recibo debajo de él y tomo a mi cargo lo que a vuestro contentamiento corresponde.

Killku Yupanki, ya un tanto recuperado de su asombro, dijo en breves palabras:

—Ciertamente, hermosa Qori Qóyllur, ni al amor grande que yo te he tenido y tengo se le debía menos galardón que el recibido, ni del mucho valor tuyo esperé yo menos que recibir mercedes tan grandes como las que me has hecho. No sé con qué pagártelas, ni con qué palabras encarecerlas, y así tendré por acertado decir que lo que por mí has hecho y haces a ti misma te lo debías, pues me tenías por tan tuyo cuanto yo a ti por tan mi señora —y abrazándose estrecha y amorosamente se dispusieron para seguir con mucho contento a su protector el capitán Hernando de Soto, que ya andaba preparando su partida para Q'asamarka.

Transcripción de Miguel Cabello Valboa en "Miscelánea Antártica". 1586.

LOS INKAS AJEDRECISTAS

I

ATAWALLPA

Los moros, que durante siete siglos dominaron en España, introdujeron en el país conquistado la afición al juego de ajedrez. Terminada la expulsión de los invasores por la católica reina doña Isabel, era de presumirse que con ellos desaparecerían también todos sus hábitos y distracciones; pero lejos de eso, entre los heroicos capitanes que en Granada aniquilaron el último baluarte del islamismo, había echado hondas raíces el gusto por el tablero de las sesenta y cuatro casillas o *escaques,* como en heráldica se llaman.

Pronto dejó de ser el ajedrez el juego favorito y exclusivo de los hombres de guerra, pues cundió entre las gentes de Iglesia: abades, obispos, canónigos y frailes de campanillas. Así, cuando el descubrimiento y la conquista de América fueron realidad gloriosa para España, llegó a ser como patente o pasaporte de cultura social para todo el que al Nuevo Mundo venía investido con cargo de importancia el verle mover piezas en el tablero.

El primer libro que sobre el ajedrez se imprimiera en España apareció en el primer cuarto de siglo posterior a la conquista del Perú, con el título *Invención liberal y arte de ajedrez, por Ruy López de Segovia, clérigo, vecino de la villa de Zafra,* y se imprimió en Alcalá de Henares en 1561. Ruy López

es considerado como fundador de teorías, y a poco de su aparición se tradujo el opúsculo al francés y al italiano.

El librito abundó en Lima hasta 1845, poco más o menos, en que aparecieron ejemplares de *Philidor,* y era de obligada consulta allá en los días lejanísimos de mi pubertad, así como el *Cecinarrica* para los jugadores de damas. Hoy no se encuentra en Lima, ni por un ojo de la cara, ejemplar de ninguno de los dos viejísimos textos.

Que muchos de los capitanes que acompañaron a Pizarro en la conquista, así como los gobernadores Vaca de Castro y La Gasca, y los primeros virreyes Núñez de Vela, marqués de Cañete y conde de Nieva, distrajeron sus ocios en las peripecias de una partida, no es cosa que llame la atención desde que el primer arzobispo de Lima fué vicioso en el juego de ajedrez, que hasta llegó a comprometer, por no resistirse a tributarle culto, el prestigio de las armas reales. Según Jiménez de la Espada, cuando la Audiencia encomendó a uno de sus oidores y al arzobispo don Fray Jerónimo de Loaiza la dirección de la campaña contra el caudillo revolucionario Hernández Girón, la musa popular del campamento realista zahirió la pachorra del hombre de toga y la afición del mitrado al ajedrez con este cantarcillo, pobre en rima, pero rico en verdades:

El uno jugar y el otro dormir,
¡oh qué gentil!
No comer ni apercibir,
¡oh qué gentil!
Uno ronca y otro juega...
¡y así va la brega!

Los soldados, entregados a la inercia en el campamento y desatendidos en la provisión de víveres, principiaban ya a desmoralizarse, y acaso el éxito habría favorecido a los rebeldes si la Audiencia no hubiera tomado el acuerdo de separar al oidor marmota y al arzobispo *ajedrecista.*

Se sabe, por tradición, que los capitanes Hernando de Soto, Juan de Rada, Francisco de Chaves, Blas de Atienza y el tesorero Riquelme se congregaban todas las tardes, en Cajamarca, en el departamento que sirvió de prisión al Inka Atawallpa desde el día 15 de noviembre de 1532, en que se efectuó la captura del monarca, hasta la antevíspera de su injustificable sacrificio, realizado el 29 de agosto de 1533.

Allí, para los cinco nombrados y tres o cuatro más que no se mencionan en suscintos y curiosos apuntes (que a la vista tuvimos, consignados en rancio manuscrito que existió en la antigua Biblioteca Nacional), funcionaban dos tableros, toscamente pintados, sobre la respectiva mesita de madera. Las piezas eran hechas del mismo barro que empleaban los indígenas para la fabricación de idolillos y demás objetos de alfarería aborigen, que hogaño se extraen de las *huacas*. Hasta los primeros años de la república no se conocieron en el Perú otras piezas que las de marfil, que remitían para la venta los comerciantes filipinos.

Honda preocupación abrumaría el espíritu del Inka en los dos o tres primeros meses de su cautiverio, pues aunque todas las tardes tomaba asiento junto a Hernando de Soto, su amigo y amparador, no daba señales de haberse dado cuenta de la manera como actuaban las piezas ni de los lances y accidentes del juego. Pero una tarde, en las jugadas finales de una partida empeñada entre Soto y Riquelme, hizo ademán Hernando de movilizar el caballo, y el Inka, tomándole ligeramente el brazo, le dijo en voz baja:

—No, capitán, no... ¡El castillo!

La sorpresa fué general. Hernando, después de breves segundos de meditación, puso en juego la torre, como le aconsejara Atawallpa, y pocas jugadas después sufría Riquelme inevitable *mate*.

Después de aquella tarde, y cediéndole siempre las piezas blancas en muestra de respetuosa cortesía, el capitán don Hernando de Soto invitaba al Inka a jugar una sola partida, y al cabo de

un par de meses el discípulo era ya digno del maestro. Jugaba de igual a igual.

Comentábase en los apuntes a que me he referido, que los otros ajedrecistas españoles, con excepción de Riquelme, invitaron también al Inka; pero éste se excusó siempre de aceptar, diciéndoles por medio del intérprete Felipillo:

—Yo juego muy poquito y vuesas mercedes juegan mucho.

La tradición popular asegura que el Inka no habría sido condenado a muerte si hubiera permanecido ignorante en el ajedrez. Dice el pueblo que Atawallpa pagó con la vida el *mate* que por su consejo sufriera Riquelme en memorable tarde. En el famoso consejo de veinticuatro jueces, consejo convocado por Pizarro, se impuso a Atawallpa la pena de muerte por trece votos contra once. Riquelme fué uno de los trece que suscribieron la sentencia.

II

MANCO INKA

Después del injustificable sacrificio de Atawallpa, se encaminó don Francisco Pizarro al Cuzco, en 1534, y para propiciarse el afecto de los cuzqueños declaró que no venía a quitar a los caciques sus señoríos y propiedades ni a desconocer sus preeminencias, y que castigado ya en Cajamarca con la muerte el usurpador asesino del legítimo Inka Wáskar, se proponía entregar la insignia imperial al Inka Manko, mancebo de dieciocho años, legítimo heredero de su hermano Wáskar. La coronación se efectuó con gran solemnidad, trasladándose luego Pizarro al valle de Jauja, de donde siguió al de Rímac o Pachakámaj para hacer la fundación de la capital del futuro virreinato.

No tengo para qué historiar los sucesos y causas que motivaron la ruptura de relaciones entre el Inka y los españoles acaudillados por Juan Pizarro, y, a la muerte de éste, por su hermano Hernando. Bástame apuntar que Manko se dió trazas

para huir del Cuzco y establecer su gobierno en las altiplanicies de los Andes, adonde fué siempre para los conquistadores imposible vencerlo.

En la contienda entre pizarristas y almagristas, Manko prestó a los últimos algunos servicios, y consumada la ruina y victimación de Almagro el Mozo, doce o quince de los vencidos, entre los que se contaban los capitanes Diego Méndez y Gómez Pérez, hallaron refugio al lado del Inka, que había fijado su corte en Willkapanpa.

Méndez, Pérez y cuatro o cinco más de sus compañeros de infortunio se entretenían en el juego de bolos (bochas) y en el ajedrez. El Inka *se aespañoló* (verbo de aquel siglo, equivalente a *se españolizó*) fácilmente, cobrando gran afición y aun destreza en ambos juegos, sobresaliendo como ajedrecista.

Estaba escrito que, como el Inka Atawallpa, la afición al ajedrez había de serle fatal al Inka Manko.

Una tarde hallábanse empeñados en una partida el Inka Manko y Gómez Pérez, teniendo por *mirones* a Diego Méndez y a tres caciques.

Manko hizo una jugada de *enroque* no consentida por las prácticas del juego, y Gómez Pérez le arguyó:

—Es tarde para ese *enroque,* seor fullero.

No sabemos si el Inka alcanzaría a darse cuenta de la acepción despectiva de la palabreja castellana; pero insistió en defender la que él creía correcta y válida jugada. Gómez Pérez volvió la cara hacia su paisano Diego Méndez y le dijo:

—¡Mire, capitán, con la que me sale este indio pu...erco!

Aquí cedo la palabra al cronista anónimo, cuyo manuscrito, que alcanza hasta la época del virrey Toledo, figura en el tomo VIII de *Documentos inéditos del Archivo de Indias*: "El Inka alzó entonces la mano y dióle un bofetón al español. Éste metió mano a la daga y le dió dos puñaladas, de las que luego murió. Los indios acudieron a la venganza, e hicieron pedazos a dicho matador y a cuantos españoles en aquella provincia de Willkapanpa estaban".

Varios cronistas dicen que la querella tuvo lugar en el juego de bolos; pero otros afirman que el trágico suceso fué motivado por desacuerdo en una jugada de ajedrez.

La tradición popular entre los cuzqueños es la que yo relato, apoyándome también en la autoridad del anónimo escritor del siglo XVI.

Ricardo Palma. "Tradiciones peruanas".

LOS CACIQUES SUICIDAS

La provincia de *Cotac-pampas* (llano de mineros) estaba en los tiempos del último Inka dividida en dos cacicazgos, cuyos límites marcaba la cordillera de *Acca-cata.*

El más importante de los cacicazgos era conocido con el nombre de *Yanawara,* y su vecino con el de *Cotaneras.* Aún existen, en ruinas, los dos palacios que habitaban los respectivos señores feudales.

El cacique de *Yanawara* tenía ya reunida inmensa cantidad de oro para contribuir al rescate de Atawallpa, cuando recibió la noticia de que los españoles habían dado muerte al soberano. El cacique mandó construir entonces una escalera de piedra, que le sirvió para transportar el tesoro a la empinada cueva de *Pitij;* luego hizo destruir la escala y se enterró vivo en aquella inaccesible altura.

Los naturales agregan que en ciertos aniversarios fúnebres se ve, en medio de las tinieblas de la noche, un ligero resplandor, que para ellos representa el espíritu de su cacique vagando por el espacio.

En la época de los Inkas se sacaba mucho oro de los terrenos auríferos de Cotac-pampas y es fama que en 1640 trabajaban cuatro portugueses la mina *Hierva-uma* con pingüe provecho. Una noche armóse entre ellos grave pendencia, recurrieron a las armas, murieron tres, acudió la justicia, y el portugués que quedó con vida, para no caer preso, acercó la lámpara a un barril de pólvora, cuya explosión ocasionó el derrumbe de la mina.

En el primer año de la fundación de Lima dispuso don Francisco Pizarro que se trajesen en traílla indios de los alrededores de la ciudad para que sirviesen de albañiles.

El cacique de *Wansa* y *Karanpuma* se negó tenazmente a cumplir una orden que humillaba la dignidad de los suyos; y en la imposibilidad de oponer resistencia al despótico mandato prefirió, a ser testigo del envilecimiento de sus súbditos, enterrarse en una cueva cuya boca hizo cubrir con una gran piedra labrada.

Hoy mismo, siempre que los indios de la provincia de *Waruchiri* celebran sus fiestas, llevan flores y provisiones que colocan sobre dicha piedra, y consideran el nombre del cacique como el de un genio protector de la comarca.

(Ibid.)

INKAWAQANA

No calculamos bien la jornada. El camino, desconocido para nosotros, resultó muy escabroso y empinado en muchas partes. La noche vino a sorprendernos en plena cordillera, cuando nos hallábamos bastante lejos todavía del pueblo. El cielo estaba encapotado y corría una brisa tierna y fresca, de aquellas que preceden a la lluvia. Tuvimos que desandar un poco y acogernos a una choza solitaria que se alzaba en un rellano de la montaña. Los moradores de la choza, humildes y hospitalarios, nos cedieron el estrado de adobe que tenían en la única habitación de que constaba la vivienda, con sus cueros de oveja y sus rústicas cobijas, yéndose ellos a dormir, padres e hijos, bajo un cobertizo que servía de cocina.

Llovió casi toda la noche; pero la mañana vino con un cielo límpido y una gama de lozanos verdes. Abajo, en el fondo de la quebrada, rugía embravecido el río, mientras el sol, desde la cumbre del levante, miraba la tierra como un labriego suele mirar a esa hora su floreciente heredad.

Detrás de la choza, al fondo del rellano y al pie de unas rocas, había una fuente y allí nos encaminamos a hacer nuestra ablución de la mañana. Pero vimos que los niños de la choza —tres rapaces huraños y mal vestidos— nos seguían con desasosegada curiosidad.

Nos encontramos delante de un peñón de gigantescas dimensiones. El peñón presentaba contornos muy regulares, como labrados por la mano del hombre, que hacían pensar en un palacio que hubiese sido incrustado en la masa de la montaña. Hacia el

centro se veían ciertas cisuras que dibujaban un ojo entornado casi perfecto. De ahí fluían abundantes hilos de agua a manera de lágrimas perennes y resbalaban como por una mejilla hasta un bello tazón labrado por el cincel de los siglos. El agua desbordaba del tazón en chorros cristalinos y corría por una estrecha acequia a lo largo de la montaña.

No bien notaron nuestro intento de aproximarnos al tazón, los niños lanzaron un alarido y prorrumpieron en llanto. Luego nos dijeron que aquello era *wak'a. Wak'a,* esto es, cosa sagrada. Los quechuas no profanan ni dejan profanar aquello que ellos consideran sagrado. Lo sabíamos, y fuimos a lavarnos en la acequia, un tanto lejos del tazón.

Contemplamos durante largos momentos aquella apariencia de palacio sumergido en la montaña y aquel ojo enorme que lloraba una linfa tan pura. Puesto que estábamos delante de una *wak'a,* pensamos que acerca de ella los indios sabían seguramente alguna leyenda, algún episodio relativo al pasado de su raza, mejor, de nuestra raza. Y fué así.

Cuando volvimos a la choza ya el hombre se había marchado al trabajo y la mujer estaba cocinando para los pequeños. Era evidente que alrededor de aquel peñón se contaba una leyenda. Por supuesto la mujer la sabía; pero nos costó bastante conseguir que nos hablara de ella. Los indios son reservados con los mestizos y blancos, y son así porque temen que sus cosas no tengan para nosotros el mismo significado, el mismo valor que para ellos.

De todos modos nos fué contada la leyenda, breve y patética, y es ésta:

Desde tiempos inmemoriales el peñón era conocido con el nombre de *Inkawaqana,* que quiere decir *donde se llora al Inka.* Nunca ha dejado de ser objeto de veneración y ahora mismo nadie se aproxima allí sin una ofrenda. Los hombres depositan el *akulli* o bien una pedrezuela cualquiera en una hornacina construída de piedra cerca del tazón, mientras las mujeres arrojan al agua del tazón alguna flor silvestre o alguna yerbecilla.

En tiempos remotos allí no había agua y la gente debía bajar

a proveerse de ese elemento en el río. Muy cerca, por el borde del rellano pasaba un camino por donde el Inka iba a los confines de su imperio. Un día se supo que una legión de demonios había invadido el país. Eran demonios de origen desconocido, rubios y barbudos, que andaban a horcajadas en monstruos semejantes a *wanakus* descomunales; vomitaban fuego y eran invulnerables al *champi* y al *wach'i.* Luego llegó la noticia de que el Inka fué reducido a prisión por los invasores en Q'asamarka. Vino un *apu,* delegado del Inka, con la misión de recolectar todo el oro y toda la plata que había en el lugar para el rescate del soberano. Los demonios barbudos otorgaban a estos metales un valor extraño, difícil de ser comprendido y por un pedazo peleaban entre ellos como *pumas* que se disputasen una *taruka.* El delegado del Inka desmanteló palacios y templos, barrió lavaderos y minas y todo era despachar recuas de llamas y *wanakus* cargados de oro y plata, rumbo a la lejana Q'asamarka. En este afán recorrió valles y pueblos, desde Pukuna hasta Sipisipi. Cumplida la tarea, partió conduciendo en persona una recua de *wanakus* cargados de plata y de oro. En el camino le dieron la infausta noticia de que los demonios de fuego habían dado muerte a su Señor. El *apu* cayó postrado en el sitio, implorando el dictamen del Sol y clamando venganza. Los que profanaron esta tierra y derramaron la sangre solar del Inka debían perecer todos sin remisión. Cuando el infeliz quiso levantarse los pies no le obedecieron. No se levantó más y vió que lo único que podía hacer era llorar. Lloraba todo el día y toda la noche. No sentía hambre, ni sed, ni frío, ni sueño. Sus labios maldecían a los demonios de fuego y sus ojos seguían llorando. El manto del Sol no era suficiente para enjugar tantas lágrimas y la Luna venía por las noches a llorar junto con él. Solidaria con su infortunio, Pachamama construyó para él un palacio en el seno de la montaña y le dijo:

—Acógete a este palacio, hijo mío, y llora a tu Señor hasta que perezcan los demonios que vomitan fuego.

—Al hablarle así —nos dijo la india— le hizo también in-

mortal la diosa, porque él sigue llorando y los demonios aquellos no se han marchado aún de nuestra tierra.

Cuando le hicimos caer en cuenta de que la dominación de esos demonios había terminado hace más de cien años, ella nos dijo con énfasis:

—Ellos, sí, se habrán ido; pero quedan sus herederos. De lo contrario, ¿cómo puede usted explicar que la tierra, que era nuestra, no nos haya sido devuelta hasta ahora? ¿No sabe usted que sus herederos siguen dándonos el mismo trato que los demonios de fuego dieron a nuestros mayores?

Quedamos sin palabra. Luego la india completó el relato:

—El ojo que se ve en la roca es el ojo del *apu* y los hilos de agua que caen son sus lágrimas. Pachamama hizo también inmortales a los *wanakus* del *apu*. Los animales, con sus cargas de oro y plata intactas, yerran dispersos por la cordillera y en las noches de novilunio suelen venir a beber las lágrimas de su amo. Ellos son los únicos que pueden beber del tazón sagrado.

La india nos reiteró que era evidente que los *wanakus* del *apu* aparecían por los alrededores y que había quienes los vieron. Llegó a darnos el nombre de un anciano, ya fallecido, quien había encontrado uno muy cerca del peñón en una noche de novilunio, con su carga de plata. Con el propósito de apropiarse del tesoro, el hombre habíase acercado al *wanaku* casi hasta tocarle el pescuezo; pero el animal dió un salto y echó a correr, desapareciendo entre las sombras.

Transcripción de J. Lara.

I M A

I

La ñust'a

En el trastorno que produjo la conquista entre el pueblo vencido, había venido a establecerse cerca de Potosí un descendiente de los inkas. Gozaba entre los indígenas del prestigio de su prosapia regia y poseía riqueza en vastos *cocales* y heredades en el lejano valle de *Yúkay - Urubamba,* además de otros territorios en la provincia de Porco.

El noble indio vivía en sus posesiones de un cercano valle de la Villa Imperial de Potosí, donde pasaba sus ocios rodeado de los suyos. El edificio estaba construído según el estilo quichua, con polígonos irregulares pero exactamente ajustados, sin dejar el menor intersticio entre piedra y piedra, con puertas cuya base era más ancha que su parte superior, con aposentos aislados y sin comunicación unos con otros y sólo puertas al gran patio. El techo era de madera y paja, pero en los adornos interiores se veía el lujo en la pedrería, en los finos tejidos de vivos colores y en el traje especial con que vestía el descendiente por línea transversal de los antiguos dominadores del Perú. En esta antigua posesión de los incas vivía a la sazón *Ima,* cuyo nombre recordaba una de sus antecesoras: era *ñust'a* en su calidad de noble y de soltera.

Ima vestía generalmente a la usanza de la familia imperial, con los mismos tejidos de vicuña y los vivos colores de sus telas. Poseía esmeraldas preciosas y la vajilla de su casa era de

plata y oro. Estaba en la plenitud de la belleza física; la pubertad se mostraba en el hermoso desarrollo de sus formas. Su mirada penetrante e inquieta parecía reflejar la transparente atmósfera del cielo más despejado. Era esbelta y voluptuosa en el andar, y su actitud siempre provocativa y natural. Tipo codiciado por el ojo lujurioso del conquistador español.

Conocía el rito católico por haber sido educada bajo la dirección de un español ilustrado, de los pocos que venían entonces a las Indias y a quien con largueza pagaba el cacique. Esta enseñanza le había hecho cultivar con lucidez su inteligencia. De imaginación viva, era extrema en sus pasiones, voluntariosa con exceso, orgullosa con la descendencia de los Incas, cuyas tradiciones conservaba como un legado precioso. Había alcanzado esa edad peligrosa en que el alma se agita y los sentidos se conmueven por desconocidas voluptuosidades: su vida ociosa y las excursiones que de cuando en cuando hacía a la Villa Imperial, habían dado a sus vagos deseos un carácter más pronunciado, de acuerdo con su temperamento nervioso.

Ima era ágil, dispuesta a los ejercicios corporales y a las contemplaciones estáticas de su ardiente imaginación. Bailaba con donaire las indígenas danzas y tenía frescos en la memoria los versos de los *yarawikus* o rapsodistas, en los que cantaban hiperbólicas alabanzas a los incas vencedores. Sus creencias religiosas eran una mezcla del catolicismo con las tradiciones quichuas y el culto del Sol, que frecuentemente le explicaba su padre en sus largas conversaciones. Espíritu penetrante y sagaz, ante los indígenas mostrábase como conservadora fiel de las tradiciones de su raza, y ante los cristianos se dejaba llevar por la pompa del culto.

La *cacica,* así llamada por los unos, la noble indígena por los más, era una criatura en cuyo corazón germinaban latentes pasiones que podían llegar hasta la crueldad, siendo desgraciadas. La esclavitud de los aborígenes y la subalterna posición de su padre cuadraban mal con su orgullo y soñaba en sus delirios, en mejores días, y en la resurrección del demonio de los incas.

Cuando en las veladas del estío, a la pálida claridad de la luna, la esposa y hermana del sol según las tradiciones incas, su padre le refería lo que él había oído al suyo sobre la santa ciudad del Cuzco, sobre el magníficamente espléndido templo de *Qorikancha,* que "materialmente era una mina de oro"; cuando su padre, blanco ya el cabello, le describía así ese templo: "En el frente de Occidente, estaba figurada una gran cara humana rodeada de rayos de luz, a la manera que vemos al sol, ese gran luminar. Inmensas eran las proporciones de esa cara, que se ostentaba sobre una bruñida y gruesa lámina de oro cuajada de esmeraldas y piedras preciosas: allí, cuando por las montañas del este se levantaba el sol, en la sagrada ciudad del Cuzco, sus primeros rayos venían a acariciar a nuestro dios, alumbrando toda la habitación con una refulgencia que parecía sobrenatural"; pues que, como tú sabes, hija mía, le decía, el oro simboliza las lágrimas del sol. ¡Qué magnificencia! y ¡cuán felices éramos! ¡Pero, entonces, Ima, el oro era reservado para los incas y para nuestro culto; mientras que ahora, alma mía, ya ves cómo están apiñados al pie de Potosí esos blancos sedientos de ese metal que es nuestro, que es de nuestro sol!... ¡Ima! ¡Odia profundamente y sin piedad a esa raza!

Cuando después le describía la residencia de Yúkay, donde iba el Inka a bañarse en el agua que corría por caños de plata y se derramaba en tinas de oro; cuando le refería aquellos paseos regios en que el Inka iba conducido en su litera de oro por los magníficos caminos que comunicaban unas provincias con otras y que las poblaciones agradecidas cubrían de flores, y en sus estrepitosos vítores asustaban hasta las aves del cielo que caían asombradas; cuando le recordaba con voz enternecida la situación de aquellas poblaciones entonando en sus labores sus cantos populares, *agradables y dulces;* cuando le contaba la historia de aquellos tiempos, "épocas pasadas en que se deslizaba tranquila la existencia bajo el cetro de los Inkas": entonces la pobre Ima derramaba amargas lágrimas y dirigía una tiernísima plegaria a la luna, deidad que después del sol adoraban los incas. Olvidábase del catolicismo, y levantábase en

su espíritu el deseo de ver renacer aquellos días de suprema felicidad, comparados con la amarga y desmoralizadora servidumbre de la conquista.

¡Pobre raza! ¡Pobres indios!

La ñust'a lloraba en aquellas largas veladas: lloraba por su soledad, lloraba por las angustias de los indios de la *mita,* devorados materialmente por los trabajos de las minas, lloraba al ver cómo eran profanados los blancos cabellos de su padre, noble *inka,* por aquellos aventureros, cubiertos de espléndidos vestidos y bruñidas armaduras, y sin embargo —¡tan hermosos! ¡tan gallardos!— se decía a sí misma.

La indígena era de aquellos seres que dan la vida o la muerte; su amor podía ser el paraíso o el infierno; no había término medio en su carácter.

Su padre la contemplaba con el suave cariño del anciano, y los quichuas le tributaban el sumiso homenaje como a la descendiente de los incas.

II

El encuentro

Celebrábase en Potosí una de sas fiestas fabulosamente suntuosas de la época medieval. Después de quince días de ceremonias religiosas, la población iba a entregarse a mundanas alegrías.

Para dar más realce a las fiestas, empezaron por ocho comedias, cuatro que debían representar los aborígenes, y las demás los conquistadores. Ima concurrió a la fiesta con su traje especial y los peculiares distintivos de su estirpe, realzado empero por bordados de oro y plata y magníficas esmeraldas. Ima hablaba el idioma de los incas, rasgo que distinguía la nobleza del resto de la nación, y que le daba un carácter sagrado y peculiar.

La *ñust'a* fué entre los *nobles indios* la más codiciada virgen.

La vió por primera vez un hidalgo español, minero poderoso que reunía a su elevada jerarquía su inmensa fortuna y la gallardía de su persona. Sanguíneo —bilioso según su constitución—, la sensualidad lo dominaba, y ante una mujer voluptuosa perdía la calma. Varias ruidosas intrigas le habían dado la fama de peligroso y temido como galanteador de oficio. Dado a los goces materiales no buscaba sino la satisfacción de los sentidos; altivo, era exigente y tiránico con sus damas, toda resistencia irritaba su carácter.

Ima encendió en su corazón uno de esos deseos ardientes que nacen del magnetismo misterioso de la mirada; ella también le amó a su pesar, olvidó las promesas hechas a su padre y el odio que tenía en general a los conquistadores; pero ese odio nacional no era bastante para odiar también al individuo. Sintió por primera vez latir su corazón por desconocidas emociones y quedó pensativa y melancólica.

Aquella espontaneidad en la pasión, aquella vehemencia en el deseo, fué exaltada hasta el exceso, con la gracia, la coquetería instintiva de la indígena, y el prestigio que rodeaba a la hermosa descendiente de los incas. No se habían hablado aún y ambos se comprendieron.

El hidalgo siguió con la mirada a Ima y esperaba el término de las representaciones para tener oportunidad de galantearla: él había aprendido la lengua general del Perú lo bastante para hacerse comprender; ella hablaba el español tanto cuanto era preciso para una conversación.

La *ñust'a* y el hidalgo se hablaron y se amaron: aquélla, con la inocente buena fe de la inexperiencia del primer amor, con la ingenuidad y el desinterés de esa edad de ilusiones, buscando sólo la felicidad de su bien amado, si bien acusándose en su conciencia de faltar a los deberes de su estirpe. Él, que sentía una pasión menos seria, pero más perspicaz y sensual que el amor de la indígena, sólo buscaba la belleza física, el placer.

De aquel encuentro nacieron los amores, de los amores la seducción, e Ima perdió su honra impremeditadamente; porque

amando mucho, no alcanzaba a vislumbrar los peligros de las frecuentes citas que el orgulloso amante le exigía.

La pasión de Ima había modificado su carácter, estaba triste, ya no corría en los bosques ni bailaba: deseaba la soledad, huía sin querer del lado de su padre; su mirada estaba lánguida, menos cuando sentía la voz de su muy amado, que entonces se animaba su rostro y encendíanse sus ojos. Sorda al deber, no atendía los benévolos consejos de su anciano padre, y sólo obedecía ciega y sin reserva la indomable voluntad del castellano.

El noble inca notaba la tristeza de su hija, pero estaba distante de sospechar la causa y el origen, que él atribuía a los males de la conquista.

Mucho tiempo transcurrió así. Estas ilegítimas relaciones no fueron adivinadas por nadie, porque Ima no fué madre.

III

El amante

El hidalgo, de sentimientos volubles y habituado a la galantería que había llegado en él hasta el libertinaje, se hastió al fin de los amores de la pobre indígena y empezó a ser menos asiduo en sus citas. Ella comprendió la creciente frialdad de su amado, y la incertidumbre amargó pronto su corazón.

Ima empezó a languidecer, padecía insomnios, su voz se hizo quejumbrosa, y más agrio su carácter.

El anciano echó de ver bien pronto la enfermedad alarmante de su hija, pero ¿qué médico cura esos dolores del alma? El mal de su hija no tenía remedio.

El hidalgo emprendió nuevas galanterías y ruidosos amores. Ella lo supo y los celos se convirtieron en una pasión lúgubre y feroz. Quiso retener a su amante y perseguíalo como una sombra. El estaba desesperado, y huía de ella que le acosaba con sus caricias, le recordaba los días felices de sus amores,

le repetía tanto y tanto que le amaba, que él no sabía cómo poner una barrera entre los dos. Como en este amor no había otro fundamento por parte del mancebo sino la hermosura de la india, después de la posesión nació la indiferencia, y la saciedad del placer produjo el fastidio.

Al fin se resolvió a contraer matrimonio con una distinguida dama de la Villa Imperial, para buscar en el hogar doméstico la tranquilidad y la calma y romper así las tradiciones de su vida de libertinaje y de excesos.

La *ñust'a* quedó aterrada cuando conoció esta resolución: era tarde, el matrimonio había sido celebrado ya, y la terrible y pesada cadena de la indisolubilidad había puesto un abismo entre ella y su antiguo amante. Sólo la muerte podía restituirles, la libertad a él, la esperanza a ella.

La deshonra de la *ñust'a* quedó así consumada y sin que hubiese lugar a la reparación.

El anciano y noble indígena murió al fin, dejando a su hija devorada por una enfermedad cuyas causas morales él no comprendió, pero que temía terminase por locura.

Ima resolvió vengarse entonces.

Fija en esta idea llamó a sus indios y bajo el pretexto de ofensas a su raza, exigió su cooperación para un castigo: ellos la ofrecieron hasta el martirio, porque creyeron que una noble inca era incapaz de cometer un crimen.

Hizo preparar el veneno vegetal más activo que se conocía, producido por el zumo de una hierba. Después por medio de los indios al servicio del *viracocha,* les mandó le propinasen el brebaje en la forma y modo que indicó.

En el estado de esclavitud en que se encontraban los aborígenes, no esquivaban la venganza como único alivio a su largo sufrimiento. El prestigio de los Inkas aún vivía en la memoria de su nación, y los *kurakas* y sus familias ejercían la autoridad omnímodamente sobre sus pueblos o parcialidades.

Por esto Ima encontró leal y decidida ayuda en los indios para esta venganza, que ellos creían no ser un crimen sino un

sistema duro y terrible para deshacerse de sus dominadores y recuperar su libertad, sus leyes, sus usos y sus monarcas.

Segura de la fidelidad de los indios, esperó tranquila su venganza.

IV

Venganza

El castellano fué envenenado, y como era práctica entonces, se enterró su cadáver en una de las iglesias de Potosí, precisamente en la Matriz, que estaba ya concluída. Nadie sospechó que se hubiese perpetrado un homicidio y se atribuyó a una enfermedad desconocida y rápida la muerte del hidalgo.

Sin embargo, los celos de Ima no se calmaron. La venganza debía ir más allá. Aquella mañana ella misma vió enterrar el cadáver y marcó el sitio colocando un clavo sobre la sepultura. Desde aquella noche se vieron fantasmas rondar el templo en lúgubres citas.

La ñust'a quería exhumar el cadáver y arrancarle el corazón con un puñal de que iba armada. Pero a pesar de la señal no dió con la sepultura. Varias noches consecutivas repitió la operación, mientras sus indios envueltos en blancos sudarios y bien armados, cuidaban la puerta de la iglesia como centinelas del crimen. El clavo colocado por la mañana desaparecía misteriosamente por la noche, y así no se consumaba la profanación de los muertos, esa feroz venganza de ultratumba.

Alarmado al fin un sacerdote despreocupado e inteligente de los rumores que en el pueblo circulaban sobre los fantasmas y apariciones de las almas en la Matriz, resolvió permanecer personalmente y oculto dentro de la misma iglesia. En efecto, aquella noche volvió la indígena dominada por su monomanía y con la extraviada mirada de los locos, las manos rígidas y el corazón ardiendo de venganza, empezó a recorrer el templo, buscando el clavo sobre la sepultura de su infiel

amante. ¡El clavo no estaba! Pero la mano del sacerdote detuvo a aquella criatura desgraciada, que había perdido la razón. Los indios que guardaban la entrada del templo se retiraban balbuceando en quichua juramentos que aplazaban la terrible venganza de su raza.

V

El amor desgraciado de la *ñust'a* extravió su razón y la condujo hasta el crimen: su amante envenenado por sus celos fué víctima de sus propios excesos y de su deslealtad.

¡La inocente niña en quien despertó una pasión vehemente, a la que robó su honra y su tranquilidad, para abandonarla después al roedor tormento de los celos, llegó en su desesperación hasta el crimen y murió al fin loca!

Los indígenas no explicaron jamás la causa de la locura de la *ñust'a* y en los delirios de su servidumbre pedían al gran *Pachakámaj* castigase a los blancos que robaban hasta la razón de las pobres indias, hijas del sol y descendientes de los inkas.

Vicente G. Quesada. 1865 ("Tradiciones Potosinas" de Modesto Omiste).

EL PUENTE DEL DIABLO

En el trayecto que va de Oruro a Potosí existe un cantón que lleva el nombre de *Yoqalla,* palabra quechua que se emplea en cierto sentido despectivo y que quiere decir adolescente. Como muchos cantones bolivianos, este pueblecillo no consta más que de una calle a cuyos flancos se apeñuscan humildes y chatas casitas con muros enjalbegados y techos de paja brava. La calle está además asentada en una profunda y áspera quebrada cordillerana conocida con el mismo nombre de *Yoqalla.* Por el fondo de la quebrada corre un río torrentoso que lleva también el nombre de *Yoqalla,* el cual, según los geógrafos bolivianos, es la cabecera del río Pilcomayo.

Desde tiempos muy antiguos, desde los coloniales o quizás desde mucho antes, Yoqalla está unido a Potosí y otros centros importantes del país mediante un camino que en nuestros días se halla todavía transitado. En las inmediaciones del pueblo el camino atraviesa el río por un puente de cal y canto. Es una obra maestra de ingeniería, en la que los constructores utilizaron sillares de grandes dimensiones. "En la parte más angosta —escribe Julio Lucas Jaimes— se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiva parece lanzada del espacio por la mano de los titanes. Es tan alto, tan gallardo, tan majestuoso y tan atrevido, que no parece fabricado por humanas fuerzas".

Un pormenor notable ofrece el puente. Al centro mismo del arco se ve un hueco enorme del que falta un bloque, un hueco cuya razón de ser es de difícil explicación para el viajero.

El vocablo *Yoqalla* es muy raro y sugestivo como nombre de lugar en Bolivia y este pueblo lo lleva desde tiempos immemoriales. Por otra parte, no hay memoria de la época en que fué construído el puente. Tan antiguo como éste parece también el hueco que existe al centro del arco.

El origen desconocido del puente, el hueco que el arco presenta y el nombre con que se conocen el pueblo y la quebrada, dieron lugar a la creación de una leyenda que cuenta todavía el pueblo y que ha sido recogida por varios escritores nacionales.

En el pueblo de Yoqalla vivía Kallka, indio de 24 años, apuesto, perspicaz y querido por todos. Era muy animoso para el trabajo; pero los frutos de su esfuerzo sólo beneficiaban, como por lo general ocurría en aquellos tiempos, al amo español; por consiguiente el muchacho vivía en una choza muy pobre y no poseía muebles ni ganado.

Allí mismo vivía un *kuraka* poseedor de algunos bienes. En la medida que los españoles les permitían a los jerarcas indígenas, éste disponía de unas cuantas yugadas de tierra, amén de unos centenares de ovejas y algunas yuntas de bueyes. Lo suficiente para soslayar la miseria, caminar con la cabeza erguida y mantener la autoridad necesaria sobre los demás, infelices tributarios. Pero ante todo el *kuraka* era padre de una doncella en quien parecían resumirse todos los atributos de la belleza. No había en el pueblo una muchacha que pudiera ser propuesta en emulación con ella. En un rostro de puras y encantadoras facciones lucían dos ojos grandes, de profundo mirar, cercados de largas y enarcadas pestañas, que parecían refulgir como dos luceros. Por sus ojos la llamaban *Ch'aska,* nombre quechua del lucero de la mañana. Su cuerpo era bien formado, de senos rotundos, caderas torneadas y hombros de seductora morbidez.

La doncella no tenía más que dieciséis años y casi no había en los contornos joven que no la codiciase. Sus adoradores se contaban por docenas; pero ella era recatada y poco afecta al coqueteo; de ahí que ninguno tuvo motivo para alimentar

una esperanza. Sin embargo la joven no se portó de la misma manera con Kallka, quien se había enamorado de ella con una pasión dispuesta a todo, menos a aceptar el desaire. Ambos llegaron a amarse. Se amaban con la misma fuerza y resolvieron casarse.

El *kuraka,* hombre de jerarquía y tenido por noble, era al mismo tiempo temido por su altivez y por el cuidado que ponía en mantenerse a cierta distancia de los suyos. Los pobres —todos en el pueblo lo eran— no tenían acceso a su casa y a sus fiestas sólo acudían algunos mestizos acomodados, cuando no los españoles de los pueblos vecinos.

El amor allanó los obstáculos del temor y Kallka se presentó un día en la casa, decidido a solicitar la mano de Ch'aska. Cuando, trémulo de emoción, formuló su demanda, el *kuraka* asumió un aire henchido de arrogancia y con acento burlón le dijo:

—Tú no eres más que un buen *yoqalla.* Dicen que eres inteligente y capaz en el trabajo; pero no tienes nada, ni tierra ni ganado. ¿Qué le darías de vestir y de comer a mi hija? Mi hija es de abolengo, y goza de comodidades en mi casa y sólo podrá casarse con quien posea fortuna y dé al hogar lustre y valimiento.

—Concédeme, señor— respondió Kallka con acento firme—, un año de plazo. En ese tiempo alcanzaré la fortuna y la jerarquía que exiges. Estoy seguro de que conseguiré hacerme digno de tu hija. Si no lo consigo, podrás disponer libremente de ella.

Sin más, Kallka abandonó el pueblo y su paradero no pudo ser conocido hasta el vencimiento del plazo.

La bella enamorada quedó, de tácito acuerdo con el novio, dispuesta a sobrellevar las amarguras de la separación con toda fidelidad y entereza. Sin embargo el sufrimiento era superior a sus fuerzas y no había dique capaz de contener al caudal de sus lágrimas. Y esto porque, tan pronto como se supo lo sucedido con Kallka, comenzaron nuevamente los enamorados a asediarla con sus pretensiones, resuelto cada uno a apoderarse

del corazón de la joven. Entre estos pretendientes hallábase el hijo del alcalde, muchacho bien considerado que gracias a la jerarquía de su padre había obtenido el privilegio de aprender a leer y escribir. Este era, en opinión de los padres, el único que merecía ser tomado por yerno, tanto por su linaje como por los bienes que iba a heredar tarde o temprano. Sin embargo, el *kuraka* era hombre de palabra como todos los indios y no olvidaba el compromiso que había contraído con Kallka. Pero el compromiso no era tampoco un óbice para que el jerarca le cerrase las puertas al nuevo galán. Todo lo contrario. Requería la presencia del muchacho en la casa con uno y otro pretexto y favorecía los encuentros de él con su hija, pese a que ella no le miró jamás ni con buenos ni con malos ojos. Y era que el *kuraka* se sentía seguro de que Kallka fallaría al pacto, pues no había tradición de que alguna vez un indio se hubiese enriquecido en un año, ni en diez, ni en veinte. Entonces, cuando el alcalde le habló de los propósitos matrimoniales de su hijo, él se mostró de acuerdo, aún sin el consentimiento de Ch'aska, para celebrar la boda después de la expiración del plazo.

Los meses iban siendo contados ansiosamente por unos y otros. Por Ch'aska, con la esperanza de que al final del duodécimo mes le vería llegar a su prometido, cargado de honra y dinero. Por el *kuraka* y el alcalde, con la seguridad de que Kallka no se haría presente ni el último día del plazo ni después. De ahí que, cuando empezó a correr el último mes, los padres de los novios se entregaron de lleno a los preparativos de la boda.

Entre tanto, es oportuno saber que Kallka se había ido a trabajar en unos yacimientos de sal que por entonces explotaba el español Garci-Mendoza, a unas treinta leguas al poniente de Yoqalla.

Por el tesón y el empuje que mostraba en el trabajo, así como por su honradez y cierto don de mando que aparecía innato en él, fué ganando rápidamente fortuna y posición. Tanto, que a los once meses de haber llegado a las salinas, nuestro joven

recibió con todos los honores el título y las insignias de *kuraka.* De modo que antes de los doce meses convenidos con el padre de su prometida, Kallka estaba en condiciones de volver al pueblo, con las faltriqueras repletas de dinero y empuñando con toda dignidad un bastón taraceado con numerosos y anchos anillos de oro y plata. Pero inconvenientes de uno y otro género impidieron que el mozo emprendiera con la debida anticipación el viaje de retorno a su pueblo.

Era la estación lluviosa del año. Tempestades consecutivas pusieron poco menos que intransitables los caminos. Kallka tuvo que vencer barrancos llenos de agua, lodazales pegajosos y cuestas ásperas y resbaladizas donde se hacía imposible apresurar la marcha. Con todo, caminando día y noche y sin descanso el hombre pudo llegar al río de Yoqalla la víspera del día en que el *kuraka* habría de dar por fenecido el plazo. Empero, como consecuencia de las continuas lluvias, el río se había cargado en tal forma que era difícil que un mortal, por audaz que fuera, se propusiese tentar el vado.

De ordinario, cuando el río estaba de avenida, la gente no debía hacer otra cosa que esperar unas horas hasta que el agua mermase. Entonces el vado no ofrecía ninguna dificultad. Pero ahora la situación era del todo diferente. Kallka no había visto nunca aquí un caudal como éste. Era una monstruosa y desconcertante vorágine. El agua se encrespaba en oleadas frenéticas que golpeaban los flancos como látigos implacables y por su tumultuoso lomo pasaban veloces troncos de árboles descuajados y cadáveres de animales. Para completar el cuadro, seguía lloviendo y la lluvia arreciaba por grados.

Kallka nunca se había visto en una situación tan apremiante, ni siquiera el día en que, habiendo ido a pedir la mano de Ch'aska, fuera objeto de aquel trato burlesco del *kuraka.* Ahora, con un engalanado bastón de *kuraka* en la mano y una cantidad de plata suficiente para comprar una docena de yuntas y llenar de ovejas un aprisco entero, veíase en una situación que parecía no tener remedio. Y pensar que al otro lado, a un paso de la orilla, estaba la hermosa Ch'aska esperando ansiosa

verle llegar de un momento a otro. Y pensar que su amor alimentado con tanto fervor, con tantas vicisitudes y tanto sufrimiento tuviese que perecer aquí, en esta orilla, nada más que por obra y gracia de este río perverso que por lo visto habíase cargado tan sólo por destruir la felicidad de dos pobres enamorados.

Instintivamente Kallka se puso a llamar en su auxilio a los santos de su devoción con sus más férvidas y persuasivas plegarias. Les pedía que mandasen que cesara la lluvia y que mermara la avenida hasta que el río se hiciese vadeable. Pero, mientras más tiempo transcurría, era más tempestuosa la lluvia y más aterrador el ímpetu de la corriente.

Vino la noche y no había la más remota esperanza de verse en la otra orilla. Los látigos del rayo zigzagueaban sin cesar sobre el oscuro lomo de los montes, mientras recias cataratas de agua se desplomaban por doquier.

Kallka dejó de rezar para sumergirse en una larga meditación. Luego decidió renunciar a los santos para recurrir a los genios del infierno. "Ya que los santos —se dijo— no atienden mis plegarias, vendrá en mi ayuda el demonio".

No había hecho más que pensarlo, y ya una mano ardiente, como de fuego y con cierto olor a azufre, se le posó por la espalda en el hombro. Era el demonio.

—Aquí me tienes —le dijo—. Haré lo que me pidas. Pero después me entregarás tu alma.

Kallka le expuso su situación y le pidió que de inmediato construyera un puente sobre el río. Discutieron el convenio y quedaron en que el puente debía estar acabado antes de que cantara el gallo, en cuyo caso el alma del joven pasaría a ser propiedad del demonio; de lo contrario, el pacto se anularía por sí solo. El demonio, contaminado por jueces y leguleyos en su frecuente trato con ellos, se apresuró a redactar un contrato y lo firmó. Kallka, que no sabía escribir, se limitó a dibujar con su sangre como rúbrica una cruz.

Contento del negocio que hacía, el demonio puso manos a la obra. En contadas horas removió casi toda la montaña, labró

los sillares, batió la argamasa y con increíble presteza fué levantando los cimientos y luego los arcos del puente. Entre tanto, Kallka meditaba en los alcances del pacto y comprendía que su alma se perdía irremisiblemente. No tardaría el puente en quedar concluído y expedito; podría él atravesarlo y presentarse en casa del *kuraka* para exigirle el cumplimiento del compromiso. Sabía que Ch'aska le esperaba tan fiel y enamorada como siempre. Sin duda se casaría con ella. Pero ya no era dueño de su alma. Su alma era propiedad del demonio y tarde o temprano iría a caer en los terribles antros infernales. Se le apoderó un miedo incontenible y cayó de rodillas implorándole protección al primer paladín celestial que acudió a su memoria y que no era otro que el arcángel San Miguel.

El puente iba a ser terminado. No quedaba sino un hueco que requería un bloque de considerables dimensiones. Afanoso y seguro de sí mismo el demonio escogió un pedrón apropiado y se puso a labrarlo. Luego lo fué a levantar, pero sus fuerzas resultaron pequeñas; el sillar no se movió. Estuvo forcejeando mucho rato, infructuosamente. Era que el arcángel se había subido encima. Después buscó otro bloque, con el cual le sucedió el mismo percance. Y lo mismo con otro y con otro. El demonio trabajaba con un tesón desesperado; mas los pedrones que labraba quedábanse en el sitio, inamovibles. Por último consiguió darle vuelta a uno y lo estaba empujando hacia el punto que debía ocupar, cuando en eso se oyó lejano, pero rotundo el canto del gallo.

Kallka sintióse dueño de su alma y tenía el puente expedito. El demonio, como los jueces y leguleyos, quiso hacerle pleito, alegando que el gallo había cantado lejos y no en el lugar. Pero en seguida, al ponerse a examinar el documento, descubrió la cruz como firma de Kallka y con esto reventó como un petardo y sembrando rayos y truenos en el espacio cayó de cabeza en el infierno.

Aquel día, el pueblo amaneció de fiesta. Presionado por el alcalde, el *kuraka* había dispuesto la boda de su hija para el día mismo en que expiraba el plazo. Los invitados y los curio-

sos, casi todo el pueblo, se prepararon desde muy temprano, porque la ceremonia debía celebrarse durante la primera misa del día. En la casa de la novia había un movimiento inusitado. Se alistaban los cántaros de chicha, se guisaban los manjares y, ante todo, se engalanaba la cámara nupcial. Sólo Ch'aska no estaba contenta. De tanto llorar enrojecidos los ojos y marchito el semblante, admitió que la peinaran y vistieran sólo cuando el padre comenzó a perder la paciencia.

El cortejo encaminóse al templo. Ch'aska se sentía desfallecer y con todas sus fuerzas se sujetaba del brazo de su padre para no desplomarse. El sacerdote, al entregarla por esposa a un hombre a quien no quería, iba a consagrar su eterna desgracia. Tampoco iba muy feliz el novio, que nunca había podido conseguir de ella ni una sonrisa, ni una mirada de ternura, menos una dulce palabra.

Llegaron al templo. En medio de un círculo de compacta muchedumbre, el sacerdote colocó lado a lado a los novios y comenzó con los latines. Fué en este preciso momento que se produjo un extraño alboroto entre los concurrentes. Sonó el nombre de Kallka y con el consiguiente asombro de todos se presentó el joven a reclamar sus derechos de prioridad y, ante todo, el respeto a los fueros del amor. El *kuraka* y el alcalde enmudecieron, el novio defraudado no supo por dónde huir y el sacerdote no tuvo otro remedio que reconocer el imperio del legítimo amor y bendecir la unión de Ch'aska la hermosa y Kallka, pobre *yoqalla* ayer y hoy dueño de un engalanado bastón de *kuraka.*

Nueva transcripción de J. Lara.

EL MANCHAY-PUITO

(Versión peruana)

I

No sabré decir con fijeza en qué año del pasado siglo era cura de Yanakiwa, en la doctrina de Andaray, perteneciente a la diócesis del Cuzco, el doctor don Gaspar de Angulo y Valdivieso; pero sí diré que el señor cura era un buen pastor, que no esquilmaba mucho a sus ovejas, y que su reputación de sabio iba a la par de su moralidad. Rodeado siempre de infolios con pasta de pergamino, disfrutaba de una fama de hombre de ciencia, tal como no se reconoció entonces sino en gente que peinara canas. Gran latinista y consumado teólogo, el obispo y su Cabildo no desperdiciaban ocasión de consultarlo en los casos difíciles, y su dictamen era casi siempre acatado.

El doctor Angulo y Valdivieso vivía en la casa parroquial, acompañado del sacristán y un *pongo* o muchacho de servicio. Su mesa rayaba en frugal y por lo que atañe al cumplimiento de los sagrados deberes de su ministerio, daba ejemplo a todos sus compañeros de la diócesis.

Aunque sólo contaba treinta y cuatro años de edad y era de bello rostro, vigoroso de cuerpo, hábil músico e insinuante y simpático en la conversación, nunca había dado pábulo a la maledicencia ni escandalizado a los feligreses con un pecadillo venial de esos que un faldellín de bandera, vestido por cuerpo de buena moza, ha hecho y hace aún cometer a más de cuatro ministros del altar. El estudio absorbía por completo el alma y los sentidos del cura de Yanakiwa, y así por esta circuns-

tancia como por la benevolencia de su carácter era la idolatría de la parroquia.

Pero llegó un día fatal, probablemente el día de San Bartolomé, en que el diablo anda suelto y tentando al prójimo. Una linda muchacha de veinte pascuas muy floridas, con una boquita como un azucarillo, y unos ojos como el lucero del alba, y una sonrisita de *Gloria in excelsis Deo,* y una cintura cenceña, y un piececito como el de la emperatriz de la Gran China, y un todo más revolucionario que el Congreso, se atravesó en el camino del doctor Angulo, y desde ese instante anduvo con la cabeza a pájaros y hecho un memo. Anita Sielles, que así se llamaba la doncella, lo traía hechizado. El pastor de almas empezó a desatender el rebaño, y los libros allí se estaban sin abrir y cubiertos de polvo y telarañas.

Decididamente el cuerpo le pedía jarana... y, ¡vamos!, no todo ha de ser rigor. Alguna vez se le ha de dar gusto al pobrecito sin que raye en vicioso; que *ni un dedo hace manco ni una golondrina verano.*

Y es el caso que como amor busca correspondencia, y el platonicismo es manjar de poetas melenudos y de muchachas desmelenadas, el doctor Angulo no se anduvo con muchos dibujos, y fuése a Anita y la cantó de firme y al oído la letanía de Cupido. Y tengo para mí que la tal letanía debió llegar al pericardio del corazón y a las entretelas del alma, porque la muchacha abandonó una noche el hogar materno y fuese a hacer las delicias de la casa parroquial, con no poca murmuración de las envidiosas comadres del pueblo.

Medio año llevaban ya los amantes de arrullos amorosos, cuando el doctor Angulo recibió una mañana carta en que se exigía su presencia en Arequipa para realizar la venta de un fundo que en esa ciudad poseía. Fiarse de apoderados era, amén de pérdidas de tiempo y de tener que soportar embustes, socaliñas y trabacuentas, exponerse a no recibir un cuarto. Nuestro cura se dijo:

Al agua patos,
no se coman el grano los gurrupatos.

La despedida fué de lo más romántico que cabe. No se habría dicho sino que el señor cura iba de viaje al fabuloso país de la Canela.

Dos semanas era el tiempo mayor que debía durar la ausencia. Hubo llanto y soponcio y... ¡qué sé yo! Allá lo sabrán los que alguna vez se han despedido de una querida.

El doctor Angulo entró en Arequipa con ventura, porque todo fué para él llegar y besar. En un par de días terminó sin gran fatiga el asunto, y después de emplear algún dinerillo en arracadas de brillantes, gargantillas de perlas, vestidos y otras frioleras para emperejilar a su sultana, enfrenó la mula, calzóse espuelas y volvió grupa camino de Yanakiwa.

Iba nuestro enamorado tragándose leguas, y hallábase ya dos jornadas distante del curato, cuando le salió al encuentro un indio y puso en sus manos este lacónico billete:

"¡Ven! El cielo o el infierno quieren separarnos. Mi alma está triste y mi cuerpo desfallece. ¡Me muero! ¡Ven, amado mío! Tengo sed de un último beso".

II

Al otro día, a la puesta del sol, se apeaba el doctor Angulo en el patio de la casa parroquial, gritando como un frenético:

—¡Ana! ¡Ana mía!

Pero Dios había dispuesto que el infeliz no escuchase la voz de la mujer amada.

Hacía pocas horas que el cadáver de Ana había sido sepultado en la iglesia.

Don Gaspar se dejó caer sobre una silla y se entregó a un dolor mudo. No exhaló una imprecación, ni una lágrima se desprendió de sus ojos.

Esos dolores silenciosos son insondables como el abismo.

Parecía que su sensibilidad había muerto, y que Ana se había llevado su alma.

Pero cerrada la noche, y cuando todo el pueblo estaba entregado al reposo, abrió una puertecilla que comunicaba con la

sacristía del templo, penetró en él con una linterna en la mano, tomó un azadón, dirigióse a la fosa y removió la tierra.

¡Profanación! El cadáver de Ana quedó en breve sobre la superficie. Don Gaspar lo cogió entre sus brazos, lo llevó a su cuarto, lo cubrió de besos, rasgó la mortaja, lo vistió con un traje de raso carmesí, echóle al cuello el collar de perlas, y engarzó en sus orejas las arracadas de piedras preciosas.

Así adornado, sentó el cadáver en un sillón cerca de la mesa, preparó dos tazas de hierba del Paraguay, y se puso a tomar *mate.*

Después tomó su quena, ese instrumento misterioso al que mi amigo el poeta Manuel Castillo llamaba

Flauta sublime de una voz extraña
que llena el corazón de amarga pena,

la colocó dentro de un cántaro y la hizo producir sonidos lúgubres, verdaderos ecos de una angustia sin nombre e infinita. Luego, acompañado de estas armonías indefinibles, solemnemente tristes, improvisó el *yaraví* que el pueblo del Cuzco conoce con el nombre del *Manchay-Puito* (infierno aterrador).

He aquí dos de sus estrofas, que traducimos del *quichua* sin alcanzar, por supuesto, a darlas el sentimiento que las presta la índole de aquella lengua, en la que el poeta o *haravicu* desconoce la música del consonante o asonante, hallando la armonía en sólo el eufonismo de las palabras:

Ábreme, infierno, tus puertas
para sepultar mi espíritu
en tus cavernas.
Aborrezco la existencia
sin la que era la delicia
¡ay! de mi vida.
Sin mi dulce compañera,
mil serpientes me devoran
las entrañas.

No es Dios bueno el Dios que manda
al corazón esas penas
¡ay! del infierno.

El resto del *Manchay-Puito hampuy nihuay* contiene versos nacidos de una alma desesperada hasta la impiedad, versos que estremecen por los arrebatos de la pasión y que escandalizan por la desnudez de las imágenes. Hay en ese *yaraví* todas las gradaciones del amor más delicado y todas las extravagancias del sensualismo más grosero.

Los perros aullaban lastimosa y siniestramente, alrededor de la casa parroquial, y aterrorizados los indios de Yanakiwa abandonaban sus chozas.

Y las dolientes notas de la quena y las palabras tremendas del *haravicu* seguían impresionando a los vecinos como las lamentaciones del profeta de Babilonia.

..Y así pasaron tres días sin que el cura abriese la puerta de su casa.

Al cabo de ellos enmudeció la quena, y entonces un vecino español atrevióse a escalar paredes y penetrar en el cuarto del cura.

¡Horrible espectáculo!

La descomposición del cadáver era completa, y don Gaspar, abrazado al esqueleto, se arrastraba en las convulsiones de la agonía.

III

Tal es la popularísima tradición.

La Iglesia fulminó excomunión mayor contra los que cantasen el *Manchay-Puito* o tocasen quena dentro de cántaro.

Esta prohibición es hoy mismo respetada por los indios del Cuzco, que por ningún tesoro de la tierra consentirían en dar el alma al demonio.

Ricardo Palma, "Tradiciones peruanas".

MÁNCHAY PUITU

(Versión boliviana)

En tiempos de la colonia el indio sólo podía disponer de dos caminos para liberarse del *repartimiento,* forma de servidumbre feudal, y del *yonaconaje,* forma de esclavitud. Esos dos caminos eran el sacerdocio y el arte, este último en su expresión religiosa. Aunque dichos caminos no se hallaban abiertos de modo irrestricto para los indios, muchas veces lograban ellos hacerse sacerdotes, pintores o escultores. La historia nos transmite algunos nombres de sacerdotes indios, ante todo de artistas indios como Diego Kispe Titu y Titu Kusi Yupanki. El primero, no del todo identificado todavía, es autor de "La Mamacha", célebre óleo que se conserva en el Cuzco, y el otro creó la famosa escultura de la Virgen de Copacabana.

Hacia mediados del siglo XVIII vivía en la Villa Imperial de Potosí un sacerdote indígena cuyo nombre no recuerda la leyenda. Era natural de Chayanta, hijo de un *yanacona* que servía a un español de rango. Niño él, revelaba una inteligencia poco común, en vista de lo cual el amo resolvió dedicarlo al servicio de Dios y costeó sus estudios en un seminario del Arzobispado de La Plata. Allí se distinguió por su claro talento y, una vez recibidas las sagradas órdenes, fué ejerciendo su ministerio en diversas parroquias alejadas de la diócesis. Pero no era un sacerdote como tantos. Su vida edificante y sus dotes excepcionales hicieron que pronto, como premio, fuese destinado a la Iglesia Matriz de la Villa Imperial. Desde sus años de seminarista había demostrado aptitudes singulares para

la poesía y la música. Sus himnos a la Virgen de Guadalupe —letra y música— fueron muy celebrados en Charcas (Sucre). Componía sus versos en quechua y en su música palpitaba el sentimiento puro de su raza. De ahí que no tardó mucho en rodearse de celebridad y de afecto en la Villa.

No tenía parientes en Potosí; de modo que vivía solo. Para la atención de la casa, el sacerdote contrató, como era costumbre, los servicios de una india salida de una comunidad. La india era poseedora de muy notables cualidades: ordenada, hacendosa, diligente; pero, ante todo, muy joven y muy hermosa. Por su parte, el sacerdote, aunque tenía muchos amigos, no era partidario de la vida de sociedad; a diferencia de sus colegas de ministerio, no le gustaba acudir a las tertulias ni a los saraos. Pasaba largas horas en su gabinete, sumergido en un laberinto de infolios. A veces, principalmente por las noches, le gustaba hacer música. Su instrumento favorito era la quena. La tocaba con mucha fluidez, con mucha dulzura. A pesar de todo, o por ello mismo, lo quería el pueblo potosino.

Así vivió el sacerdote un buen tiempo, en medio de sus infolios y su música. Los amigos le buscaban cada vez menos y cada vez menos salía él de la casa. Por su parte, la sirvienta vivía absorbida por los quehaceres. Aunque éstos no eran excesivos ni muy pesados, no le gustaba permanecer inactiva. Llenaba las horas de ocio con el hilado y el tejido, si es que no hacía bollos y confituras u otras golosinas para el sacerdote, su amo.

El género de vida que se llevaba en la casa fué aproximando poco a poco al amo y a la sirvienta. A veces, después del rosario y antes de levantar la quena, el sacerdote conversaba con la joven. La plática era siempre sabrosa y amena. Cada uno se acordaba de los años de la infancia en el terruño y como de suave aroma se impregnaba de nostalgia la noche. Poco a poco se iban alargando las pláticas, las cuales no tardaron en abarcar inclusive los espacios reservados al rosario. De este modo, poco a poco, fué naciendo entre ellos el sentimiento del amor. El amor echó hondas raíces y fué creciendo con fuerza arro-

lladora. Al cabo, decidieron ambos unir sus vidas para siempre.

El amor ocupó por entero el sitio de los infolios y la quena misma sólo servía ahora para hacer más dulces las horas de idilio y más plena la ventura de los corazones. Parecía haber detenido su marcha el tiempo y era como si la vida hubiese sido hecha exclusivamente para el culto del amor. El sacerdote apenas salía de la casa y era sólo a fin de no dejar abandonados los deberes de su ministerio.

Pero como nada puede permanecer oculto debajo del sol, estos amores acabaron por deslizarse primero como simple presunción en el chisme callejero, para ir adquiriendo cuerpo en los comentarios de los salones y caer finalmente con colores de escándalo en la intimidad de los hogares. Los rumores y comentarios no se detuvieron en los suburbios de la Villa Imperial, sino que pronto llegaron hasta la ciudad de La Plata y no pararon sino cuando hubieron rebasado las puertas del palacio del Arzobispado. Allí se comprendió que era necesario detener los comentarios y echarle un velo al escándalo. Como el medio más apropiado se escogió el alejamiento temporal del sacerdote. En consecuencia, éste recibió la orden de emprender viaje, con cierta misión, a la ciudad de los Virreyes (Lima).

No obstante de que el viaje era largo y no exento de riesgos, los amantes no sufrieron mucho al separarse, convencidos como estaban de que al cabo de unos meses, dos o tres, cuatro a lo sumo, se hallarían en condiciones de reanudar la dichosa vida que hasta entonces habían llevado. Pero, contra todas las previsiones de los enamorados, la separación se hizo muy larga y penosa. El viaje resultó lento y salpicado de incidencias a cuál más desagradables. Para colmo de males, las autoridades eclesiásticas de Lima le detuvieron, sin necesidad aparente, más tiempo del que él hubiese deseado. Como si todo esto fuera poco, de regreso encontró los caminos casi deshechos por las lluvias y los ríos tan cargados que tuvo que quedarse días enteros a la orilla, esperando que mermasen las aguas hasta hacer posible el vado. Entre tanto, la joven vivía en completo aislamiento. No veía a nadie y no salía de la casa sino cuando

necesitaba proveerse de subsistencias. Los primeros meses transcurrieron con relativa velocidad. Ella los venció asistida por el constante recuerdo del bienamado y sostenida por la esperanza de que él volvería en el plazo prometido. Una y otra vez reconstruía en su imaginación las horas más dulces y los pasajes más venturosos vividos al lado de su amante. Dormida y despierta soñaba con él. Al cumplirse el segundo mes, ella dijo: "No importa. Dentro de un mes llegará". Pero se cumplió el tercero también y ella pensó: "en fin, será dentro de otro mes". No habiendo visto llegar al amante al final del cuarto mes, la joven comenzó a sentir inquietud. Una inquietud que cada día era más honda y más punzante. Mientras crecía su inquietud su esperanza iba languideciendo por grados.

De este modo la ausencia del sacerdote resultó fatal para la pobre enamorada. Las veces que salía en busca de provisiones, caían sobre ella miradas hostiles como saetas. En la recova le dirigían frases aviesas y la trataban con torpeza. Y era que el amar a un ministro del Señor constituía la mayor desgracia para una mujer. Las gentes de su raza la repudiaban y las demás tendían a hacerle la vida insoportable.

Ahora la soledad de la joven ya no se poblaba de suaves añoranzas ni de dulces sueños. La soledad, ahora, era un verdugo que iba estrangulando su esperanza y al mismo tiempo consumiéndole la vida. La enamorada no salía ya con ningún motivo a la calle. Un día se le acabaron las provisiones y desde entonces no volvió a comer. Y pronto no dió más señales de vida.

Un silencio absoluto reinaba en la casa. Día tras día las puertas permanecían cerradas. Algunos vecinos, curiosos y audaces, decidieron escalar los muros interiores y a la infeliz enamorada la encontraron en su lecho, muerta. La noticia cundió rápidamente en la Villa; pero la muerte de la joven causó una impresión que no estaba de acuerdo con la animosidad de que a ella se le había hecho víctima en vida. El vecindario quedó consternado. Largas columnas de gente desfilaron delante del lecho mortuorio. Un pensamiento unánime declaraba

que el destino había sido demasiado cruel con aquella infeliz criatura y que ella no podía ser merecedora de semejante muerte. El cadáver fué cristianamente sepultado, aunque con la discreción que el caso aconsejaba, en el cementerio común de la Villa.

Pocos días después llegó el sacerdote. Traía hermosos regalos para la bienamada. Ropa de lo mejor, joyas de oro y piedras preciosas, perfumes caros. Pero la casa estaba desierta. La vida, la felicidad y la esperanza habían huído de ella. No faltaron quienes acudieran a contarle lo sucedido. Él les escuchó en silencio y reprimió el estallido de su dolor. Pero comenzó a alejarse del trato de sus semejantes. Permanecía todo el día encerrado en su casa, angustiosamente amarrado al recuerdo de la difunta, componiendo versos y música para ella. Por las noches, evitando el estorbo de los trasnochadores, iba a visitar la tumba de su compañera de otros días y rociaba con sus lágrimas la tierra que la cubría.

Abandonó totalmente sus deberes de sacerdote y huía de la gente como un réprobo. No sólo no se empeñaba en alejarse del recuerdo de la amada, sino que se aferraba cada vez más a su imagen, a su ternura, a su muerte. En otros tiempos alternaba los deberes de la iglesia con los goces del amor; ahora todo su tiempo y todo su pensamiento hallábanse consagrados al culto de la muerta. Acudía al cementerio como a una cita. Hacía de cuenta que la bienamada estaba sentada a su lado, sobre la tumba y le hablaba de sus cuitas, de su soledad y de su amor inextinguible.

Una noche, tal era su estado de ánimo, comenzó a arañar la sepultura, ansioso de llegar a descubrir los restos de su amante. A la noche siguiente, provisto de los instrumentos necesarios, cavó durante largas horas hasta lograr su propósito: abrió el ataúd y tuvo en sus brazos a la muerta. La arrulló, la mimó como si estuviera viva, hasta que, estando cerca la hora del amanecer, la devolvió a la fosa, no sin antes haberle separado una tibia.

La tibia fué luego convertida en quena. En ella tocaba el

cura uno de los muchos yaravíes que había compuesto para la amada, el más triste, el más expresivo, el más bello. Para tocarlo introducía la quema en un *puitu,* cantarillo hecho de una arcilla especial, con lo que la música parecía un lamento lúgubre, casi pavoroso y traducía mejor la magnitud de su infortunio. En esta forma iba cada noche a tocar el yaraví sobre la tumba de ella.

A la larga, no sólo de noche ni sobre la tumba iba a tocar su quena, sino que también de día, en los rincones de los suburbios y en las grietas de los barrancos. De esta manera el cura se volvió loco. Más que locura, monomanía, disimulada por el clero y respetada por el vecindario. Porque huía de la gente y porque introducía su quena en un cantarillo para tocarla, le conocían al cura con el nombre de *Mánchay Puitu,* que quiere decir cantarillo del miedo.

Un día el cura no salió de su casa y nadie desde entonces pudo volver a oír los lamentos de su quena. Era que el infeliz había terminado su peregrinación por este mundo.

Transcripción de J. Lara.

MÁNCHAY PUITU

¿Uj k'ata kusíyniy kajta
Mayqen jallp'a mullp'uykapun?
Saqerqani qhallallajta,
¿Sajra wayrachu apakapun?
Purisqán pallani,
Llanthunta mask'ani.
¿Kikin pay llanthuykuwanchu,
Waqayníypaj ayphullanchu?

¿Qué tierra cruel ha sepultado
A aquella que era mi única ventura?
Lozana la dejé como una flor.
¿Algún viento maligno tal vez se la ha llevado?
Voy siguiendo su rastro,
Voy buscando su sombra.
¿Es ella quien me da su sombra en el camino
O es sólo el velo de mis lágrimas?

Mosqochakús much'aykuni,
¡T'ukuni chay, rimaykuwan!
¡Muspani ichás, pay rikuni!
K'anchásqaj phawaykamuwan.
¿Wañuchikuymanchu?
¿Phiñakuwanmanchu?
Wañuchikuspa qayllayman,
Astawanchus karunchayman.

La voy soñando y la beso en mi sueño.
En mi congoja, ella acude y me habla.
En mis horas de turbación la veo:
En un vuelo de luz baja hasta mí.
¿Fuera mejor que me matara?
¿Quizá mi muerte la ofendiera?
Con la muerte podría aproximarme a ella;
Pero tal vez me alejaría más.

P'anpasqannijta jasp'ini,
Waqaspa paran paranta;
Unuyanchus jallp'a nini
Masq'arqonáypaj uranta.
Ñoqan mayllapipis
Jállp'aj sonqonpipis,
Ñoqalla munakusqayki,
¡Sápállay wayllukusqayki!

Voy arañando la tumba en que duerme,
Mientras cae mi llanto como lluvia sin fin;
Creo que así se ha de ablandar la tierra
Para buscar después en el fondo a mi amada.
Dondequiera que sea,
Así en el seno de la tierra,
Mujer, yo solo he de adorarte
Y nadie, sino yo, te ha de mimar.

Aswan q'oñi samayniywan
Phukuykús kutirichísaj,
Ojllaykúsaj, much'ayniwan
Alliymán rijch'arichísaj.
Mana chayri, jámuy,
Múyuj wayra, usqámuy;
Laqheyayniyki upiykuwachun,
Ukhunpi chinkachiwachun.

Con el calor más tierno de mi aliento
Conseguiré devolverle la vida.
La abrazaré, la besaré, y mis besos
Despertándola irán suavemente.
Mas, si así no ha de ser,
Ven, no tardes, ciclón,
Que tus hondas tinieblas me devoren
Y en ellas para siempre desaparezca mi vida.

Waqayniywan joq'ochasqa,
Khúyaj jallp'a, qhataykuwayku;
Karqaykumin ujllachasqa,
Ujllañapuni kasqayku.
Ñoqa tuta kani,
Ch'intamin munani,
Llákiy kani, yuyayniyta
Munani chinkarichiyta.

Tú, tierra humedecida con mis lágrimas,
Tú, tierra generosa, albérganos.
Una sola unidad formamos en el mundo;
Quiero que así quedemos para la eternidad.
Yo soy la noche misma.
Busco la soledad.
Yo soy la propia carne de la angustia
Y quiero huir aun de mi pensamiento.

Tullullantapis sik'ísaj
Ojllayniypi kakunánpaj;
Qenamanmin tukuchísaj
Waqayniywan waqanánpaj.
Jánaj pachamanta,
Lliphípej chaymanta,
¿Paimin sina wajyawasqan?
¡Manan!... ¡Qenállay waqasqan!

Mas, no. Le arrancaré siquiera un hueso
Y lo tendré en mi seno tal si fuera ella misma.
Se convertirá en quena entre mis manos
Y llorará mis propias lágrimas;
Desde la eternidad,
Desde el origen de la luz,
¿Es tal vez ella quien me está llamando?
¡No!... ¡Es tan sólo el lamento de mi quena!

WALLPARRIMACHI O UN DESCENDIENTE DE INKAS

I

Hacia los años de 1759 a 1769, nació en España Francisco de Paula Sanz, fruto bastardo de los secretos amorosos de Carlos III y de una princesa napolitana, cuyo nombre no conocemos.

Sea que la familia del nuevo príncipe, interesada en ocultar el origen de tan preclaro vástago, quisiera alejarlo del suelo en que sus ojos se abrieron para ver la luz, o sea que él mismo, seducido por los mágicos atractivos que se ponderaban en la Metrópoli del continente descubierto por Colón, determinara trasladarse a América, lo cierto es que vino a fijar su residencia en Potosí, y nada menos que en calidad de gobernador intendente, llegado a esa edad en que la ambición tiene sus sueños dorados y campo vasto la vanidad para ejercitarse en todas sus pasiones.

Algún tiempo más tarde de su arribo a la opulenta villa, se dejaba ver en las calles de ésta, aunque muy rara vez y recatada siempre, una encantadora joven a quien acompañaba un hombre entrado en años y demasiado conocido con el nombre de Juan Gamboa, oriundo de Portugal y a la sazón afortunado minero de Porco.

Gamboa, que pasaba por padre de la que por todas las apariencias parecía ser su hija, no la había presentado jamás en el bullicio de esa sociedad entonces ruidosa y de extrañas aventuras como eran al propio tiempo las cortes del viejo mundo, y

la tenía en el más completo aislamiento, si bien rodeada de una opulencia extraordinaria, en el retiro de su hogar, que admiraba a las personas que pocas veces la habían sorprendido entregada a las labores domésticas; o a aquellas que movidas por la curiosidad seguían sus huellas, en las concurridas calles, contemplando, sorprendidas, los encantos de su virginal belleza y el lujo regio que ostentaba en su traje y adornos.

Y al emplear la palabra *regio,* no creemos haber incurrido en una exageración: veamos cómo ella conviene perfectamente a la misteriosa y engalanada dama que nos ocupa.

Despertada primero, y cimentada después, la curiosidad general de los habitantes de la populosa Potosí, se emplearon cuantos recursos sugerir puede la imaginación para aclarar el misterio con que se presentaba envuelta la diminuta y extraña familia de Gamboa; dando por resultado el empeño perseverante de todos aquellos que se habían propuesto descubrir el origen y condiciones de nuestros dos personajes, la adquisición de la verdad desnuda, sin tintes de la más pequeña duda, ni asomo de género alguno de disputa.

Así se vino en conocimiento de todo: Juan Gamboa no era portugués; israelita de origen y llamado Jacob Mosés, tentó la fortuna en los minerales de Porco a los que debió una crecida riqueza. Viajando por Cuzco con negocios que íntimamente se ligaban a los que tenía establecidos en sus asientos mineros, conoció a la joven que nos ocupa, cuyo nombre era *María Sauraura,* descendiente de la real familia de los Inkas y a la que había robado, protegido por las espesas sombras de una noche tempestuosa, de su tranquilo hogar donde reinaban la paz y la alegría, cuando no contaba sino siete años de edad.

Fijada después la residencia de ambos en Potosí, conocemos ya su extraño método de vivir.

María crecía en edad y hermosura, ostentando todas las gracias físicas con que la naturaleza la dotó y las prendas de su alma de angelical pureza, cuando en uno de esos momentos fatales creados por la casualidad, fué conocida por el gober-

nador intendente don Francisco de Paula Sanz, el hijo bastardo de un rey de España.

Apenas las miradas del príncipe habíanse fijado, sin pestañear, en los hermosos ojos de María, negros, despidiendo deslumbradora luz sobre el que la contemplaba absorto y sorprendido, cuando sintió, al mismo tiempo, violentársele el corazón al compás de extraños y punzadores latidos. Un instante solo, la duración de un minuto había bastado para que esos dos corazones atrayéndose a la vez por mágico encanto o irresistible armonía, se encendieran súbitamente en abrasadora hoguera, sustentada por el fuego de un ardiente amor.

No transcurrieron muchos días sin que el gobernador intendente hubiera encontrado los medios de ponerse en inmediata relación con la dueña de sus pensamientos.

—María, amarte como te amo (le decía en una de esas ocasiones que se ofrecían para que los apasionados amantes se hablaran sin testigo), amarte como te amo es la suprema felicidad de que no puede gozarse aquí, en la tierra; es vivir tan sólo por ti, huyendo de otro mundo de ilusiones que nos presenta el brillo de un prisma engañador, fugaz; amarte como te amo es no tener más pensamiento que el tuyo que piense en mí, ni más corazón que el tuyo que me consagre todos sus latidos, todo su vehemente amor; amarte como te amo, hija de reyes, es confundir tu regia cuna con la mía también real; porque como tú, ilustre vástago del gran Manku Qhápaj soy hijo de Carlos III, señor de la España y señor de la América. He aquí por qué vengo a ofrecerte con toda mi pasión mi existencia misma... ¡Amémonos siempre, María, en medio de la anhelada ventura, que amor ha tejido brillantes guirnaldas de flores para ceñir nuestras frentes coronadas!

II

Algún tiempo después, el 24 de junio de 1793, el asesor del gobernador intendente, doctor Pedro Vicente Cañete, conducía a la pila bautismal con el mayor sigilo a un niño a quien

se le dió el nombre de Juan, fruto de los frenéticos amores de María Sauraura y de don Francisco de Paula Sanz.

Jacob Mosés, el falso Juan Gamboa, a quien María no había podido ocultar su pasión por don Francisco, cayó en un estado de lastimoso abatimiento a juzgar por su palidez cadavérica y por todos sus movimientos que traslucían, sin que él pudiera disimularlo, el desfallecimiento de su espíritu. Sus labios no se habían abierto para dirigir a María un solo reproche, ni una queja. Tal vez no tenía más derecho que el que da la autoridad de padre o tutor, encargado de velar por la honra de la que amparaba bajo un mismo techo contra las asechanzas de la seducción, para emplear una reconvención justa e imperiosamente reclamada; pero permaneció encerrado en el más profundo silencio, mudo, ahogando los suspiros que despedazaban su pecho, o enjugando esas lágrimas de fuego que quemaban sus pálidas y descarnadas mejillas. Sólo cuando se hizo patente el desliz de María, con el nacimiento de Juan, se le oyó exclamar: "¡Oh, yo mataré a ese miserable!... ¡Mataré al gobernador!... ¡y ella también morirá!", deseo de venganza que ni aun pudo realizarlo, porque desde el momento que lo concibió perdió completamente la razón, y en un acceso de furor desesperado, se ahorcó.

Don Francisco de Paula Sanz, aun antes de conocer a María, había solicitado la mano de una noble dama española, hija del conde de... con quien debía casarse. Embriagada ésta por la funesta pasión de los celos, juró vengarse cruelmente de su hermosa rival, a la que, en efecto, hizo envenenar.

III

A Juan, el descendiente de reyes, se le vió, andando el tiempo, en el pueblo de Macha a donde lo habían conducido robado unos indios, quienes se encargaron de darle una educación basada en los sentimientos que comenzaban a dominar el corazón de los altoperuanos, preocupados ya por romper las cadenas de la tiranía a que estaban sujetos.

Ignoraba el desventurado que descendía por su padre de una familia real, y sólo tuvo conocimiento de que su abuelo materno se llamaba Wallparrimachi, de la distinguida raza de los Inkas; así es que animado del legítimo deseo de perpetuar el nombre de sus mayores se hacía llamar *Juan Wallparimachi.*

Dotado de sentimientos delicados, cantaba las desgracias de su raza en dulces y armoniosos versos que escribía en el expresivo idioma de su madre: desahogos de un corazón que sufría y que revelaban el estado de su alma de inspirado y melancólico poeta, de esa alma triste y abatida, tal vez porque conservaba siempre doloroso el recuerdo del desgraciado fin de su madre que le habían referido, de esa madre tan tierna por cuya memoria guardaba el más religioso respeto y la adoración más profunda; tal vez o al mismo tiempo por haber llevado la amargura y la desgracia al hogar de dos esposos impulsado por un amor irresistible, en una edad en que todavía no tiene el hombre que parece haber nacido predestinado a la desgracia, la enérgica voluntad de ahogar en su nacimiento una pasión que constituir cree, en su delirante imaginación, realizadas sus ilusiones más queridas, colmadas sus halagadoras esperanzas, sin entrever el funesto resultado a que lo arrastra la ciega fatalidad.

He aquí cómo sucedió este desgraciado incidente en la intranquila vida de Wallparrimachi: Muy joven todavía, contrajo un amor muy vehemente por Vicenta Quiroz, unida en matrimonio, a pesar suyo, con un anciano andaluz, rico minero de Potosí. Conoció ésta a Juan y le consagró todo el tierno afecto que negara a su esposo; pero sin que la admisión siquiera de la idea de un crimen pudiera torturar su conciencia. Sorprendidos por el andaluz el incauto mancebo y la cándida Quiroz, en un coloquio amoroso, que parecía ser sostenido verdaderamente por dos niños, fueron separados para ser conducida ella a un convento de Arequipa, y él para alistarse de voluntario en las filas que a la sazón organizaba el famoso guerrillero coronel Manuel A. Padilla, célebre por sus hazañas en favor de la causa de la independencia y, bajo cuya

paternal protección había permanecido ya Juan desde algunos años antes.

El triste suceso que ligeramente hemos apuntado, cubrió de negra melancolía la frente de Juan, aumentando el dolor que hería su corazón sensible, comprometiéndolo en una lucha borrascosa de encontrados sentimientos que quizás le hicieron pensar en la manera de acabar con su existencia, pero acabar gloriosamente. A este fin creemos que obedeció el afán de reclamar siempre el primer puesto y el de mayor peligro en todos los encuentros en que tuvieron que cruzarse las armas de los patriotas con las de los realistas; combates a los que concurría animoso e infatigable, lleno de brío, armado solamente de una honda en cuyo ejercicio adquirió una destreza admirable.

En la célebre jornada de "Las Caretas", de memorable recordación y en la que los independientes comandados por Padilla, hicieron prodigios de valor, durante cuatro días, resistiendo serenos e imperturbables el ataque de los realistas, que obtuvieron el triunfo debido a una incalificable traición, cayó Wallparrimachi, herido mortalmente por una bala de fusil.

Así acabó su vida el hijo del príncipe bastardo don Francisco de Paula Sanz y de la descendiente de reyes, María Sauraura, pagando con su sangre el tributo de su amor a la libertad.

Benjamín Rivas, en "Crónicas Potosinas", de Modesto Omiste.

KACHARPARI

¿Cheqachu, urpi,
Ripúsaj ninki,
Karu llajtaman
Mana kutímuj?

¿Pitan saqenki
Qanpa tupupi,
Sinchi llakiypi
Asuykunáypaj?

Rinayki ñanta
Qhawarichíway,
Ñauparisuspa
Waqaynillaywan
Ch'ajchumusqásaj
Sarunaykita.

Maypachan ñanpi
"Intin ruphawan"
Ñiwajtiykiri,
Samayniykuna
Phuyu tukuspa
Llanthuykusunki.

Yakumantari
"Sinchi ch'akiwan"
Ñiwajtiykiri,

DESPEDIDA

¿Cierto es, paloma mía,
Que te has de ir
A un país muy lejano
Para no retornar?

¿A quién has de dejar
En tu nidal
Y en mi tristeza a quién
He de acudir?

Enséñame el camino
Que has de tomar.
Partiré antes que tú
Y con mis lágrimas
He de regar la tierra
Que has de pisar.

Y cuando sientas
Que en el camino
Te abrasa el sol,
Se volverá nube mi aliento
Y la frescura de su sombra
Te irá a prestar.

Y cuando sientas
La mordedura
De la sed,

Waqayniykuna
Para tukuspa
Ujyachisunki.

Se volverá lluvia mi llanto
Y te dará
de beber.

Rumijpa wawan,
Qaqajpa churin,
¿Imanispátaj
Saqeriwanki?

Criatura hecha de piedra,
Pecho de roca,
¿Tendrás, para dejarme,
Corazón?

Ñan ñuqapajqa
Inti tutayan.
Yánay chinkajtin,
Múspay purijtiy,
Manañan pipas
"Ayau" niwanchu.

El sol se apaga
Ya para mí.
Porque se va mi amada
Y camino sin rumbo,
Ya nadie siente por mí un poco
De compasión.

Irpallarajmi,
Urpiy, karqanki
Maypacha ñuqa
Intiwan jina
Ñausayarqani
Qhawaykususpa.

Eras muy tierna aún,
Paloma mía,
Cuando al haberte hallado
Volvíme ciego
Como si hubiera contemplado
De frente al sol.

Ñawiykikuna
Phallállaj qóyllur
Lliphipirerqa;
Rajra tutapi
Illapa jina
Muspachiwarqa.

Como estrellas caudales
Me inundaron tus ojos
De su esplendor
Y cual centellas en la noche
Me hicieron mi camino
Torcer.

Ankaj rijranta
Mañarikuspa
Watumusqayki.
Wayrawan khuska
Wayllukunáypaj
Phawamusqayki.

Me prestaré el poder
De las alas del cóndor
Para irte a ver
Y junto con el viento
A regalarte entre mis brazos
Acudiré.

Kausayninchijta
Khipuykurqánchij.
"Manan wañuypas
Rak'iwasunchu
Ujllaña kasún
Ujlla" nirqánchis.

En fuerte nudo nuestras vidas
Atamos ya,
Para que ni la muerte nos pudiera
Desunir
Y creímos que formaríamos
Por siempre un solo ser.

Wañuyta másk'aj
Ñuqa risqani;
Auqanchijkuna
Jamuyanqanku
Pukarankuna
Jalatatajtin.

Yo he de marchar al campo
de batalla.
Los enemigos
Se rendirán
Si ven que su baluarte
Se desmorona.

Munásqay urpi,
Phútiy ayqéchij,
Maypipas kásaj,
Qanllan sunqoyta
Paqarichinki
Kausánay kama.

Paloma mía, que sabías
Mi dolor ahuyentar,
Doquiera me halle, mientras viva
Serás tú
La única aurora que ilumine
Mi corazón.

Misti k'ajajtin
Yuyáway, ñuqan
Yuyasqaskayki.
May kamañachus
Qanrayku chayan
Ijma sunqoyqa.

Cuando se encienda el Misti
Acuérdate de mí, pues yo
Siempre estaré pensando en ti.
Por tu amor, hasta dónde
Ya habrá llegado mi viudo
Corazón.

Traducción de J. Lara

VOCABULARIO

Ajlla: Joven escogida que vivía en clausura, dedicada al servicio del Sol y de la Luna.

Akulli: Porción de coca que mastican los indios.

Amauta: Filósofo. Intelectual.

Anpu: Tira de oro o plata con que los jóvenes se sujetaban el cabello en la cabeza.

Antara: Zampoña.

Apachita: Monumento funerario de piedra que se levanta en la montaña, en el sitio donde ha muerto algún viajero.

Apu: Señor. Alto dignatario.

Ashua: Bebida fermentada de maíz.

Ayllu: Linaje. Colectividad de individuos emparentados que vivían en una circunscripción.

Aymúray: Tiempo de la cosecha.

Cocal: Plantación, cultivo de coca.

Chanpi: Clava, cachiporra.

Chuki: Lanza.

Guajojó: Nyctibius griseus. Pájaro nocturno del Chaco.

Jatunruna: Súbdito común en el imperio de los Inkas.

Iguana: Lagarto gigantesco que vive en el Chaco.

Inka: Monarca, rey. Individuo de sangre real en el imperio de los Inkas.

Kákuy: Nyctibius jamaicensis. Ave nocturna del bosque chaqueño.

Kallawaya: Cierta comunidad indígena que vive en el departamento de La Paz, Bolivia.

Khipus: Sistema de lenguaje gráfico, de cordeles anudados, en el imperio de los Inkas.

Kuraka: Dignatario. Jefe de ciertas parcialidades en la antigüedad andina.

Kusma: Camiseta.

Liwi: Instrumento de caza, hecho de tres bolas de piedra o metal unidas mediante tres cuerdas.

Llaut'u: Borla roja que pendía de la mask'apaicha.

Llijlla: Mantilla rectangular con que las indias se cubren los hombros y la espalda.

Llipi: Adjetivo que expresa totalidad.

Mask'apaicha: Insignia imperial a modo de diadema que usaba el Inka.

Mita: Sistema de trabajo forzado en las minas que los españoles imponían a los indios.

Murucucú: Especie de buho.

Murumuru: Cierto insecto melífero del bosque chaqueño.

Ñust'a: Princesa, infanta.

Pachakámaj: Dios del terremoto entre los Inkas. Atributo de Wiraqucha: conductor, gobernador del mundo. Distrito del litoral peruano donde tenía su templo el dios del terremoto.

Pachamama: Deidad inmanente que vivía en el seno de la tierra.

Pava: Pequeña caldera que se usa para preparar la yerba mate.

Poro: Pequeña calabaza hueca en que se prepara la yerba mate.

Puitu: Aríbalo, pequeño cántaro de arcilla.

Qorikancha: Templo del Sol en el Cuzco.

Qunpi: Traje fino y bordado.

Repartimiento: Conjunto de indios que trabajaba en el latifundio colonial.

Sinchi: Dignatario, jefe de cierta parcialidad de indios en la antigüedad andina.

Sunli: Cierto adorno que usaban las mujeres.

Tajlla: Instrumento para labrar la tierra.

Taruka: Venado de la cordillera andina.

Tauri o *tarwi:* Planta leguminosa de fruto comestible.

Tupu: Medida de superficie.

Ulluku: Papalisa, tubérculo comestible.

Urina: Venado del bosque chaqueño.

Viracocha: Deformación española de wiraqucha.

Wach'i: Flecha, saeta.

Wajsa: Devoto de alguna divinidad.

Wak'a: Dios. Lo extraordinario, lo misterioso.

Wallkanka: Escudo, rodela.

Wanaku: Guanaco, mamífero auquénido de los Andes.

Wayñu: Cierto género de canción y danza.

Willaj Umu: Jefe de los sacerdotes del Sol, privado del Inka.

Wiraqucha: Nombre propio del dios invisible que adoraban los Inkas. Nombre común con que conocían a los españoles durante el coloniaje.

Yanaconaje: Institución colonial que consistía en que los españoles tomaban servidores indígenas mediante un contrato especial que les permitía reducirlos a esclavitud.

Yarawiku o arawiku: Poeta.

Yunka: Habitante primitivo de las costas peruanas.

Yuyu: Yerba. Cierta hortaliza.

Zanku: Pan de maíz que se comía en las fiestas religiosas.

ÍNDICE

Prefacio 7
Kuniraya y Kawillaka 13
El pobre y el poderoso 18
Túpaj Yupanki y el dios Maqawisa 24
Anchikara y Wayllama 27
El niño abandonado 29
Qulquiri y Kaphiama 32
Kuniraya y el Inka Wayna Qhápaj 36
Ficción y suceso del pastor Aqoyrapha con la hermosa y discreta Chukillanto, ñust'a hija del Sol 38
La achirana del Inka 45
Utqha Páuqar 47
Rebelión de Ollántay y fidelidad de Rumiñawi 51
Kákuy 67
Killku Yupanki y Qori Qóyllur 73
Los Inkas ajedrecistas 97
Los caciques suicidas 103
Inkawaqana 105
Ima 109
El puente del diablo 118
El Mánchay Puitu (Versión peruana) 126
Mánchay Puitu (Versión boliviana) 131
Wallparrimachi o un descendiente de reyes 140
Vocabulario 149

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL 10 DE OCTUBRE DE 1960
EN AMÉRICALEE, EDITORA E
IMPRESORA, TUCUMÁN 353,
BUENOS AIRES - ARGENTINA